

The background is a vibrant, abstract composition of warm colors like red, orange, and yellow, with darker, almost black, swirling patterns. A large, semi-transparent, stylized letter 'U' is centered over the image. In the top right corner, there is a solid yellow rectangular area with a dashed border.

LA RELIGIÓN DE LAS COSAS



LA RELIGIÓN DE LAS COSAS

Autor: Juan Rodríguez

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA – UNAD

Jaime Alberto Leal Afanador

Rector

Constanza Abadía García

Vicerrectora académica y de investigación

Leonardo Yunda Perlaza

Vicerrector de medios y mediaciones pedagógicas

Edgar Guillermo Rodríguez Díaz

Vicerrector de servicios a aspirantes, estudiantes y egresados

Leonardo Evemeleth Sánchez Torres.

Vicerrector de relaciones intersistémicas e internacionales

Julialba Ángel Osorio

Vicerrectora de inclusión social para el desarrollo regional y la proyección comunitaria

Myriam Leonor Torres

Decana Escuela de Ciencias de la Salud

Clara Esperanza Pedraza Goyeneche

Decana Escuela de Ciencias de la Educación

Alba Luz Serrano Rubiano

Decana Escuela de Ciencias Jurídicas y Políticas

Martha Viviana Vargas Galindo

Decana Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades

Claudio Camilo González Clavijo

Decano Escuela de Ciencias Básicas, Tecnología e Ingeniería

Jordano Salamanca Bastidas

Decano Escuela de Ciencias Agrícolas, Pecuarias y del Medio Ambiente

Sandra Rocío Mondragón

Decana Escuela de Ciencias Administrativas, Contables, Económicas y de Negocios

LA RELIGIÓN DE LAS COSAS

Autor: Juan Rodríguez

863.7

R696

Rodríguez, Juan

La religión de las cosas / Juan Rodríguez --. Bogotá: Sello Editorial UNAD /2023.

ISBN: 978-958-651-902-1

e-ISBN: 978-958-651-905-2

1. Literatura colombiana 2. Deidad 3 Fe y razón. I. Rodríguez, Juan

ISBN: 978-958-651-902-1

e-ISBN: 978-958-651-905-2

Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades - ECSAH

©Editorial
Sello Editorial UNAD
Universidad Nacional Abierta y a Distancia
Calle 14 sur No. 14-23
Bogotá, D.C.
Agosto de 2023.

Corrección de textos: Diana María Botero

Diseño de Portada: Juan Rodríguez

Diagramación: Olga L. Pedraza Rodríguez

Edición integral: Hipertexto - Netizen

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons - Atribución – No comercial – Sin Derivar 4.0 internacional. https://co.creativecommons.org/?page_id=13.





Fuente: Imagen de "https://www.freepik.es/foto-gratis/mujer-_joven%20ind%C3%ADgena%20en%20los%20llanos%20orientales%20colombianos&position=

RESEÑA DEL LIBRO

Ana, una joven indígena esclavizada en los Llanos Orientales colombianos condenada a la tragedia inminente; Los hermanos Sánchez, asesinos de abuelos con el dilema entre la vida y la muerte idealizados hacia el descanso eterno; Sandra y su hija pequeña, encasilladas en un ritual de brujería indescifrable; Roger, un extranjero en búsqueda de una tribu indígena perdida en la selva latinoamericana; Samuel, un abuelo con una vida confusa e inexplicable, dedicado al trabajo de revivir las esperanzas del pueblo epifiado, y Daniel, su supuesto nieto, sobreviviente de una realidad que no entiende. Todos ellos se enfrentan a diversas situaciones que se resaltan como trampas, momentos circunstanciales de revelación y de angustia, lucha y desespero, de dolor y crueldad, para descubrir el porqué de sus trágicas dolencias. Estas historias giran en torno a la vida real de sus protagonistas, que comprendieron, luego del golpe certero, que el corazón, entre más profundas tenga las heridas, está más cercano de “las cosas”.

CONTENIDO

RESEÑA DEL LIBRO	5
PREFACIO	9
LOS MATABUELOS	14
OJO DE CRISTAL	44
SEPULTURA AJENA	70
Primer rápido reporte de situación	75
Diario inconsciente de lo que parece ser la vida	82
Primera entrada	82
Diario inconsciente de lo que parece ser la vida	87
Segunda entrada	87
CENIZAS ETERNAS DE LAS ALABANZAS	101
CANTOS DE GRACIA SINCERA	132
EL ALZHÉIMER DE LA DEIDAD	160
EPÍLOGO	185

PREFACIO

SAICARG

“Los hombres aprenden de los otros hombres
lo que saben de sí mismos, del mundo en
el cual deben vivir y del mundo
en el cual desearían vivir”.

Harlan Ellison
Visiones peligrosas I

Tantas cosas en la vida: las personas, los días, los sentimientos, los gustos, los disgustos. De joven me creía que siempre iba a estar ahí, o que siempre estarían ahí. Puede decirme ingenuo, demasiado o quizás muchísimo. Pero en realidad yo sigo creyendo en su regreso algún día, junto con todo el tiempo perdido por la ausencia de la presencia.

Y eso puede significar nada, o lo mismo, como tener la página de la vida finalmente concluida, pero sin ser leída, pasada y olvidada; como si el reloj nunca hubiera avanzado desde el adiós perpetuo e indefinido. Pero estoy atascado, muy oprimido, y los días, los sentimientos, las personas, al parecer no van a volver nunca. Yo simplemente me mantengo al margen de la línea puesta en la sinceridad del vaivén de todos y cada uno de los amaneceres.

Lo peor de todo, hay algo en mí que me lo dice, que me lo confirma, y la caída prevista desde hace mucho, va a ser certera y dura, y no creo que esté alguien para poder detenerla, porque ya estoy al borde del precipicio, observando el mismo amanecer de siempre, como si no cambiara nunca, como si la vida, después de la caída, dejara de ser lo que fue.

De pequeño me maravillé por la profundidad existente en el mundo, a mí me encantaba todo descubrimiento embarcado en aquello oculto. La tierra, muy extensa en distancia, no se quedaba corta en mis recuerdos. Eso me hacía hablar o recordar sucesos incluso de años atrás con una muy buena memoria que siempre me caracterizó, con una alegría ínfima de mi corazón y vida.

Los ríos, las veredas, las montañas, el verde, los ángulos, el cansancio, el ruido natural, lo colorido, lo muerto, lo vivo, lo oculto ¡Todo!, absolutamente todo me gustaba descubrir. Esos recuerdos de la infancia no se quedaban atrás, por el contrario, eran para mí como niños pequeños que se paseaban por mi cerebro y se me ponían al frente para llamar la atención, incluso después de muchísimos años los sigo recordando.

Desde luego, una persona para mí siempre fue especial, una por la cual, incluso, sin saber de pequeño el valor de la vida, la hubiera dado de haber sido necesario. Hablo de mi madre, Marilyn, muy buena para todo. Y si algo no sabía, se preparaba lo suficiente como para enseñárselo a los demás con el amor dado siempre por su íntimo carácter.

Como madre siempre fue excelente, nunca faltó en todo lo enseñado y aprendido. Tiempo después, con el ejemplo en carne propia, me mostró y forjó a ser muy bueno con todo el mundo. Ella mantuvo el sueño de su fundación y comenzó sin tener un solo peso en el bolsillo.

Su lema: Ayudar nace del alma cuando está vivo su valor. Y así quisiera contar toda mi historia, pues considero su interesante importancia, y no faltaría en el hecho de demostrar de ejemplo a cualquiera que lo requiera de ese modo, y de eso no tengo duda.

En realidad, mi consideración para escribir esto es para completar la última parte de unas historias que quiero, según mi proyección y esperanza, que jamás caigan en el olvido, pues sería una pena amarga con sabor a polvo y agua de alcantarilla taponada por años enteros.

Como sabrán, la verdadera intención de todo esto no se trata de mí. No. Más bien de rescatar, después de mucho tiempo, estos textos guardados como recuerdo propio de la vida y su expresión incierta y hostil, mágica y única. Pero ahora, según lo sé, me vería en una pena profunda si de llegar la muerte y esta me tomara de la mano y fuera yo el que me las llevara para siempre.

Pues, aunque hace mucho tiempo se escribieron, creo, sin temor a equivocarme, que ahora más que nunca deben ver la verdadera luz, pues no sirve de nada iluminar algo con una lámpara vehemente si el sol está afuera en su esplendor.

No voy a modificar absolutamente nada del proyecto original, salvo estas palabras agregadas hasta ahora. Todo esto fue una promesa muy grande, marcada por el tiempo y desconociendo mi deber dentro de este. Pero ahora lo entiendo muy bien. No temo equivocarme en nada, pues me lo hace saber mi corazón, y hago lo que todos harían si estuvieran en mi lugar.

Un gran amigo y hermano que admiré, quise y extraño mucho ha sido la voz guía de las historias, y he podido comprobar que en el lugar donde se encuentre me estará esperando, así como yo lo esperé cuando la violencia nos arrebató la infancia, los recuerdos y, luego, la vida.



LOS MATABUELOS

La increíble historia de los gemelos Sánchez
frente al dilema de la vida y la muerte.

LOS MATABUELOS

Juan Rodríguez



LOS MATABUELOS

I

El sol caliente caía sobre las tejas de aluminio. La calle, con la tierra disipándose por las casas de colores pálidos, viajaba de persona en persona. En una esquina había una carnicería en un local mediano con olores repulsivos debido a la amalgama de trozos podridos y la sangre regada por unas baldosas blancas manchadas y pegajosas que no iluminaban ni siquiera el blanco de la bombilla del refrigerador, y la carne fresca se ofrecía repetitiva a los transeúntes que seleccionaban lo visto a través del reflejo. Justo en ese lugar se encontraban discutiendo sobre ética y moral, pero no cualquiera, una inusual, totalmente distinta, pues de esta se decidiría y se vería algo que, hasta ahora, parecía llegar a las penas de la locura incrustada de a poco en los pensamientos de la gente.

Allí, donde alguna vez un asesinato permanecía perenne por semanas, ahora una violación, a modo de venganza entre hombres, no significaba ni siquiera repulsión o importancia conjunta como para tratar de revertir eso llamado “realidad”.

Rafael, un amigo de la familia de los Sánchez, dueños de la carnicería, entraba con una camiseta rota y una pantaloneta más descolorida que el propio color de las casas de la zona. Unas manchas oscuras lo hacían parecer al fulgor exacto de la apariencia de la carnicería, pues, a pesar de que se veía la carne, la verdad era que ni las moscas se asomaban a estos cristales.

¿La razón?, ya nadie compraba carne en el negocio; ¿por qué? un evento de gran envergadura sucedió en ese lugar y su mala fama, injusta o no, traía pérdidas económicas a Eduardo y Fabián, los hermanos Sánchez.

Cierta noche, cuando los ángulos de visión eran muy oscuros, unos ladrones entraron a la iglesia por el local esquinero (esto se supo después), directamente diagonal y sin casa alguna de diferencia, por lo que conectaban de lleno. Allí, con todo ya planeado, decidieron entrar al lugar con pasamontañas, que les cubría más del noventa por ciento de sus rostros, solo quedaba a la vista sus ojos inyectados de sangre y desesperación. Las tejas de aluminio las removieron con facilidad, pues solo unos alambres con puntillas las aferraban y unían entre sí, lo que les dejó a los hombres el trabajo fácil.

Cuando entraron a la iglesia, buscaron por todos los rincones y no encontraron dinero en efectivo, entonces, decidieron robar las figuras divinas adoradas por la fe de las personas del barrio. Allí, ahora, en unas bolsas de basura negras, se encontraban un total de treinta cuadros, textos y representaciones de la Virgen María, Jesús y ángeles y santos del cristianismo. Después de hurtar las cosas, los hombres se subieron de nuevo al techo sin emitir sonido alguno para no llamar la atención de los vecinos de al rededor.

De no ser por un hombre, el plan a los ladrones le hubiera salido a la perfección, en tal sentido, al día siguiente, el barrio se vería en una indignación profunda por la pérdida de un patrimonio comunitario importante tanto por el valor afectivo como por la fe impuesta en la representación. Los gritos no llegarían a ser más alarmantes todavía, de no ser porque el tejado de la carnicería de los Sánchez también se había removido en parte, pues fue necesario quitar una teja aflojando paulatinamente la siguiente hasta comunicar con el tejado ultrajado de la iglesia.

—Oigan, ustedes, ¿qué están haciendo ahí?! Voy a llamar a la policía. ¡Escuchen, vecinos, están robando la iglesia! —Las manos de Julio golpeaban con fuerza las puertas vistas por delante mientras corría al son de una perra que lo perseguía y que, al parecer, era su compañera.

—Este cucho ya nos delató, salgamos mejor de acá como podamos. Esta mierda se acabó, nos cagó la vuelta el viejo, corramos mejor antes de que nos pillen —decía el más valiente de los dos hombres mientras que con la mirada escupía su repulsión.

—¿Y qué hago con esto? —dijo su compañero mientras sostenía con ambas manos las bolsas con lo recién robado de la iglesia.

—Eso no importa, al menos no por ahora. Vámonos, ¡pero ya! Para ayer es tarde.

—El jefe nos va a matar si no llevamos esto —respondió su compañero aún con los pies sobre la teja removida.

—Son nuestras vidas antes que nada, luego buscamos para vengarnos del viejo ese, yo sé quién es, vámonos ¡ya! —gritó el hombre caminando sigilosamente por los tejados contrarios a la carnicería, para así dar con la calle más oscura que encontró con su mirada perdida.

El más valiente de los hombres se tiró a la calle desde una altura aproximada de cinco metros, la caída le hizo torcer el tobillo del pie derecho de una manera cómica, sin embargo, podía caminar a sabiendas de su dolor. Este, al ver que su compañero seguía

inmóvil en el mismo lugar donde se encontraba, y las luces y las puertas comenzaban a generar tensión y miedo para sí mismos, decidió, al fin, recibir las cosas robadas.

—Hágale a ver, entonces. Tire eso de una vez, pero debemos irnos sí o sí.

El otro hombre, teniendo a su alcance dos de las tres bolsas, las tiró a su compañero sin tocar el suelo en la caída. La tercera bolsa, que se encontraba más lejos, le resultaba un reto imposible al hombre, pues una fuerza mínima y esta, sin dudar, caería directamente al local de la carnicería.

Sin embargo, intentó estirar sus dedos lo máximo que daban sus cortos centímetros, pero la bolsa rasante, en un titubeo indefinido, cayó finalmente dentro del local de la carnicería con un estruendo de pedazos hechos polvo, y un golpe seco les indicó a los hombres los primeros ojos vecinos sobre la calle.

De no haber sido por la oscuridad de la noche, sus siluetas hubieron de verse iluminadas por todos. Como única respuesta del desconcierto y del error, el hombre en el tejado se lanzó a la calle, y se torció su tobillo izquierdo.

Ambos tipos, como pudieron, tomaron las bolsas y se alejaron del barrio, aprovechando la oscuridad reflejada en las casas pálidas. El dolor en los tobillos les obligó, como consecuencia, abandonar las bolsas con lo robado, pues les resultaba un esfuerzo doble, y el vagabundo delator gritaba indicando a las personas el camino que los pasos de los ladrones marcaban en la oscuridad iluminados por gritos y linternas de pila doble, de esas parecidas a las inagotables e iluminadoras como con un fragmento del sol.

Los gritos de las personas del barrio y la tensión continuaron hasta las cuatro de la mañana, hora en la cual los dos hermanos Sánchez se levantaban para ir a la carnicería y alistar todo para abrir el lugar y empezar a vender lo del día. Y es muy curioso, porque antes de aquella perturbación y acontecimiento, la fila de gente se podía ver a lo largo de varias casas haciendo una línea larguísima para comprar la carne.

Esto, pues, al ser la carnicería principal del pueblo, que no era tanto uno, como lo eran los demás, porque este en específico había de tener la ventaja de ser lo más cercano a ser conocido como una ciudad, pero con la desventaja de estar perdido en el espacio y el tiempo de una época donde todo era tan extraño y lleno de, locura y mentiras. Ustedes se preguntarán, ¿qué suceso se relaciona, ahora, con el robo fallido por los dos hombres oscuros y la conversación de la ética sostenida tiempo después? Bueno, la historia continúa.

Dos horas antes del reinante crepúsculo matutino sobre el cielo del pueblo, los dos hermanos Sánchez se levantaban con toda la energía (la misma de todos los días) para recibir el pedido de carne cruda y aún tibia conformada hacía apenas unas cuantas horas por un ser vivo, sí, el de una vaca suave y gentil del campo no muy lejano a los horrores de aquella mañana.

Tan pronto esperaban su pedido matutino (como siempre lo hacían cada tres días), no tardaron en percatarse a medias del suceso reciente, vivo y viajante de boca en boca de todos los vecinos y personas de relación cercana. Pero no a sabiendas del suceso completo, sino solo una mínima parte de este, no lo entenderían sino hasta después bien entrada la mañana, pues apenas unas cuantas palabras pudieron escuchar cuando se desplazaban calle abajo para llegar hasta su deber rutinario.

El día y la noche andaban en disputa sobre la despedida de ambas, mientras a quien le tocaba presenciar la despedida de la otra (Día), ya por tiempo y entendimiento común, y por un azar pusilánime, se dejó llevar un rato más por quien desde hacía rato debía de ser lejana (Noche).

Y precisamente los hermanos Sánchez se hubieran dado cuenta de la tardanza irregular del sol, de no ser porque en la calle el frío acobijado de la noche los puso a reflexionar sobre su trabajo común, sin ninguna conclusión de cambio, y siguiendo el deber a lista completa. Era, en suma, el cumplimiento rutinario de sus vidas, hasta ese entonces.

A las cinco de la mañana llegó la carne fresca como de costumbre, y también, como de costumbre, a las cinco y treinta los hermanos terminaban la primera parte del trabajo. Se debe aclarar que a esa hora aún no se percataban de la teja removida por los ladrones, pues esta comunicaba directamente con el baño de la carnicería, y la noche, en sus últimos pálpitos de vida, no daba sospecha alguna de su modificación estructural por la oscuridad reinante sobre el panorama en general.

Sin embargo, el frío jugueteaba con la ausencia de calor, y uno de los hermanos Fabián (el mayor), y, a su vez, el encargado de colgar, amputar y distribuir la carne en la vitrina fue hasta al baño para dejar salir una leve orina cosquillosa y molesta en medio de su entrepierna irritada por el aguante.

A este, luego de terminar, le pareció ver que una de las bolsas negras, donde “almacenaba” la carne recién cortada, era de alguna manera incongruente, y hasta ese momento saltaba de su vista porque creía que su hermano se la dejaba muy cerca de la puerta para culminar el trabajo, y confirmó aquel pensamiento cuando ya no lo vio en el local y su soledad reafirmaba su valor laboral.

Y, por tanto, como presentimiento común de lo rutinario, la echó en la vitrina creyendo disponer la carne de la mañana. Pero no se dio cuenta de los restos de la Virgen María que caía a pedazos por en medio de la bandeja fría, y como el único ruido fuerte que siempre se oía era el del refrigerador destartado, no le levantó sospecha alguna.

Esta confusión aumentó cuando el hermano menor (por tan solo unos segundos de diferencia), ya había discernido unos instantes antes el contenido de ambas bolsas, y dispuesto la que se encontraba afuera en el baño, muy cerca de la entrada, solo para ver su contenido con más claridad cuando la luz aumentara con el paso de los minutos, y dejó la otra a la izquierda de la vitrina, donde creía él que su hermano la vería con mayor facilidad para así culminar la segunda parte del trabajo y empezar, tan solo unos minutos más tarde, a atender a toda la fila de gente conocida a lo largo de las casas divisadas a lo lejos.


Ninguno de los dos presintió la sensación de perturbación del otro.

Como en palabras ninguno dijo nada, y repondrían sus dudas en la conversación larga de siempre, los hermanos cerraron las puertas del lugar para dirigirse en diagonal donde una mujer con su carrito de tintos calientes los esperaba, mientras le sonreía a su hija y le enseñaba los números tomando como ejemplo la fila de personas formada alrededor del negocio de los secuaces del matarife, que hacía mucho tiempo la ausencia resguardaba su imagen en el vacío traslúcido, dejando el típico olor a perfume de sangre impregnada sobre sí, y con líneas de corte yendo y viniendo con el paso del tiempo.

Luego de vaciar la última gota de tinto del plástico dócil, y la conversación culminaba como siempre, los hermanos pagaron y se despidieron de la mujer dispuesta a acompañarlos para realizar su labor. Pero esta lo hacía desde la fila, donde, dicho sea de paso, su hija contaba una a una las personas mientras su madre trabajaba sirviendo en los plásticos el tinto, el café o el café con leche.

Fabían conversó unos instantes con quien iría a ser el primero en atender. Este era el famoso fanático religioso indignado por todo y que con facilidad tergiversaba las situaciones al punto de manipular a todo aquel que estuviera cerca con tal de llamar la atención y ser el centro de las cuestiones, sin importar cuáles fueran estas o cómo podían determinarse en su desarrollo instantáneo.

Desde luego la trampa estaba puesta, y ya todo listo para caer en medio de deducciones hechas a punta de crítica sin fundamento basadas simplemente en el supuesto.



Ninguno de los dos presintió la sensación de perturbación del otro.

Fue en el momento en que uno de los hermanos terminaba de conversar amenamente con el indignado y el otro se encontraba presto a atender a cada una de las personas presentes de aquella mañana, cuando el suceso y la caída sobre el punto de flaqueo no dio compasión alguna.

Pues fue en el momento en el que Fabián giró su mirada hacia la vitrina cuando este se quedó absorto al ver la bolsa de carne dispuesta en la izquierda, mientras escuchaba las palabras del hombre que le comentaba precisamente sobre el contenido de la otra bolsa negra, sabiendo que estaba en el baño con la figura de la Virgen, y rápidamente la idea conectó con el cerebro del hermano, pero que, justo cuando este se percató de tal hecho, el error ya se ejecutaba frente a sí mismos sin perdón de quienes lo pudieron apreciar.

La mirada del hombre fanático fue la primera, y luego la de todo el pueblo que, viendo la estupefacción de los hermanos, los acusó de ser los ladrones y, dicho sea de paso, los secuaces de tal acto reprochable.

¿Y qué vieron todos los de aquel pueblo para indignarse a tal punto de querer linchar a ambos hermanos? La escena no podía ser más extraña, interesante y abrumadora. La cabeza de la figura de la Virgen se encontraba manchada de sangre, en el centro de la vitrina, con moscas alrededor de la misma y con un olor putrefacto emanado de alguna manera por la vitrina, y luego el lugar en general.

Al principio se les atribuyó los dos hechos a los hermanos: el primero, el de intentar robar las figuras y representaciones de la divinidad, y, el segundo, la complicidad de ambos por hacer entrar al pueblo en una indignación total por medio de la burla de quienes ellos pensaban los atacaban a través de su fe.

El fanático, como se esperaba, fue el primero en calumniar con injurias y falacias cada vez más certeras a ambos hermanos, que estaban atónitos y fuera de lugar sin poderlo creer. Desde luego, la escena podía pasar como un error humano de los jóvenes, pero el fanático llegó a tal punto de querer llamar la atención que no dejó en ningún momento de hablar de quienes se les culpaba indiscriminadamente.

Y como una mentira que al ser tantas veces repetida se vuelve verdad, así sucedió. Pronto todos los cercanos y conocidos comenzaron a entrar en una disputa sin remedios o retorno, y las voces y los gestos se calentaban cada vez más mientras avanzaba el tiempo.

Por otra parte, la mujer vendedora de tintos creía, desde luego, que era un juicio injustificado hacia los hermanos, y lo hizo saber. Sin embargo, el fanático la calló con palabras incomprensibles, y esta no tuvo más remedio que resguardarse con su hija a lo lejos, dejando el temaya no como un problema, sino como una atribución meramente personal.

Julio, el vagabundo que alarmó sobre el hecho en esa madrugada, se cuestionó lo sucedido, y recordó que ambos hombres gritaron en voz alta algo con relación a sus tobillos cuando giraron en sentido contrario con una ruptura inesperada y dolorosa. Además, no reconociendo su obriedad, pero las voces que él trataba de recordar no eran precisamente las mismas que escuchaba en ese instante cuando los hermanos dijeron nada sin saber cómo decirlo todo.

Cuando el hombre incitador de todo el revoleteo se dio cuenta poco a poco de la pérdida de su credibilidad, gritó a voz en cuello la complicidad de Julio en el robo y daño a la iglesia. Pero ya nadie le creyó, y prontamente lo rechazaron en medio de gritos y aplausos reclamando las voces de los hermanos para esclarecer los hechos.

Ellos trataron por todos lados de comentar lo sucedido sin titubear, y aunque al principio todo el pueblo creyó el hecho como un error netamente humano, la realidad se desató desde ese día cuando nadie más volvió a comprar amalgama de carne tibia y suave en la carnicería de los hermanos Sánchez.

Ambos hermanos, a lo largo de los días, intentaron lavar la gran mancha impregnada e inexpugnable de sus nombres, pero todo fue en vano. Todo esto, según dicen, por tres cosas integradas a la imaginación e interpretación individual y colectiva.

La primera fue que desde ese día todo el pueblo entró en una etapa profunda de veganismo en todo el sentido de la palabra, por el asco y repudio del olor de la carne esparcida por todas las casas.

La segunda se atribuye al hecho de que semanas después de tal escándalo a los hermanos nunca más se les vio con la misma alegría, parecían figuras fantasmagóricas invisibles con cara de muerte y tormento.

La tercera solo la saben los propios Sánchez; se trata de que luego de entrar en una profunda crisis acerca del pensamiento y del vivir, se dedicaron a estar día y noche en su casa sin tan siquiera salir a algún lugar, viviendo bajo las tinieblas por un buen tiempo.

Y luego de que por fin volvieron a estar presentes y reabrieron la carnicería vieron en la vitrina, la que por tanto tiempo dio para el negocio, la cabeza de la figura de la Virgen María que expulsaba un olor repulsivo y confuso, como a podrido o a muerte.

Luego, cuando uno de los hermanos con sudor y fuerza pudo removerla completamente, lograron ver, en una ilusión corta, el rostro pintado por colores vivos y llenos de alegría, puesto que parecía ser una imagen reflejada y sin sentido.

Al dejarla caer y estrellar contra el suelo, los hermanos vieron una nueva cabeza cada-vérica llena de pequeños huecos y completamente desfigurada, con dos hoyos negros como ojos mientras de estos se vislumbraban sangre pútrida y asquerosa llena de gusanos y moscas.

II

Por razones de la vida y el tiempo ambos hermanos subsistieron por unos años. Pero la decaída en las ventas y su profunda burla y desconcierto les jugaron en contra en todo instante, y pronto se dieron cuenta de la maldición encadenada a sus vidas descompuestas.

—A veces la muerte no es la única mala, el hecho de vernos, luego, muy lejos de la línea donde nos tocaba mantenernos, y ahora estar en una demasiado lejos y, por demás, olvidada y viviendo ¡es una injusticia! Por eso la maldad no radica solo en la muerte, pues el estar vivo también es estar a veces condenado a querer estarlo sin querer. Y no se trata de creer la muerte como la verdadera salida, pero si la vida la empezamos a cargar de olvido y dolor, necesariamente es estar ya muerto. ¿Por qué seguir viviendo en el dolor y en el olvido?, ¿no es más conveniente y convincente creer y ver a la muerte como un lugar lleno de tranquilidad y armonía, en vez de vernos con ínfulas de vida marchitas hace tiempo, dejando vestigios de eso llamado por los demás como “esperanzas de

vida”, y que se desaparecen paulatinamente bajo el agobio? Al otro lado de la línea, en el olvido, en el dolor, ¿quiénes podrían estar allí? ¿Los niños?, no, son muy jóvenes. ¿Los adolescentes?, tampoco, están aprendiendo a vivir. ¿El hombre?, quizás; toca la línea a medias, o, bueno, a veces la toca y cae profundamente. De hecho, y aunque suene muy contradictorio, yo les puedo demostrar sin artimañas que no es tan confuso decir, y sin cerrar los ojos ni negar nada, pues todo ser vivo se la juega en ambas líneas. Sí, todo hombre, todo niño, toda mujer, toda niña, todo humano. ¿Y por qué?, bueno, porque es muy fácil caer, y si se cae, sin duda alguna, ya no habrá salida, sea por el dolor, por el olvido, por el arrepentimiento, o por todo.

—Aunque, bueno, sin duda alguna, y por secreto guardado entre todos, sabemos la dolencia, el sufrimiento perpetuo, a este lado del río, de los abuelos.

—Ah, eso no lo duden, y no nos pueden llamar a nosotros asesinos si somos, sin duda alguna, los libertadores entre el camino de la tortura y de la paz. Aunque crean lo contrario, no lo entenderían.

—En eso no hay equivocación, el ver a los abuelos día tras día detrás de una puerta esperando algo incierto y en vilo de la esperanza dará mucho dolor para aquel comprendido, pues, incluso, a veces el implicado parece acoplarse a ver todo una y otra vez, una y otra vez hasta la llegada de la muerte. Y así les llega la muerte, entre olvido y sufrimiento. En cierta forma así llega la vieja muerte.

—¿Y no es una pena que en el resguardo de sí mismos se lleven los recuerdos de sus hijos en un cumpleaños, en una fiesta familiar, en una despedida de sus compañeros de trabajo, de las cosas sencillas y de todo aquello vigente en la línea donde la vida sigue como si nada, inmarcesible?

—Desde luego es una pena inmensa, pues en el mismo instante en el que pueden cambiar sus vidas lo hacen, así sea por unas cuantas palabras sencillas reflejadas sin mayor importancia, pero que para ellos, desde luego, sería ese aliento que alimenta sus presencias para pasar días o incluso semanas detrás del olvido del mundo y del agujero sin cornisa alguna por la que ven la luz.

—Es más, si pueden harán cosas de mayor magnitud atentando y arremetiendo directamente contra la integridad de sus vidas, pues se ven a sí mismos como seres débiles y carentes de existencia para recordarse. Sí, eso, dañando los electrodomésticos o sus cuerpos, cortándose o enfermándose a voluntad, descuidando su salud por no tomarse los medicamentos, o dejando rastro de suciedad de sus heces fecales en las manos y en la cara. Y eso, siendo sumamente asqueroso, por lo menos les asegura hablar por

días sobre la situación en la cual se han visto involucrados. Cualquiera podría hablar de la estupidez que esto conlleva, pero recuerdo bien cierto día cuando estaba leyendo el periódico de la ciudad, en el que me encontré el caso de un abuelo simulando una crisis por un supuesto temblor, y así alarmó al barrio entero a tal punto de bullicio que parecía de forma sincera el final del mundo. Pero como nadie niega no creerle a un abuelo, luego se vieron burlados por el engaño de atención que estableció intensional y voluntariamente. Por eso cuando lo encontraron en su casa, las personas se dieron cuenta de la ropa sucia y de su estado de salud que estaba bastante mal. Vivía a cuestras de comerse la mugre de las paredes y tomando agua del estanque, que estaba bien amarilla y con larvas de moscas de esas que transmiten el dengue, ¿entienden el punto al que queremos llegar?, ¿cómo alguien podría vivir realmente así?

—Entonces, sin más, con nuestras dudas sobre el bien y el mal ya resueltas, podemos, al fin, dar paso ahora a nuestro plan y así, al menos, en nuestra consciencia estar salvos del prejuicio ajeno.

Fue así cuando Rafael, después de la conversación sostenida, y luego de proponer su idea, se alejó del lugar dejando a los dos hermanos pensar, recordando precisamente la situación final y crucial de sus abuelos, allá, a lo lejos en el pueblo, muriendo de dolor y soledad, dándoles las fuerzas necesarias para plantearse muy bien y sin percances el hecho de ser parte del grupo de los Matabuelos.

Con esto, desde el primer momento ajustaron el borrador de sus posibles ideas a ejecutar, la ética, la moral, la religión, la fe, y muchas más cosas o circunstancias estaban incrustadas sobre lo que estaban planeando. Sobre todo, conjugando en sus mentes todo aquello interpuesto entre su vivir y los valores familiares establecidos por la educación impartida por la misma sociedad, como si no quisieran dejar a un lado el sentido más profundo de la realidad que en algún momento habían conocido por las palabras y las experiencias de sus padres.

Pero no fue muy complicado entender las situaciones, pues así como el ignorante solo acepta y no entiende la realidad, los hermanos, expuestos por algunos como los peores seres humanos con circunstancias de justicia, por el hecho de pensar aquello de asesinar, llegaron a la conclusión de aliarse con la muerte, y darse para sí mismos el toque y el empuje.

Pero la caída y el golpe dependían directamente de quienes de estos se hicieran cómplices tanto para lo bueno como para nada más, porque en lo malo no podrían estos ser acompañados si anteriormente no asumieron la capacidad de entender cuáles eran los objetivos claros y precisos de morir.

Los tres hombres se dedicaron de manera primordial a pensar e idealizar la razón de lo establecido entre el paradigma de morir. Pero al razonar profundamente, al pensar en eso del pensamiento reflexionado para idealizarse, deliberado y esclarecido de una profunda reflexión, los tres hombres llegaron a planear la muerte individual con creces y consecuencias.

Pero como sabrá, el pensamiento y la sensación junto al mero hecho de morir representan una ambigüedad en todos los sentidos y opiniones, creyeron oportunas tres maneras diferentes para dar la posibilidad de muerte a quienes así lo desearan, teniendo presente su limitación, pero su libertad deseada, o más bien perdida, con relación a su interés ínfimo de la experiencia de haber vivido, donde se encontraba aquello que les había permitido ser, pero que en definitiva ya no eran.

Porque una cosa es vivir sin saber cómo se va a morir, y otra muy diferente elegir cómo morir, por allí, entre tantas opciones, a lo cierto, es que dos individuos demasiado iguales, o totalmente diferentes, no elegirían la misma forma de muerte, porque a pesar de ser los mismos, son totalmente diferentes, y no terminan siendo los mismos.

El segundo paso del plan sería ejecutar el primero, de tal forma que solo el sigilo y el silencio fueran sus cómplices, porque, aunque ensimismados, los hombres no perdían la capacidad de saber el juicio social y religioso sobre el cual sus acciones tomaban valor.

Pero, como antes aclararon, estos se separaban de dichos comentarios de injuria, porque ellos no tomaban la decisión de matar directamente y a sangre fría, sino simplemente lo hacía el individuo expuesto frente al teatro, es decir, el abuelo ansioso de morir, que miraba de reojo al público como tomando valor para actuar respecto de su propio puñal.

Si estos, los cómplices de la muerte, claramente no tomaban la decisión, ya no habría gente que así lo notara, porque el show terminaba justo con la decisión individual, y, a lo lejos, la visión de la narrativa colectiva aplaudía en la salida de una tarde de sol oriental, como si en ambos casos ninguno de estos actos tuviera un verdadero sentido de la realidad.

Ahora, lo más importante e indispensable, y como último paso en la tabla de la borda, era, como seguramente se intuye, buscar a los abuelos, los actores, los protagonistas solitarios, pues sin estos, de cierta manera, el espectáculo no tendría sentido alguno.

De hecho, ese era el valor fundamental del ejercicio. Y muchas inquietudes rondaron sobre los hombres, pues sabían de cara a la realidad sobre los motivos incrustados a la reacción propia de sus acciones expuestas tras las rejas de una cárcel oscura y apagada,

quizás como karma de la vida, como justicia del más allá. Ese era el miedo y el temor de hacerlo todo, pero, así mismo, su sentido.

Todo iba bien del primero al segundo paso, pero de este al tercero ya no se encontraba qué hacer, porque luego de vender el negocio por un precio risible, su situación actual estaba, incluso, mucho peor. Y así pasaron semanas y semanas, el dinero del negocio poco a poco se iba acabando y el hambre aumentando junto con la desesperación.

Parecía un plan magnífico, magistral, único y directo. Era preciso y, hasta cierto punto, real. Pero el presente negaba y demostraba lo contrario con cara de indiferencia. Era como si ahora todos los abuelos, como por arte de magia, no quisieran morir. Como si ninguno hubiera experimentado el sentido original del abandono, como si el mundo hubiera perdido su injusticia y su valor más propio, más cierto.

El error de los hombres se basó en ir directamente al grano, sin invertir tiempo en las emociones, sin crear vínculos precisos entre la sensación de alivio y de meollo de los abuelos, en verlos como sujetos perdidos que no eran nada más que simples desconocidos. Y una vez expuesto el error sobre el análisis, no dudaron en repararlo de forma inmediata, pues el vestigio temporal perdía sentencia.

Pero antes de poder solucionar el error, y crear siluetas falsas del reflejo, cierto día, mientras los hombres tomaban café en una esquina cualquiera, escucharon, de entrometidos, la conversación de un tipo llamado José que, y sin saberlo de primera, se convertiría en el cómplice del primer acto de muerte al preámbulo de los Matabuelos. ¡El comienzo de toda la desgracia!

—Ya le dije varias veces, yo no puedo hacerlo —decía José con el celular en su oído derecho tratando de bajar la voz lo que más podía.

Luego, nervioso y con la voz trémula, convertida en un grito de susurro, dijo a su interlocutor, resignado:

—¡Yo no puedo asesinarlo! ¡No está en mi realidad ser así!

—¿Asesinarlo?! —dijeron los tres hombres en voz alta sobre sus mentes, disimulando de ahora en adelante no escuchar.

—¡No, no, no! —gritó José mientras colgaba la llamada en un movimiento rápido e inmediato.

Los hermanos y el amigo se quedaron viendo unos instantes al hombre, a la vez que este también los miraba con movimientos repetitivos en su cabeza y ojos. Cuando este se disponía a irse, la impertinencia de Rafael lo arremetió sin violencia alguna de por medio.

—Discúlpeme de antemano, hombre, por meterme en sus asuntos, pero lo he escuchado diciendo sobre su indecisión de no poder asesinar a un hombre. —expresó Rafael. Luego se calló unos instantes al sentir su voz alterada y entregada a su deducción por la impresión y desesperación sentida debido a sus cómplices.

José vio extrañado al tipo al frente de él, y cuando se dispuso a girar para cambiar la dirección de los pasos, los dos hermanos se encontraban ya atentos para no dejarlo ir.

—Tranquilo, hombre, no le vamos a hacer nada malo —dijeron los hermanos al unísono.

José, con la mirada perdida y los ojos en un circuito infinito de miradas torpes y con el sudor bajando por su cara, reflexionó sobre su suerte, a tal punto de confiar de una manera descarada en los tres tipos. Los tomó por los brazos y con la voz trémula les propuso una cita.

—Veámonos en media hora en el parque central de la ciudad, y no digan nada, solo espérenme, creo poder confiar en ustedes, por alguna extraña sensación así lo presiento.

Y antes de irse del lugar, se secó el sudor del rostro con un pañuelo blanco impregnado de la suciedad y la humedad de su piel, y cuando calculó su acción en cinco segundos, los suficientes como para darles a los hombres acorralados tiempo de desaparecer, y que ya no se vieran ni siquiera en la esquina más alejada del lugar. Se echó una bendición conocida solo por él, cerró los ojos una última vez, y, alterado, se fue.

El tiempo pasó, y en medio de la acción solo parecida a la de un apuro sin más medidas, los tres hombres discutieron sobre si ir, y si eso era algo cierto o un simple invento de la desesperación. Los días iguales y el hambre azotando la noche no les dieron más respuestas al arriesgarse a algo visto y tomado por ellos desde el primer momento como una broma o una coincidencia demasiado extraña, pero probable. Eso era la vida, y no estaba tan lejos de su realidad.

Cuando estuvieron en el lugar acordado, sus certezas no pudieron verse más alteradas y, en cierto modo, decepcionadas. En disposición al tiempo y a los movimientos generados en todo el ambiente, los hombres, luego de desertar la idea del tipo que la engañó con astucia, decidieron levantarse e irse del lugar, como las sombras de la tarde indisputa a dar respuestas.

Y cuando José los vio resignados y renegando sus acciones, les gritó de tal forma que la discusión mantenida en su confianza desapareció, y voltearon sus miradas para estar prestos a sus sentidos, como si en todo momento lo hubieran estado salvo por la impertinencia de la voz.

José corrió hacia ellos, y luego de unas cuantas palabras entrecortadas por el cansancio y el aire, y les hizo saber su temor a ser descubierto abriendo, de cierta forma, y sin tan siquiera pedirlo, esa confianza sutil con los cómplices prematuros. Volvieron y se sentaron en el parque rodeado de palomas y de gente junto a fotógrafos inquietos, y luego de unos cuantos segundos, aprovechados para refrescar el cansancio y el calor. Finalmente lograron conversar con cierta impaciencia.

—Veamos —dijo José mientras su mirada se concentraba en recordar los rostros de los hombres—. La situación es la siguiente, pero... —titubeó un momento— permítanme presentarme —anunció mientras giraba su cabeza para ver hacia el otro lado del árbol donde se ocultaban para que no los vieran.

Cuando se percató y confirmó su presentimiento, hizo una presentación corta e interesante en la que decía quién era, qué hacía y cómo la situación llegaba a su vida aparentemente tranquila. Fue así como los hermanos se dieron cuenta de que el hombre que les hablaba en realidad no era la representación exacta de la imitación habitual sobre el vivir, sino, más bien, un seguidor de distintas religiones, y que confirmaba en cada una lo necesario para complementarse a sí mismo, como queriendo llenar un vaso de cristal con diferentes líquidos de diversas densidades.

No se debía hacer un análisis profundo sobre quién era el tipo, porque con solo verlo se podía identificar en él, desde luego, a un hombre muy culto y demasiado sabio, aunque cuando abría la boca se notaba su pusilanimidad sobre el hecho de vivir y afrontar la vida, como una marioneta controlada por otro.

Contando las palabras y el tiempo, los tres amigos pronto se enterarían de que aquel hombre, muy sabio y lleno de conocimiento, se hizo conocido de un abuelo millonario de la ciudad después de haberle dictado una charla sobre la vida y el desarrollo del ser dentro de la realidad, lo que le creó al anciano un pensamiento vacío de suicidio.

Temiendo que lo expusieran al Nirvana o al Infierno, le pidió a José su muerte para que él se quedara con toda su fortuna, que, dicho sea de paso, ya no le representaba nada. O eso era lo que decía José, porque sus mentiras a veces lo delataban, pero en tanto que se le creían falsas, revelaban un toque de certeza inevitable.

El abuelo, viendo los días pasar y el tiempo igual, insistía de llamada en llamada al hombre, al que lo había metido en el conflicto existencial, buscando el fin de su vida, y como lo quería mantener en un secreto, se confió a su cómplice. Y así, incluso, luego de ver el paso indiferente del tiempo y de su vida, andaba en medio de un vacío lleno de valor para otros.

El abuelo llegó al borde de la desesperación, y le puso a José, al final de la última llamada, la cita en la cual, si este no le ayudaba a morir (como queriendo echar culpa y presión al otro, el que pronto yacería bajo tierra, si acaso) no le dejaría la fortuna, desechándola y dejándola al Estado.

Como es obvio, José, en medio de su desesperación, evitó en su culpa el hecho de exonerar el dinero como una recompensa si llegaba a realizar tan extraña hazaña. Pero como el remordimiento del hombre siempre le hace pie en su vivir, él no fue la excepción, y pronto entendería su imposible regreso después de esta situación a involucrarse en cualquier acto de atención humanitaria a gran magnitud o con un impacto demasiado grande de indiferencia.

—Bien —dijo Fabián pensando por un instante las siguientes palabras que iba a decirle a José para no sonar impertinente, en cualquier caso—, entonces usted nos propone asesinar al hombre en responsabilidad nuestra.

—Pues más o menos sí —respondió José queriendo decir algo más.

—¿Qué sucede, hombre, nos contó toda la historia? —preguntó Rafael mientras en sus manos hacía juego con unas piedras que giraba de un lado a otro.

—Sin duda lo hice, pero aún me quedan dos intervenciones más por hacer y confiar plenamente en ustedes, si acaso...

—Pues, a ver, pregúntenos —dijo Eduardo expectante.

—Quiero saber quiénes son ustedes y por qué llegaron hasta este punto.

Los hermanos, en un relato corto y directo, terminaron por poner al hombre al día en menos de nada. Y este, con una sonrisa de satisfacción y gusto, se la guardó desde el momento en que los hombres le explicaron la situación de gran envergadura indiferente a su realidad y vida desde el incidente de la carne.

—Vaya —dijo él con una mínima sonrisa en sus labios—, la sociedad y su adoración poniendo su fe y tiempo en figuras supuestamente representativas a directamente nada de la religión, y que por el contrario hacen ver las iglesias como un sitio de adoración al mármol.

Los tres hombres se quedaron callados y no pronunciaron palabra alguna hasta cuando José otra vez intervino queriendo completar la situación sin más rodeos.

—El caso es que últimamente los hijos del abuelo lo han estado visitando y supongo, a mi razón cruel, que esperan su muerte para recoger toda la herencia e irse sin dejar nada.

—Bueno, ahí por lo menos la situación se nos complica y no nos va a resultar para nada fácil —dijo Rafael mientras miraba a José.

—Eso es cierto, debemos idealizar un plan maestro super rápido y matar o ayudar a la muerte de este y alcanzar la gloria que nos pertenece antes de ser arrebatada por la indiferencia segura de sus hijos.

—Entonces, veamos, nos dice que el abuelo está y vive completamente solo, ¿verdad? Bien. Ajustemos las vainas. Lo primero es empatizar con él, hacerlo entrar en razón y calma, porque de otro modo esto no puede salir bien, la experiencia nos lo dice —exclamó Fabián mientras analizaba la situación.

—Sin duda alguna —dijo José—. Va de la siguiente manera: lo llamo, le pongo la cita con ustedes, van, hablan, y esa misma noche, o sea, mañana en la noche, el hombre ya debe estar muerto. No tenemos tiempo, es así o nada, o todo.

Los hombres se quedaron en silencio un momento, y la frialdad de la acción espontánea combinada con la facilidad de plantear la situación y la prisa les hizo reflexionar sobre si debían hacerlo o no.

Por primera vez los hermanos y el amigo sintieron en el pecho el golpe certero y eficaz de la muerte pronunciando su discurso sobre las consecuencias antes y después de entrar a gozar de la gloria con ella.

Y todo quedó acordado para el día siguiente, el cual no dio espera ni tranquilidad inusual, como la dada en su repetición seguida. Por su parte, los tres hombres ya estaban focalizados para realizar una imitación falsa de lo verdadero y cierto, mientras José sentía un alivio sobre las penas azotadas sobre sí sin compasión alguna, pues ya no

era el único implicado en el caso de forma directa, y si él se fuera al infierno, al menos ya tenía una compañía reconocida con la cual sobrellevar el martirio.

Con el poco dinero ahorrado de la venta del negocio, esa mañana los hermanos alquilaron unos trajes negros elegantes de corbatín para pasar desapercibidos en medio del círculo social al que se lanzaban como ratones a las trampas de madera y metal frío.

Desde luego, la duda y la resignación del acto inoportuno le hizo el jaque a su tranquilidad, pero ganó aquello que implicaba más la realidad, es decir, el hambre, el abandono y la burla.

Como nadie los conocía, pero por sus trajes no fueron arremetidos o cuestionados, prontamente llegaron hasta la dirección dictada por José en susurro vibrante. Lo extraño del caso es que no tuvieron la necesidad de buscar la dirección ni de tocar la puerta ni mucho menos de seguir, porque todo se dio sin cuestiones, y simplemente el avance los llevó hasta la sala de la casa donde el abuelo los esperaba con una sonrisa fraternal.

Con tan solo entrar y dar unos pasos, los hombres, a sabiendas de lo previsto, estaban rotundamente convencidos de lo implicado hasta ese momento, alejado de la burla y el chiste, como parte de la vida en sí, y, por el contrario, el engaño que al inicio les hizo filo sobre su razonar, ahora les deba la confianza suficiente para llevar totalmente a cabo su plan.

—No hace falta presentaciones ni fingir nada ni siquiera misericordia —atajó el abuelo de buenas a primeras sin dejar hablar—. Mi único deseo es hablar, conversar, aliviar mis penas. Después de eso, ustedes, tan amables, podrán llevarse, si así lo desean, con audacia y trabajo llevado a través de sus fuerzas todo aquello perteneciente a mi riqueza.

El resultado de dichas palabras serían las suficientes para resguardar el resto de la larga conversación bajo una descripción breve, certera, justa y rápida, marcada por el tiempo de los hombres con una duración de seis horas.

Según como se sabe, aquel hombre encadenado a buscar sin desconfianza alguna la muerte llena de alivio, contó con sus palabras el hecho de haber sido siempre un hombre capaz de encontrar dinero sobre cualquier cosa. Como es de esperarse, se saltó todo aquel conocimiento dispuesto a brindar un trabajo lleno de responsabilidades y dedicaciones.

Por lo cual, lo llevaron por el camino fácil y lleno de los peores vicios, tanto físicos como espirituales, lo condujeron a ser siempre pedante, poniendo el dinero por encima de quienes para él carecían de importancia. Esto lo llevó prontamente por aquellos caminos conocidos por la gran mayoría, pues ningún otro se espera a la vuelta de la esquina un abismo lleno de vacío profundo.

Esta parte de la historia y del relato, como puede suponerse, fue la premisa encasillada y dispuesta durante todo el tiempo de la conversación, porque una vez el abuelo fue consciente de su fallo mayor, es decir, sus acciones discriminadas, creyó estar completamente listo para poder irse hacia el lugar dispuesto por su destino, seguro de que sería una vida mejor a la actual, o eso creía fielmente.

—No tengo nada más para contar, salvo mi maldad con la gente. Quien hace el mal inocentemente no entiende el dolor de los demás, se burla, se cree poderoso; y cuánta insignificancia tiene eso en la realidad. El dolor al otro es inconsciencia en un naufragio.

Los tres hombres seguían estas últimas palabras al son de su atención. Escuchando atentos, y como si estuvieran conectados al mismo pensamiento, se cuestionaban paulatinamente el hecho de si ser o no cómplices del hombre, pues no se podía dudar de la bifurcación del camino que, junto a dos letreros totalmente diferentes, pero con similitud, señalaban exactamente la misma intención: el mal hacia el otro.

Pero salieron de este ensimismamiento y no pudieron juzgar más porque el abuelo, con todo el derecho de ayudar, les indicaba de qué manera podían comenzar a llevarse todas las cosas.

Cuando dijo esto, sobre el hecho preciso de lo material, la sorpresa fue muy ambigua, puesto que al pobre, acostumbrado a las migajas de pan, le estaban ofreciendo el banquete completo.

La lista no podía ser más exagerada y larga, pues entre lo material se encontraban joyas de diamantes, de rubíes, dinero en efectivo en dólares y pesos, muebles de madera lisa forrados en telas adornadas, espejos brillantes, sillas doradas y dos cuadros antiguos europeos valorados en mucho dinero.

De tal ensueño salieron rápidamente los hombres, porque una vez pusieron los ojos en el entorno y las paredes, nada de lo mencionado por el hombre parecía estar o siquiera existir.

Pero antes de la prudente pronunciación de alguno de los tres arremetiendo contra el supuesto arribista y mitómano, escucharon del hombre, como si todo estuviera acomodado en una línea recta, su satisfacción por el trabajo ya cumplido, y recordó, entonces, las dos bolsas negras dispuestas en la habitación principal.

—Desde luego, no todo será fácil y sencillo —pronunció el abuelo con una mirada pícara en sus ojos—. Será decisión de ustedes si quieren llevarse esas dos bolsas negras de

arriba, pues allá está la otra mitad del tesoro, y ustedes deciden si arriesgan esa parte para tener la otra, que es la parte completa.

La ambición del que una vez no tuvo nada, pero luego tiene poco, y de ese poco quiere más, puede ser, sin lugar a duda, su peor error. Porque cree poder tener más, y olvida cuando tuvo poco, y de ese poco, nada.

Los hombres hicieron alto a este comentario del abuelo, y dieron como desenlace la relación propia de su siguiente resultado, pero visto desde la parte trasera.

Tan pronto se hizo silencio, la luz acompañante del día se resguardó en el hecho del descanso agotador. Por su parte, Rafael iría hasta el camión donde permanecían las cosas y esperar a los hermanos a su salida de la casa por la puerta principal con las dos bolsas negras entre las manos, y juntos escapar de la muerte del abuelo.

Los dos hermanos, ya finalizando, escuchaban del abuelo el silencio de su consciencia. Hicieron la paz entre los tres, y los dos cómplices subieron al segundo piso a la habitación principal de la casa.

José, llegando unos momentos después para hablar con Rafael, no dudó en ningún momento en comentarle a este la presencia de los hijos del abuelo que entraban por la puerta principal de la casa. En una actuación rápida, una llamada resonó por todo el lugar ahora vacío, y mientras los hermanos escuchaban las primeras palabras de la conversación, se percataron de estar en graves problemas.

—Hola, padre —dijeron los hijos uno por uno (eran tres en total), mientras se extrañaban por el eco profundo—. ¿Sucedó algo?

Como no hallaron respuesta alguna de su progenitor, estos, en una rápida acción, comenzaron a correr hacia la sala para encender la luz y cerca se escuchaba el timbre de un celular. Mientras estos corrían, los dos hermanos trataron de salir por las ventanas del segundo piso, que daban directamente contra unos cables de energía y unos árboles altos que tapaban 180 grados la visión.

El hermano mayor empujó al menor, y este, de pura suerte, rozó unos cables eléctricos y cayó encima del camión manejado ahora por José.

—¡Imbécil, casi me mata! —gritó Eduardo.

—Silencio... —dijo Fabián en voz baja, casi como un suspiro—. Nos van a pillar y la vuelta se nos va a dañar.

—¿Quién anda ahí? —preguntó un hombre entrando hacia la penumbra de la habitación—. Bueno, si no responde le voy a disparar sin remordimientos y medidas.

Como si el eco de la voz hubiera hecho un viaje a los oídos de todos los presentes en el radio de cobertura cercano, se escuchaban ahora gritos, llamados, amenazas y alaridos por todo el barrio. Cuando el hombre entró en la habitación con la intención de disparar a quemarropa, un estruendo de proveniencia desconocida silenció a los presentes. Por su parte, los vecinos supusieron una muerte segura, pero no podían confirmar nada porque las luces de la casa aún seguían apagadas.

Lo mismo pasó con los hijos del abuelo que absortos y perplejos veían las manchas rojas en la pared blanca cándida. El hermano menor le comenzó a gritar al mayor, pero un golpe cerca de sí le confirmó su salto perdido y ahora estaba frente a él, pero como solo pudo distinguir una masa oscura, creyó que se trataba de la otra mitad del tesoro, recordando la última conversación con el abuelo.

—Ahora bien —decía este haciendo una pausa para tomar aire—, una de esas dos bolsas en realidad vale más que todo el resto y la suerte lo indicará según sea su deseo de razón.

Rápidamente, abandonó estas palabras cuando se percató de la presencia de alguien dispuesto a saltar desde la ventana hacia el carro.

—¡Arranque la máquina de una vez! —gritó José a Rafael.

—Esperen un momento —dijo Eduardo a los otros dos hombres— Aún no está mi hermano Fabián.

—Debemos irnos ya —respondieron los tipos con la aceleración en las manos.

—Aún no, por favor —replicó el menor.

Justo en el momento cuando los hijos del hombre entraron en situación, los dos de abajo encendían la luz para todos, mientras el otro, el de arriba, se dirigía a la ventana con la pistola en ambas manos. Cuando la sorpresa y la tristeza junto con el desasosiego hicieron énfasis de manera distribuida y separada en cada uno de los hijos, el hermano mayor pegó un salto mal calculado por encima de los cables, y se mostró a sí mismo el pavimento como única respuesta directa.

Viendo casi directamente a la muerte, fue salvado por la mano de su hermano menor, quien lo agarró con fuerza por en medio de un hueco por arriba de las tablas que pro-

tegían ahora las cosas materiales y una de las bolsas negras, y dejó la otra encima del camión. La fuerza de la vida fue tan grande que los hermanos tuvieron que apoyarse con ambas manos para no caer al suelo, entrar en el pequeño compartimento y protegerse de las miradas sorprendidas de los vecinos.

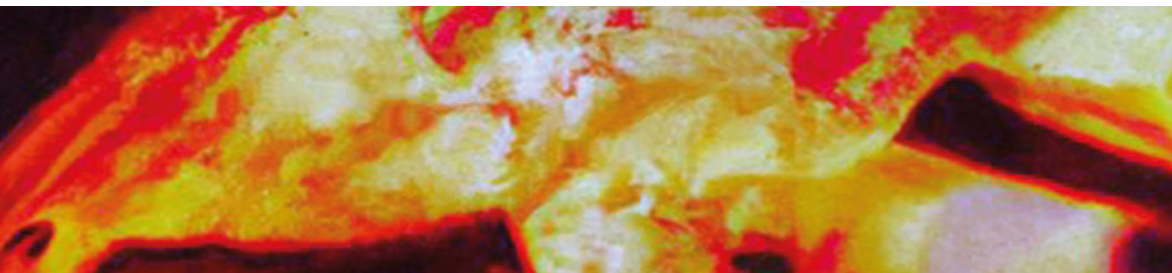
Cuando el camión aceleró produciendo un sonido irritante, y el hijo de arriba bajó hasta la sala de la habitación, la mirada del presente vio el cadáver de un anciano sin cabeza que yacía hacia atrás con el cuerpo expuesto sin vergüenza, y en una de las manos un revólver de metal frío conjugando con la estupefacción conjunta de la escena tétrica e inimaginable.

Los cuatro hombres del vehículo solo pudieron escuchar gritos y llantos en aquel camino abandonado a su suerte. Los dos hermanos se quedaron en silencio por un momento al oír un segundo unísono y enlazado, y el dolor que sentían al ver que sus dos brazos contrarios estaban totalmente dislocados, o seguramente rotos. Cuando tomaron conciencia de la situación, se percataron de que estaban siendo perseguidos mientras les pitaban, hacían algarabía y les aceleraban llevados por el mismísimo diablo.

—¡Aceleremos todo lo posible! —gritó Eduardo a José, y este, girando en una esquina, después de un rato largo, quizás media hora, les hizo saber la persecución de la nada.

El giro brusco se repitió ahora en una esquina del barrio, la misma donde los hermanos vivieron el escarnio y la burla del supuesto conjunto de la Virgen y la carne. El ruido de algo cayéndose de alguna calle o casa les informó y recordó de la presencia de una sola bolsa negra que llevaban con ellos, pero no quisieron parar porque la prisa y la ambición los convenció ingenuamente, con una fe errante y pusilánime, del valor insignificante de esta, y le otorgaron el menor valor e importancia cuando en realidad era exactamente todo lo contrario.

Y eso lo irían a saber mucho después, frente a la muerte y el deseo real de la vida atónita y justa, por así decirlo, dejando atrás esa bolsa, estaban dejando atrás el camino del destino que marcaría su historia, y su condena.



III

Semanas después de la situación, los cuatro hombres implicados nunca se cuestionaron o tan siquiera puestos bajo el ojo juzgador. La recompensa se dividió de acuerdo con el riesgo, y los hermanos, por estar tan cerca de la muerte, se llevaron la mayor parte del botín. Pero incluso así fue una gran cantidad individual la repartida entre los hombres, porque nadie se quejó de su parte, y por el contrario hasta llegaron a dudar, pues la cantidad asignada no era ni de cerca en relación con la planteada por todas y cada una de sus posibilidades.

Meses después de la situación de riesgo y fatalidad, los hermanos, así como quien tiene mucho y tiempo después no tiene nada, decidieron comprarse para sí mismos todo lo material posible, incluso lo repartido. Esto, luego de ser pensado, dio como resultado vivir y cambiar el estilo de vida humilde y sencillo por uno lleno de lujos y arribismo desbordante por doquier.

Como es de suponer, mantener una vida llena de estas consecuencias del placer frágil no era fácil para nada, y, luego de un tiempo, quienes gobernaban el trono de arriba nuevamente se vieron obligados a bajar a las catacumbas y a los pozos fríos, oscuros y llenos de todo lo hediondo y repulsivo, porque a las fieras no se les mantiene con un solo plato, si una vez estas saben por instinto de la posibilidad de arrebatarse todo con las manos llenas de miseria y maldición, y atribuirse la posibilidad del trono.

Pero estos impulsos se aquietan una vez el recuerdo de lo sencillo aparece tajante, hiriente, y este, a su vez, se une con todo aquello que entrelaza y altera la realidad, desprendiendo al sujeto y atrayéndolo nuevamente a aquella realidad a la que perteneció.

En cualquier caso, en función de ambas cuestiones puestas sobre el papel, no habría borrador aniquilador capaz de borrarlas, porque solo aquel que se sostiene en el otro de forma traslúcida, traicionera y rastrera es quien tiene poco en su corazón y somete mucho al semejante en la materia, o se somete mucho a resguardarse del vivir.

José, hombre arribista y con la lengua suelta, prontamente difundió entre sus cercanos el relato de la experiencia (como quien narra una hazaña triunfante), atribuyéndose la acción y la ejecución únicamente para él. Pero como ya le creían poco, o casi nada, solo a una joven, a quien siempre le compraba cigarrillos y chicles, la pudo convencer de la idea de su valentía y orgullo.

Juliana creyó a medias el cuento, pero como lo respetaba por su trato cordial y amigable, nunca le cuestionó nada, y, por el contrario, parecía estar cada vez más atenta de su llegada al pequeño negocio recién montado algunos meses atrás, con tal de dejar pasar el tiempo en medio del ruido y los motores cotidianos.

Semanas transcurrían y la confianza aumentó entre José y Juliana, pues ahora parecían cómplices en medio de tantas imágenes totalmente iguales. Así, entre visita y visita, entre una cosa y otra, una tarde, en la conclusión del pesado día, a Juliana la retuvieron unos policías frente a todos los transeúntes que estaban alrededor, que observaban indiferentes y en silencio la escena única en la repetición de su vida, una y otra vez, y una vez más, dentro de esa misma vez.

—Estamos realizando una investigación sobre un tipo medio loco y estafador, además de ladrón y asesino de varias personas —comenzó hablando el policía sin mirar a los ojos de Juliana—. Queríamos saber si usted sabe algo o si tiene algún vínculo con él.

—¿Como por qué yo podría estar relacionada con alguien así? —preguntó Juliana de forma irónica sabiendo muy bien quién era el hombre que buscaban e idealizaban los sujetos cuestionadores de su verdad.

—¡Lo hemos visto varias veces con usted, no nos mienta en la cara! —gritó un policía irritado dando órdenes a diestra y siniestra con tal de seguir reteniendo la joven.

—Bueno, acá viene mucha gente y habla conmigo. Si ustedes me dieran una descripción más acertada de la persona, seguramente lo identificaría en mis recuerdos —repuso Juliana medio alterada—. Y si usted no se calma, me veré en la obligación de no ayudarlo.

—¿Es una amenaza?! —preguntó altanero el otro policía que hablaba con rigurosidad y respondía a las indicaciones generales recibidas por medio de un teléfono de pantalla blanca y sin imagen.

—¿De qué habla?!, ¡¿cuándo lo he amenazado?! —gritó Juliana mientras se aferraba a su mesita donde tenía todas sus cosas para vender.

—Es cómplice, arréstena —sentenció el policía dirigiéndose a sus otros dos compañeros.

—¿Qué están haciendo? —gritó Juliana mientras trataba de llamar la atención de los demás presentes y de sostener su mesa para evitar la caída con toda su mercancía.

En medio del forcejo uno de los policías sin querer puso más fuerza sobre sí mismo y cuando soltó la mesa, esta cayó al suelo junto con Juliana al andén, golpeándose la cabeza y por un instante perdiendo la noción de su realidad, sin saber si estaba viva o muerta.

Toda la gente (incluyendo conocidos) empezó a gritar y alborotarse en medio de la escena, y cuando los policías se iban a acercar a la mujer, la amalgama de presencias se les fue encima, y ellos huyeron por la mínima calle visible porque el objeto menos llamativo, seguramente utilizado en caso hipotético para golpearlos era un bate de béisbol con alambres de metal aguzado.

En lo remota que es la memoria de un pez, José, como si intuyera desde sus entrañas, decidió no aparecer en la vida social por un buen tiempo, y terminó, como se supo, siendo un enunciado o presencia de las sombras, porque nunca nadie supo más de él.

Fue como si se hubiera evaporado en medio del calor de la ciudad. Como es de suponer, Juliana nunca tomó represalias contra el tipo, no; por el contrario, empatizó de una forma fría y distante con él, aunque este no hubiera vuelto a acompañarla mientras el cielo se oscurecía y el silencio de las palabras solo viajara en el ruido propio de la ciudad. Un ruido seco y estrepitoso.

Las noticias de lo que cada uno hace o realiza viajan como si el viento estuviera en un espacio infinito y vacío, directamente ocupado por un montón de bocas y oídos que replican la información a conveniencia o interés sea cual sea.

De esta manera como, un día cualquiera, seleccionado a la suerte de los mediocres, Juliana se enteró, luego de relacionar las ideas y los hechos con un poco de la lengua suelta de José y los otros cómplices, del robo de la casa millonaria que tanto revuelo causó entre los habitantes conscientes de tal acto, y rechazado tajantemente desde las raíces de su conservación pura. Y ya como una sexta o segunda cómplice de la acción, supo ahora quién era, al menos, el primero de la lista atribuida y relacionada para sí mismo.

Desde luego, ella rechazó y tachó la idea de una lista netamente individual por razones simples, una, a consciencia, y la otra, por los testimonios de los presentes de aquel día que daban razón y palabras relacionadas para involucrar, en total, a cuatro hombres o, por lo menos, a tres.

En el aburrimiento hubo tanto tiempo para pensar las conversaciones pasadas, que Juliana, luego de vivir su realidad, ocupó intermitentemente las siguientes dos semanas en el asunto. Supo, luego de emplear métodos de memoria aprendidos en la niñez, la ubicación de la casa en donde José al parecer, con un cambio radical tanto en su forma física como espiritual, se escondía haciendo algo completamente desconocido para ella.

Como no quiso ser el blanco de las miradas salvajes, se devolvió esa misma noche por el camino de las lámparas amarillentas reflejadas calle abajo, en un laberinto de figuras fantasmagóricas sin definición de sus conceptos desconocidos e indeterminados.

Cierta tarde, como a modo de repetición, Juliana vio y recordó la presencia de un joven yendo y viniendo de prisa casi a la misma hora durante los días anteriores. Y aunque no le atribuyó importancia, lo cierto era la curiosidad de sus pasos tajantes por el andén. Un día le ofreció cigarrillos y este los rechazó como con repulsión. Otro día simplemente lo vio, y no dijo nada.

En el siguiente dudó si preguntarle o no, y en el último lo atendió mientras escuchaba la conversación que este sostenía con quien ella creía era su madre. Cuando el hombre desilusionado colgó la llamada, no pudo aguantar más y habló sin tanto reparo en dos sílabas frías que estaban dispuestas a no ser nunca más dichas.

Luego se enteró de la búsqueda de José. ¡Vaya sorpresa!, el mismo conocido por ella. Y luego de titubear y jugar un rato con los pensamientos y dudas en el aire, decidió ayudarlo y llevarlo a la dirección donde ella sabía él pasaba los días, y así lo enfrentaría en medio de la confusión. Luego de llegar al lugar, pasar por una escena incómoda y esperar unos cuantos minutos, por fin pudieron dar con el hombre, y no pudo cargar con más sorpresa que aquella que tenía frente a sus ojos.

En un impulso acelerado, el hombre intentó hacerse a una distancia para perderse en medio de la poca gente, pero falló en el intento porque el lugar estaba prácticamente vacío.

Luego de hablar, saber los ideales y favores presentados y discutidos por los tres, se concertó una cita al día siguiente con quien en realidad solo era una conocida del joven a quien Juliana le hacía el favor, y con el tiempo se convirtió en un amigo de esos dispuestos, que se dan por el destino y la casualidad y que nunca desaparecen, incluso en las distancias corrompidas de los sentimientos y la amistad.

El caso fue que cuando José se presentó ante la abuela, que en un principio estaba sola, se enteró casi atónito de su deseo profundo de morir. Al no comprender nada, le preguntó el porqué de las cosas, y ella simplemente supo responderle que no estaba realmente viva al igual que él. Hizo un esfuerzo por relacionar ese encuentro tan inverosímil que dio como resultado un algo incomprensible.

La suerte le tocó dos veces en el mismo lugar, donde José creía estar justo y en línea porque, saltándose la parte de la introducción, inició directamente con el tema, pudiendo solo, quizás sí o quizás no, mentir o decir cosas creídas imposibles por él mismo.

Una tercera vez la suerte rasante se quedó en línea y el hombre dio en el blanco justo, en el meollo. La anciana dispuesta frente a él saludaba al muchacho recién llegado de la casa de su madre, cuando, sin previo aviso, le pidió a José explicarle al joven sobre el destino y la suerte de su vida y de su sueño. No tuvo otra opción que tirar de la ruleta con toda su fuerza hasta el punto de dejarla girando eternamente una y otra vez, porque lo ahora dicho quedó simplemente suspendido en el creer del afán y del tiempo.

La suerte de José estaba directamente relacionada con la proporción de sus mentiras, y cuando más mentía, y ridículamente valorizaba su verdad, la ruleta se ajustaba para dar el tiro perfecto.

El joven se había ido por el barrio a caminar y a reflexionar sobre sus inquietudes más calmadas pero certeras, y cuando el sol hizo finalizó su ciclo rutinario, con las nubes como pequeñas naves, no le quedaron más palabras de bolsillo a José, y así determinó sacar con valor y aceptación de su destino la nueva aparición y ronda de asesinato de los Matabuelos.

Otra, de otras tantas tardes, se encontraban planeando la situación José, Fabián, Eduardo, Rafael y Patricia, la abuela. La discusión sobre cómo la mujer debería morir llegó a una rápida conclusión para relacionar, desde luego, a la mujer con la muerte, de tal manera que se interfirieran las sospechas y no se diera pie para que alguien pudiera encontrar o solucionar la situación, incluyendo a Juan, el joven amigo de Patricia.

Se planteó todo de la siguiente manera: los hermanos conseguirían el cianuro y se lo enviarían por medio de un domicilio, después de conseguirlo, desde luego, en una página de la web profunda. Como nadie tenía prisa o ganas de irse entraron al computador, manejado a la perfección por la abuela, y desviar la dirección del equipo para evitar después rastreos directos.

Una vez se estableció la dirección de la página, los presentes entraron y miraron la cantidad necesaria para una muerte sin escándalos, y compraron el pedido para la semana siguiente. Este lo entregaría Rafael y José en esa misma casa. Luego de tener todo ya acordado no quedó nada más, salvo unas cuantas despedidas simplonas, flojas y audaces.

Con respecto a los hermanos, en cuanto pasado de su historia ya sabida y el presente que los condujo directamente a la trampa, no se supo nada sobre si habrían ejecutado esa salvación justa a más abuelos bajo el nombre llevado como mella en sus memorias. Supondría un sí a medias, el hecho de agregar a estas palabras la situación y la vida de

ellos que se mantenía en el trono dorado, según la visión de quienes no se relacionaron mucho con ellos.

Y una razón más de peso sobre el bulto yacente es la extraña sensación que produjeron las palabras de Rafael y José en dos instancias diferentes, pero cercanas en el tiempo. La primera la dijo Fabián, y era no volver participar de una muerte justa, y dejar mejor el caso en manos de quienes los podían escuchar, a diferencia clara de ellos mismos.

La segunda, desde luego, solo se la guardaron estos para sí mismos, y se trataba de lo tejido bajo cuerda: buscar la bolsa negra caída en una ubicación menos exacta, pero garantizándoles, según sus premoniciones apresuradas, la situación económica que llevaban (hasta ahora después del día de su tragedia y de su suerte). Sí, pero ahora para toda la vida.

—Ustedes vienen la siguiente semana, el día donde teóricamente la vieja se va a matar —pronunció Fabián callando por un momento sus palabras debido a la última dicha—. Quiero decir, se va a ir a otra vida mejor. Sí, seguramente mejor.

Como hasta ahora nadie hablaba de las condiciones físicas y mentales de Patricia, la conversación se cerró definitivamente, y cada uno se fue como se vino. Los hermanos en sus camionetas de lujo, y los demás hombres a pie y en bus. Todo estaba acordado para matar a la abuela.

El día llegó y así mismo el pedido del cianuro. Rafael y José, en medio de la única ventana de la casa que daba al exterior, dejaron en una bolsa negra el pedido y la factura pagada por ellos mismos.

Como hasta ahora ninguno de los cuatro hombres había hablado de manera conjunta sobre el tema del pago, se creyó que los hermanos supondrían ver dentro de la casa de la abuela la bolsa negra con el tesoro perdido que los haría más ricos y guardaría las penas falsas del silencio para evitar conversar más con los otros hombres.

Una vez confirmada la puesta en escena de Patricia, los hombres, que construyeron junto con ella toda la situación de su muerte, confirmaron al día siguiente su deceso y yacimiento lejos de este mundo.

En celebración individual y por méritos relacionados, los hombres llegaron hasta la casa, se saludaron por unos instantes, y justo antes de entrar escucharon un grito entremezclado con insultos desgarradores que les alertaba que estaban en peligro.



La suerte de dos no da para cuatro.

Pero como creían en la supuesta perfección de su plan desarrollado parte por parte, sin más supieron de la verdadera alteración cuando escucharon por la avenida varias sirenas de coches de policía acercándose y que oían cada vez más cerca.

Tal alteración provocó la caída y el desespero de cada uno de los hombres encerrados en la casa, soltando las palabras que ninguno quiso mencionar por puro pudor y sentencia, porque ya sabían que los demás conocían las intenciones reales de asesinar a la mujer, y el supuesto deseo de hacerse con la bolsa que ellos creían, contenía el tesoro caído.

En medio del desconcierto conjunto, una multitud de gente parecía rodear el frente de la casa, y la advertencia de la violencia ya iba por la mitad del tiempo. En el momento del forcejeo entre los cuatro hombres, la astucia e inteligencia de quien ya no era partícipe del vivir les hizo la peor broma de todas, la bolsa del tesoro estaba completamente vacía, y ni aire le quedó cuando el plan de fuga la vio arder en medio de la sala, con un humo negro que oscurecía e intoxicaba aquella atmósfera tan fantasmagórica y extraña.

La suerte de dos no da para cuatro, y quienes no la utilizaron en primera instancia fueron los elegidos para hacer uso de ella.

Los dos hermanos salieron por el patio trasero de la casa que daba directamente con la esquina siguiente, y desde allí, el salto, así como su caída, solo les produjo una ligera sacudida que fue suficiente para mantenerlos, sin saber exactamente cuánto tiempo, en medio de la miseria catalogada por ellos mismos como el soporte para aguantar.

Sin embargo, les recordaba aquel día cuando en medio de la vitrina de la carnicería, una cabeza ensangrentada de la Virgen María, con un olor repulsivo, les trazaba, bajo la esfinge de su monumento: fe y valor, la ruta del camino sobre el cual (y aunque nunca nadie lo llegó a saber) ellos mismos se marcaron cuando en medio del desconcierto fueron descubiertas sus verdaderas intenciones, entre la amalgama de la indiferencia, la injuria, y la cruda realidad de sus destinos.



OJO DE CRISTAL

La historia de una madre y su hija,
encasilladas en un ritual de brujería.

OJO DE CRISTAL

Juan Rodríguez



OJO DE CRISTAL

I

El sonido de la alarma, repetida tantas veces mediante una onomatopeya mínima de ¡bic-bic!, causaba una alteración sobre quienes de esta ya estaban acostumbradas, despertaba, como todos los días y de forma rutinaria, a madre e hija. Un segundo era el tiempo que tardaba la madre para estirar el brazo y alcanzar así, con unos cuantos centímetros de ventaja, el aparato resonante y viajante de la vibración, como un mensajero de lejos, super agitado y activo.

Pero la realidad solo lo mantenía ahí, quieto, con la misma configuración de siempre, aguardando expectante para sonar únicamente por un segundo mientras esperaba ochenta y seis mil trescientos noventa y nueve segundos más para volver a hacerlo, así todos los días, así todas las semanas y así toda la batería.

Mientras la madre preparaba los cafés, hervía la leche y organizaba el carrito acompañante de sus travesías y fiel compañero, la hija, en la cama, intentaba con los dedos y con los objetos aprender a contar y sumar los números que la madre le dejaba como tarea porque, según ella, le serviría para adentrarse en las cosas certeras del vivir y su cotidianidad.

Con un oído agudo que caracterizaba a la niña, esta, cerrando los ojos y dejándose llevar por un pequeño dormitar, respondía con anticipación al llamado de su madre para bañarse y alistarse justo a tiempo para salir a trabajar. En realidad era su sustento y compañía de los largos pasos a través del barrio, porque esta, sabiendo utilizar el tiempo, la cuidaba y de paso la sumergía de a poco en ese mundo escondido, ese que muchos padres, tras unas persianas pesadas y largas, protegían a sus hijos.

Pero quien no conoce el mundo no sabe a ciencia cierta de qué manera responderle, incluso, a un llamado amigable de una relación.

La pequeña despertó justo treinta segundos antes del llamado de su madre, y con una astucia originada desconocida pero inteligente y de instinto, apagó todos los fogones de la estufa.

Su madre, llegando en ese preciso momento, ya había pensado en dar la voz de alarma cuando se percató del hecho, pero su hija con astucia evitó, por unos cuantos

milímetros, el reguero en la cocina que la espuma de la leche caliente produce cuando se deja demasiado tiempo en el fuego, y se quema de manera descarada expandiéndose como las olas de un mar blanco. Terminaron por abrazarse y darse un beso en la mejilla.

La niña, de más o menos tres o cuatro años, cantaba de memoria una corta canción que su madre le había enseñado lentamente para aprender más rápidamente los números.

Cuando la madre se quedó escuchando el bajo tarareo de su hija desde el baño, supuso a su razón que faltaba poco tiempo para que su niña empezara a aprender matemáticas con cifras y números más grandes, y eso la hizo sentirse orgullosa.

Cuando el cielo y el pensamiento se hicieron al unísono sobre el tiempo, que la madre confirmó mirando el reloj, salió con su hija de la casa cerrando la única puerta blanca pálida para negar el acceso al lugar.

Las calles, frías y fantasmagóricas, les indicaban el camino singular antes de llegar hasta una equina plana y curvada en los bordes externos, y que las hacía caminar hacia al frente; luego, desde la calle de atrás (ahora la delantera), volvían a subir antes de llegar a una esquina y bajar hasta la cuarta cuadra recta, identificada como siempre a la vista y memoria.

Luego de caminar hasta allá, llegaron después de un rato a la carnicería de los Sánchez, y como la noche aún resguardaba el cielo y la ciudad, la madre e hija se sentaron en la esquina a esperar a los primeros clientes. Los sonidos de la carnicería parecían ser los de un trabajo arduo, donde seguramente los hermanos preparaban y cortaban la carne para exhibirla frente a la fila realizada, y dar poco a poco el orden de llegada desde la esquina.

Esperaron un poco más, y cuando la mujer vio salir a Fabián por la puerta de la derecha, cosa común y corriente que siempre hacían, como una señal ya identificada, se dispuso a servir las dos bebidas en los envases plásticos.

Al rato llegó Eduardo y la corta conversación terminaba para que cada uno se dispusiera a trabajar, los hermanos en la carnicería y la madre en la larga fila del gentío que se divisaba a lo lejos.

La rapidez sucedida a su respectiva acción situaba ahora a la madre y a la hija en la última parte de la primera tanda de servicio, es decir, entre la fila, en medio del noveno o décimo cliente. Todo era una sucesión continua: sacar, servir, entregar, esperar, recibir y pasar.

La madre, depositando la confianza en su pequeña, le entregaba las monedas y esta las miraba identificando los patrones de posible pago, que comenzaba a memorizarlos, pues a pesar de no saber contar en principio, y aunque ya lo sabía, podía identificar el valor total. Plata, plata, dorado o dorado, dorado, plata, dorado, también cinco veces dorado, o tres veces dorado y una plata.

Desde ese día el método resultaba obsoleto, y la madre así lo supo cuando escuchó en todos los casos a su hija diciendo el valor de las monedas con confianza y firmeza.

De pronto, como si la noticia hubiese viajado en línea recta por medio de un alambre de cobre, las dos mujeres y con quienes conversaban se percataron de un hecho ocurrido al inicio de la fila. Trataron, en principio, de preguntar al de al lado, pero así se fue el mensaje con la duda de uno en uno mientras las caras giraban hacia abajo.

Fue más rápido llegar corriendo hasta la esquina, y así lo hicieron un abuelo, dos padres de familia, un perro, la madre y su hija, quienes, al llegar, quedaron en silencio observando la escena, que estallaba a voz en cuello y los gritos de una persona, mientras que las demás, detrás de esta, se quedaron hablando en voz baja.

—¿Qué sucede, madre?! —preguntó con curiosidad la pequeña mientras acariciaba al perro y le seguía el juego con sus ojos cerrados y la alegría de una cola en movimiento.

—Esto, no lo debes saber, niña mía, por tu bien es lo mejor, créeme —respondió la madre mientras la alzaba dándole un beso en la mejilla—. ¡Te quiero mucho!

—Yo también —dijo la infanta mientras en el suelo jugaba con el perro, intentando agarrarle la pata con sus suaves manos.

Después de un rato, la madre terminaba el trabajo del día. El carrito organizado en la mañana pesaba lo suficiente, y ahora parecía flotar mientras sus ruedas lo hacían avanzar con un movimiento directo sin posibilidad de bifurcarse.

Con el trabajo de la mañana ya terminado, la madre le preguntó a su hija, como en especie de reto y broma, que cuánto dinero habían ganado de ese día. Claramente no esperaba una respuesta de números fijos o directa, pero le sorprendió y quedó atónita cuando su hija, mientras caminaba tranquilamente por la calle con su amigo el perro le respondió.

—Cincuenta platas y treinta dorados.

II

La tarde del mismo día caía lentamente, sin prisa, aguantando aún, como en la mañana, que la noche no quería despertar por un motivo seguramente bien oculto. Al mediodía, la madre llevaba a la hija a la escuela, y esta, emocionada, se fue corriendo hacia sus compañeras para contarles la buena nueva mientras su madre la miraba perderse por en medio de los pasillos con esa alegría infantil que le arrebatava siempre una lágrima de los ojos.

Al levantarse del suelo, la mujer fue invadida por el pensamiento de saber qué habría sido de los hermanos y el acontecimiento de la mañana, pues si bien presencié las cosas, lo hizo a medias, y las versiones parecían confirmar muchas líneas, y ella quería corroborarlas una a una, pues siendo buena amiga y conocida de ambos sintió algo de pena tardía cuando se percató de que no había hecho algo lo suficientemente relevante como para sacarlos de aquella encrucijada sobre la cual el silencio reinaba sobre las acusaciones del supuesto.

Mientras caminaba calle arriba para girar en la esquina y llegar a la carnicería, le parecía oír a todos los transeúntes hablar un idioma similar pero distinto, y la puso en duda, como en un portugués o italiano.

En el último giro de la vuelta, no supo bien sobre qué se trataba, y lo dejó así, reflexionando mínimamente. Cuando vio a lo lejos a los hermanos también cayó en cuenta de la trampa de los supuestos, y dejó un momento levantando las cejas revelando su mirada de asombro. Dudaba y dudaba de algo tormentoso y extraño.

Llegando a unas cuantas casas de la carnicería, supo que aún no se escapaba de las ilusiones que se apoderaban de su cerebro maternal. Se frotó los ojos con las muñecas y ahora no sabía bien si todo se trataba de un sueño o de una broma profunda. En la puerta del local de los Sánchez no hacía presencia ni la muerte, el negocio estaba cerrado y solo podía identificar un olor repulsivo, similar y resguardado única y sutilmente en el pequeño espacio que se dividía entre su nariz y la puerta.

Al girar la vista para irse a la casa, sus ojos se enfocaron en una figura reconocida, que evitó de todos modos y maneras como cómplice del peor presagio. Se trataba del padre de su pequeña, campante e indiferente ante los ojos que ahora lo reconocían y evitaban a toda costa.

Sandra, intentando evadir la escena horripilante, se frotaba los ojos una y otra vez, primero, con las manos, luego con su delantal blanco puesto casi todo el día, pero nada funcionó, y pronto le pareció ver que el papá de su pequeña hija Valeria se acercaba cada vez más.

Avanzando en medio de la caminata y el corrido, Sandra giró sobre la última esquina antes de alcanzar la puerta de su casa para evitar la conversación, pero escuchó que un hombre gritaba su nombre a todo pulmón, y, claro, era el padre de su hija que le pedía que parara su marcha alargada para conversar supuestamente de forma amena, algo que rechazó tajantemente por la fuerza de su linaje.

Cerró los ojos profundamente mientras le hacía notar al tipo su rechazo en general, no le importaba en absoluto el tema, y, como siempre, lo evitaba desde su ignorancia profunda e inmarcesible.

—¿Por qué me ignoras? —repuso él mientras se acercaba cada vez más a Sandra.

—¡Y de paso lo pregunta, no faltaba más cinismo! —gritó ella en medio de los presentes que parecían divisar a medias los rostros emancipados frente a ellos.

—Hice una pregunta, ¿por qué haces como si no existiera y simplemente pasas la página? —preguntó el hombre sinvergüenza esperando una respuesta de lo bien sabido por él.

—Desearía evitar desde el primer segundo ese encuentro profundo que tuve con usted aquella trágica noche, ¡es que no valía la pena en absoluto! —respondió Sandra con los ojos puestos sobre los dedos masajeando sus parpados cerrados.

—Yo hablo del ahora. —El varón cerró los puños al mismo tiempo, y sintió una intranquilidad inexplicable.

—Y yo del pasado que me encadena y me atasca la vida —dijo Sandra con la voz cansada, como si la conversación ya se hubiera dado de la misma manera, en tiempo atrás y bajo el mismo cielo.

—No voy a dejar a mi hija por nada, usted lo sabe bien, yo soy su papá y tengo derecho a verla —pronunció el tipo estas palabras todas llenas de saliva que combinaba con un descaro arribista.

—¿La ve? —preguntó la madre como a modo de obviedad.

—Bueno, las vi en la escuela hace un rato —respondió él de forma descarada y aguantando un sentimiento.

—¿Me estaba persiguiendo? —preguntó de nuevo Sandra de forma seria y con furia en toda la oración.

—Quizás...

—Volveré a recurrir a los métodos legales, estoy cansada. —Abrió la puerta, entró en la casa, la cerró y se echó de espaldas contra esta.

Y hasta ahí llegó el entendimiento de las palabras que escuchaba Sandra, solo veía al hombre furioso haciendo maromas grotescas gritando frente cristal, pero no podía discernir si aquello era real o no, si aquella imagen frente a sí misma se estaba dando de verdad, pues por el movimiento de los labios y el tamaño en que tenía abierta la boca le parecía que sí.

Las expresiones eran, por demás, exageradas. Cuando el tipo giró para irse, le pareció escuchar un insulto pronunciado en italiano o portugués. El descarado padre desapareció en medio de las casas, y el resto de la gente, atónita y la mayoría desconocida, siguió su camino.

Sandra olvidó el suceso unas horas después mientras realizaba su trabajo, y al finalizar este (como se mencionó), el desvanecer de la tarde de ese día tan interesante no podía concluir de la peor manera que la enfrentada ahora por ella. Cuando llegó al colegio para regresar a la casa de la mano con su hija, tuvo que esperar tanto que el vigilante observando la desesperación en sus ojos aguados en el temor, le permitió entrar hasta el salón donde su niña cursaba el primer grado de preescolar.

Allí su maestra la felicitó, en principio, por el buen trabajo y avance que tenía Valeria con relación a los números, y en últimas, la respuesta oída de su parte, exacta a la imaginada en el caso de alarma y angustia. Pues su exesposo, padre de la pequeña, conocido muy bien por todos y desde luego tratado con el respeto debido, se la había llevado de la mano mientras la pequeña no reponía queja alguna.

Cuando la madre se echó a llorar y a culparse de la situación, la maestra no entendía muy bien de qué se trataba tal acto, y la madre de la infanta le contó la historia algo corta de su verdadera relación, ocultando, una vez más, la realidad de su asunto, y quizás ese fue su mayor error, pero no se daría cuenta de ello sino casi hasta el final de su martirio.

El padre de Valeria, que en principio se comportó muy bien con ella, comenzó a perderse en medio de los días mientras la pequeña crecía, y a veces ni siquiera hacía presencia durante varios anocheceres seguidos. Preocupada, Sandra siguió al hombre y muy rápidamente acertó sus sospechas de traición.

Así lo sabía ella, y una tarde se lo dijo al hombre sin preparación alguna para la situación real, y su respuesta fue dar cualquier tipo de amenazas a diestra y siniestra.

Como la pequeña no entendía la realidad de sus padres, la madre la alivió con una pequeña mentira que confirmaba en realidad su verdadero tamaño, porque Valeria nunca puso resistencia frente a su padre, que engañó a todos de cierto modo, y este engaño se confirmó porque la madre lo guardaba desde hacía apenas unas semanas y pocos meses, los suficientes como para no menguar los calores del chisme o el interés indebido de todos.

—¿Por qué no nos dijo nada? —preguntó la maestra tratando, desde luego, que su voz no sonara para hacer sentir culpable a la madre melancólica.

—Porque no quería perder a Valeria aun cuando no tuviera razón para asimilarlo, quería una historia tranquila. Tanto le enseñé del mundo, y la más mínima luz fue suficiente para verla caer en esa maldita oscuridad.

—¿Y no hay cómo identificar al hombre? —preguntó con cierta ingenuidad la maestra a la madre sentada y cansada en el puesto de la primera fila, donde se hacía su pequeña para tomar de lunes a viernes las clases.

—Sí, desde luego, pero en este barrio las cosas parecen milagros, y no me sorprende lo contrario con este. Mi pesimismo y tristeza destrozan mi alma, me hace imaginar lo peor —respondió amargamente la madre con la mirada perdida en una pequeña hoja de papel que recogió con cierta intranquilidad del suelo.

—¿Cómo así? —dijo la maestra a bocajarro.

—Aún no lo sé, es como un presentimiento. Pero él, ¡es un completo loco! —dijo la madre detallando el blanco de la hoja con un confuso dibujo sin significado de principio a fin.

—Lo mejor será hacer el llamado de alerta frente a las autoridades —repuso la maestra como única respuesta al silencio, y por su teléfono comenzó a comunicarse con quienes ella creía le podrían ayudar.



Hice una pregunta, ¿por qué haces como si no existiera y simplemente pasas la página?

Y Sandra se echó a llorar una vez más, mientras la maestra la abrazaba tratando de consolarla con el poco ánimo que tenía, a la vez que hablaba con quienes supieran y de alguna manera, pudieran ayudarlas.

En principio se creyó que se trataba de un simple problema y el escándalo sería mínimo, pero no fue así. El tiempo pasó deprisa, volaba como nunca, y en el barrio en el que todos se identificaban con rapidez y sin sorpresa, ahora parecía todo lo contrario, las figuras se tornaban extrañas mientras más se les veía.

Un día, el siguiente, el que sigue, el que le sigue al que le sigue, el viernes, el séptimo, el inicio del nuevo, el otro, el empañado del amanecer, el acompañado del ruido, y así como unas cuatro semanas.

Al mes se sabía no saber nada, y muchos de los que no tomaron el tiempo justo para hacer algo antes de evitar la continuación se lamentaban de a poco porque a la madre nunca se le vio trabajar de nuevo.

Algunos cuantos vecinos la veían ya de noche con la misma ropa del día anterior, y no identificaban nada. Carteles, recompensa, llamadas, información, todo, parecía simplemente que no sirvieron para nada, mientras que el papel con la fotografía del padre y de la niña poco a poco se rompía mientras la tinta se decolorizaba en las paredes grises.

Ni una llamada ni un mensaje, nada. Se dice que en los primeros días Sandra iba de un lado a otro, llamaba, se paraba en una dirección, luego corría, se asomaba, se escondía, volvía a casa y al día siguiente lo mismo.

Mientras que los demás perdían la esperanza, a Sandra se le veía desesperaba, y era como si cada día terminado, al siguiente sus movimientos aumentaran en desesperación y olvido sin pensar o imaginar hasta qué punto podían llegar.

Cuando ya habían pasado dos meses del altercado, una información que en primera instancia la ignoró por su religión y fe en Dios ahora le iluminaba los ojos como única esperanza de lo deparado sólidamente por la vida, pues no le quedaba más alternativa de por medio o de avance.

Un pequeño cartel de papel liso y de mano ofrecía diferentes servicios de brujería, magia blanca y ayuda espiritual. Hace un mes lo hubiera rechazado, pero, ahora, al no quedarle certezas, la ilusión permanecía cuando la voz detrás de la llamada la citó para un encuentro (que parecía único, o el único desde hacía mucho tiempo), y así conocer de primera mano el caso y poder ayudar en la medida de lo posible.

Antes de colgar la llamada, Sandra preguntó por el nombre del hombre, que, al inicio, desconcertado y sin saber cómo lo contactaron (pero como el caso se sabía ya por la mayoría de la gente) dejó soltar en un suspiro y susurro lento y preciso su nombre: José.

III

Hay diferentes clases de personas en el vivir sin importar la época, el país y la vida. Están las convertidas en salvadoras por un instante, y el resto de sus vidas siguen siendo indolentes; las hay indolentes profundas o también salvadoras eternas, y así una sucesión larga de no terminar, pero reflejada.

Podemos corroborarlas si salimos por un instante a las calles, y dejamos que nuestras miradas hagan jugarretas con quienes de ellas se dejan llevar. Una espera corta, unas cuantas palabras, unos movimientos para agregar a la mezcla y listo, ahí obtenemos nuestra respuesta.

¿Y en qué parte de ese conjunto de explicación cae ahora José, que, sabiéndolo con anterioridad, parecía para nuestra percepción como el ser más pusilánime y falso?, ¿ya hemos dado la vuelta a la moneda, y si nos dejamos llevar por los movimientos identificamos al otro hombre?

¿y si ahora resulta ser José un salvador eterno, cómo quedaríamos nosotros ante tal explicación? Por eso siempre hay un doble filo en el cuchillo, y mientras nosotros creemos tener el frente de este ante nuestras manos, la verdad es que nuestro frente es la parte trasera de quien lo ve sin detallarlo mucho.

No se trata, desde luego, de entrar en un juzgamiento o arrepentimiento mental, sino de conocer una realidad que no se aleja de esa concepción tan propia. Podremos, en

cierta medida, conocer solo una en primera instancia para desarrollar y evitar juzgar a quemarropa a quien solo hemos visto por un lado a lo largo de la vida.

¡Pero ojo!, no significa mirar indiferente la cara inversa que vimos de primero, es decir, que por un lado sea mala y por la otra buena, o viceversa. Solo sabiendo la verdad podemos obtener, por fin, el resultado de una visión traslúcida que gira doble sobre lo que rápidamente definimos, y sin certeza, es decir, juzgando según su errada o acertada manera de ser y de vivir.

Fue así, entonces, sin prisa y sin perder tiempo alguno, que la madre de Valeria llegó un poco cansada hasta donde José. En el primer momento, le extrañó la forma como el hombre la recibió; luego de bajar las cejas, confirmó algo inconexo de un protocolo muy inusual que él aplicaba de esa manera por su modo de ser, como encubriendo algo que todavía no hacía, y como a ella no le interesaba nada salvo encontrar y amar a su pequeña, se calló los chismes sin descubrirlos o destaparlos, no le venían al caso ni le interesaban tampoco.

José le pidió un momento a la madre mientras atendía una llamada telefónica, y respondió en silencio y lejos de donde se suponía era la sala de la casa. Una vez colgó el pequeño ruido que replica monótonamente por todo el lugar, se dispuso a escuchar y tratar de ayudar a la madre desesperada.

No hace falta entrar en detalles sobre lo procedido, porque precisamente existen unos bordes circulares capaces de unir las dos caras de la moneda, y en ellos se podía leer un pequeño nombre de valor.

Preciso en ese caso las palabras parecían hundirse y apañarse en el profundo significado que estas emitían, y no fueron en la instancia del inicio bien acertadas por ninguno de los dos. ¿Y por qué? Porque hay secretos ocultos tras el autoconvencimiento de pretender hacer a nuestro antojo lo previsto por la libertad de lo que han hecho de nuestra vida.

Por parte de la madre, ya se sabía el hecho de haberle ocultado a su hija la verdad por temor a no ser comprendida y odiada por su pequeña. Por parte de José, peor aún, ser el cómplice reciente del padre que había llegado el día anterior (en medio de una noche fría y del diminuto desconcierto que había quedado sobre los habitantes de la ciudad) para pedirle un consejo sobre qué hacer con la hija.

Al no entender el sentimiento que le compartía, José le pidió al hombre que repitiera las palabras pronunciadas, y, ante el asombro, le negó profundamente la ayuda como parte de su solidaridad. El padre, desesperado por tal acto que le carcomía poco

a poco sus posibilidades y decidido a hacer cualquier cosa con tal de no dejarse atrapar, agarró de la mesa un papel blanco donde anotó la dirección con un nombre llamativo: Viejo millonario.

Finalmente, José le confirmó, luego de unos minutos, la partida del hombre y de Valeria. Cuando terminó de contárselo a la madre, recordó un pequeño papel blanco que el padre de la pequeña llevaba y en el que tenía una información sobre un sujeto que él iría a acompañar al día siguiente para revelar el camino de la vida. Y esto lo dijo sin inmutarse, indiferente, vislumbrando su caída, casi que sin importarle, como si la desesperación de aquella mujer fuera similar con su locura, con su indiferencia.

Bajaba del cielo, de forma dispersa y sin un orden, los primeros rastros del crepúsculo de turno. Al final José y Sandra fueron hasta la casa del abuelo para despejar dudas y quizás obtener resultados o respuestas que calmaran los ánimos insoportables tanto de la desesperada madre como del hombre en pena, sumado también a los sentidos que desde hacía varios días imposibilitaban su verdadero control y vigía.

Cuando José y Sandra llegaron al lugar, el primero supo entonces la interrupción tan tremenda de su presencia, por lo que se despidió de Sandra, y bajando las calles su silueta se perdió.

Cuando la madre, desconfiada, entró al lugar, un mínimo olor le recordó a su pequeña. Corrió por toda la casa mientras vociferaba su nombre en un intento fallido, la marca del tiempo fue su respuesta. Volvió a la sala y se sentó junto al abuelo, ambos se saltaron los preámbulos y hablaron sin más retardos para que no los llevara a la pérdida de tiempo y vida.

—Antes de que me digas algo, prefiero hablarte, y ya después seré oídos a tus quejas —pronunció el abuelo mientras fumaba un cigarrillo, que apagó al instante porque vio a la mujer toser mientras el humo se iba a ella—. La pequeña Valeria y su padre, desde luego, hace casi dos meses se instalaron una noche en mi casa, quisiera decir los motivos o los alegatos salteados, pero la realidad es que, si usted no lo sabe, estoy perdido con la vida.

El caso es que sí, el padre llegó pidiendo ayuda con voz frágil, y yo quisiera decirle la pena que por mi parte sentí, porque la realidad me dio una severa lástima, y me hundí el pecho en medio de las palabras acalladas con toda intención. Dejé al hombre pasar, y como no lo reconocía bien, no pude detallar su rostro, tampoco escucho muchas noticias, si trata de entenderme, desde luego, y con decepción, yo no sabía sobre el asunto de la pequeña Valeria.

El hombre salió apresurado de acá a las siete, pidiendo el favor, más para él y no tanto para mí, de cuidar a la pequeña. La dejó ahí, en el sofá donde usted está, y volvió como a las once. Me quejaría de la falta de vergüenza que tenía de su parte, pero no me di tiempo a pensarlo porque la pequeña pareció verme con un aspecto amigable y simplemente me alegraba con sus pequeñas acciones y sus dulces palabras.

Sandra, medio fatigada y cansada, simplemente escuchó el discurso completo hasta eso de las ocho de la noche, cuando José llegó diciendo que empezaría a trasladar las cosas en un orden que le daría toda la noche para plantearse al día siguiente.

Encendió todas las luces de la casa, que muy rara vez lo estaban, y dirigiéndose para hacer su trabajo, dejó en la atmósfera un silencio perturbador, de esos en los que uno escucha un sonido prolongado y sutil haciendo juego en los oídos.

—¿Y no escuchó alguna dirección después de que él llegó diciendo que se iría del país? —preguntó desesperada Sandra mientras esperaba la respuesta de bolsillo del hombre.

—No recuerdo una dirección ni una ciudad ni un nombre, solo supe que la niña se llamaba Valeria porque me lo dijo mientras contaba unos números de un papel pequeño que tenía en sus manos —respondió este mientras su mirada se iba de un lado a otro para observar el ir y venir de José.

—¿Y recuerda usted estos números? —preguntó de manera cortante y seca Sandra mientras seguía el patrón de los movimientos repetitivos de José.

—Sé que la niña decía a cada rato la palabra Lola, y luego acompañaba una secuencia de números que era algo como 4.20 69.9, Pero de ahí no más. —El hombre alzó los brazos en señal de que después de eso solo le quedaría una respuesta simple para responder.

—¿Y mi niña no dijo ni una palabra más? —murmuró Sandra mientras sentía que su cuerpo se quedaba pegado en el lugar donde su hija había estado con anterioridad.

—Sí... —respondió a medias el hombre esperando de vuelta la misma pregunta de la mujer.

—¿Cuál? —preguntó esta con algo de ánimo flojo.

—Mamá —sentenció. Y mientras cerraba los ojos, el hombre dio por terminada la conversación.

En una reflexión de espera, Sandra volvió a sentirse viva cuando la voz de José le hacía ahora la conversación al abuelo unas horas después de su llegada a la casa. Ella, desde luego, no tuvo más remedio que oírla y quedarse callada en un silencio maternal.

—He terminado y dejado todo listo para, seguramente, el viernes o sábado. La pena ya no será tanto mía, ¡qué alivio! —dijo José a la vez que su voz parecía apagarse en medio de una lluvia torrencial de palabras.

—¿Todo? —preguntó el abuelo sorprendido con los ojos bien abiertos, como si recordara que en su época más joven el acto le hubiera costado en tiempo similar—. Y ojalá sea cierto su plan, sabe de las alternativas, ¡no existen, no hay tiempo!

—Así es, el camión es justo y el espacio, el necesario para cuando sea requerido. Terminé utilizando la ayuda de un amigo, nunca entró, pero estuvo pendiente de recibir las cosas y organizarlas junto conmigo, aunque ya se ha ido a dormir.

—Está bien, entonces, según el plan en menos de una semana todo se soluciona, ¿verdad? Es mi interés real —pronunció el abuelo con un ánimo pusilánime, pero apareciendo algo nuevo en él.

Sandra, poco interesada en la conversación, dormitó un poco en el sofá. Y antes de que la conciencia pudiera interpretar los sonidos que escuchaba de cerca, una vez más, las palabras en un idioma parecido, quizás, la martirizaron hasta el punto de sentir la fuerza de alguien que intentaba ahogarla en el lugar donde se encontraba.

Luego de luchar y luchar, y de dar golpes a diestra y siniestra, Sandra despertó de la escena con la frente sudada y sintiéndose fría, mientras los dos hombres que estaban al frente y expectantes trataban de ayudarla de la mejor manera posible.

Cuando la mujer se recuperó a medias del altercado, pudo oír la conversación que aún mantenían los dos hombres, sin que les importara a ellos la unión de Sandra sin previa advertencia o llamado.

—Como te digo, una de las dos bolsas tiene lo suficiente como para vivir el resto de la vida cómodamente.

—¿Esto lo sabe alguien más?

—En teoría se lo diré mañana a los gemelos.

—Y si se lo terminas de decir a todos... —José interrumpió por unos instantes su pregunta mientras observaba a Sandra, quien ahora también sabía del secreto, y no decía ni una sola palabra—. ¿Cómo esperas repartir algo indivisible entre tantas personas si tu interés no permite una entrega equitativa y justa?

—Porque solo uno se quedará con este en lo definitivo, yo ya lo sé, es como si supiera de alguna manera el hilo de esta extraña historia y condena. Y no importa mucho el desenlace, porque al concluir solo se sabrá del verdadero poseedor cuando se desate finalmente el nudo secreto, que será el paso más sencillo para descubrirlo. Y así son los tesoros, ¡gratos y de experiencias, sencillos y de recuerdos!

—En todo caso, ojalá pudiera quedármelo, me sería de mucha ayuda.

—Sí, claro... —respondió el abuelo con un sarcasmo que José no logró determinar por pura ironía del recuerdo y del presente.

—Ya verá, esos gemelos y ese tipo se van a creer todo el cuento que yo les inventé para convencerlos de su supuesta muerte. ¡Y qué alivio, viejo, qué alivio se siente no sentir la culpa! Los voy a engañar como no tienen idea.

Al percatarse de que Sandra estaba de mejor semblante, el abuelo le entregó un papel blanco con unos números extraños, y le explicó su significado con una verdad incompleta e injusta.

—Es, desde luego, el papel con una coordenada, y, creo, si no fallo, lo escribió la pequeña Valeria, no estoy seguro. No entiendo mucho de eso, pero seguramente José le podría ayudar con la ubicación. Espero no equivocarme.

Los pensamientos de todos se resolvieron y fueron liberados cuando identificaron y organizaron la información que estaba dispersa por los rincones del pequeño papel arrugado y desgastado, como si estuviera envejeciendo de alguna manera bastante peculiar.

4.209774, -69.933605 dijeron luego de un rato de tratar de solucionar con un poco de dificultad lo parecido a un corto misterio infantil.

La madre iría al día siguiente en busca de la dirección o lo relacionado directamente con aquel número. Después de un rato, se despidió del viejo con un abrazo fraternal, sin sentir ni un asomo del riesgo al que se encontraba expuesta.

Al salir de la casa, sintió con extrañeza que alguien la perseguía a medida que aumentaba sus pasos.

Le surgió un rápido pensamiento de nunca más volver a encontrar a su pequeña niña, y así lo guardó en su corazón por unos segundos antes de perder la noción de la realidad.

La tensión se rompió definitivamente cuando la mujer, intentando girar y agarrar impulso en una esquina, sintió un golpe que, combinado con la resiente dormitada, la hizo caer desmayada inmediatamente en el suelo, al mismo tiempo que oía a medias dos voces que discutían sobre el suceso repentino e inesperado.

—Es lo mejor que podemos hacer tanto para ella como para nosotros, si no la ayudamos y delatamos de una vez por todas el plan, todo en lo que nos encontramos metidos nos caerá encima, y la suerte, de lejos, se irá con quienes menos deseamos y nos abandonará en el naufragio.

En esta última parte de la conversación, Sandra pudo reconocer a medias la voz de José mientras tomaba el papel y analizaba las coordenadas. Sabía de su responsabilidad por el valor que le dio a su pequeño corazón impuro. ¡Era ahora o nunca!

IV

Sintiéndose indefensa, con las manos atadas y sin poder hablar, Sandra divisó, en medio de su desesperación, una pequeña luz que le indicaba la noche, y como su cuerpo en movimiento daba pequeños saltos, debido a los errores de la naturaleza y de las calles con dirección desconocida, presintió que la llevaban en un vehículo, y aun con la libertad de movimiento en el espacio vacío donde manoteaba sin parar.

Durante varios minutos intentó dar alguna queja, pero el sonido de la calle y la velocidad del vehículo la acallaban mientras avanzaban por la penumbra y el alejamiento era cada vez más vigente.

Sin oponer resistencia, se dejó llevar por el cansancio a un sueño leve. Despertó después, a las pocas horas, cuando sintió sus manos más libres, como desprendidas de su propio peso.

Su boca y nariz tomaban la primera ronda de aire de manera consciente y atenta, pausada y automática. El sujeto desconocido, con delicadeza y tratando de no sobrepasar sus acciones, le indicó una serie de cosas que ella escuchaba a medias mientras

recibía dinero junto con un mapa rarísimo, que estaba recién dibujado con afán, pero totalmente entendible pese a las líneas errantes y temblorosas.

Después de frotarse los ojos con ambas manos, Sandra pudo definir su situación, y vio que José estaba frente a ella con cierta indiferencia. Esperó respuesta alguna, pero como no la recibió. Le deseó suerte.

El camión negro, como de tres metros de largo e, incluso, más pequeño que el que vio la noche anterior en la casa del abuelo, se perdió en el horizonte matutino con el cantar suave y lento de la naturaleza rodeada, a la espera de la mala hora.

Una vez sentada en el suelo de la carretera vacía, quiso ver el mapa para ubicarse mejor, pero con tan mala suerte que apenas lo extendió de par en par, este se le resbaló.

Cuando intentó sujetar con los dedos de la mano derecha un papel donde estaban unas indicaciones escritas, ambos papeles se cayeron al único charco sucio del suelo, en una tierra arrugada y suave con un agua devorada por su propia esencia.

Sandra buscó lo restante de los dos papeles y alcanzó a ver por unos cuantos segundos las palabras “Camina siempre hacia adelante”. El mensaje completo se trataba, desde luego, de una nota de José en la que le explicaba la situación a la mujer, y que, en cualquier caso, el escenario menos agradable, resultaría, incluso, siendo el peor.

El resto se lo guardó para sí mismo, pues no encontró las palabras adecuadas para comunicarle lo que el viejo le había dicho la noche anterior sobre lo que el padre de la pequeña Valeria le había comentado en voz baja con relación a la posibilidad de vender a la niña, y cómo este se negó rotundamente, terminando por saber y resguardar el orgullo cortado y herido, para finalmente esparcirlo y tirarlo al destino de quienes en la historia estaban involucrados, como dejando la maldición en un zarandeo de agua bendita, donde ya, dicho sea de paso, se había escrito el destino de todos y cada uno.

Un grito de su autoría resonó en el espacio profundo, y la naturaleza acogió, desde luego, con todo el derecho. Pasaron unos cuantos minutos convertidos en horas, y la mujer, cansada, perdida y sin saber cómo continuar el camino, se dejó caer en el suelo mientras supuso en su corazón la indiferencia y falta de bondad de la vida y la muerte hacia su pequeña Valeria.

Porque si estaba viva, no la tenía, y lejos del desenlace, la conclusión de su historia parecía un simple vacío que no significaría nada.

Lloró pidiendo que se la dejaran ver por unos cuantos instantes cuando se requiriera el adiós definitivo, y no pasó absolutamente nada. Llorando en silencio, maldijo a todo aquel que trajo a sus recuerdos vigentes, como si eso al menos le ocupara la mente en otra cosa diferente a su pequeña, negando alguna fuerza para soportar su exilio de infancia.

En la noche, mientras la oscuridad disfrutaba de su eternidad, un golpe despertó a Sandra mientras esta reconocía otra vez la realidad como irreal e imposible. Una extraña sensación de caminar le invadió su cuerpo, y se dejó llevar sin saber la dirección exacta, pero siempre hacia adelante.


Al cabo de un rato sintió cansancio, pero no pudo parar, sus pies parecían dos máquinas automáticas que continuaban andando independiente del resto.

Justo cuando creyó apagar las dos máquinas tirándose al suelo, encontró una luz diminuta que aumentaba cada diez pasos. Casi a los doscientos llegó hasta lo parecido a una casa abandonada. Se sentó en el suelo, mientras las dos máquinas, suspendidas en el aire, parecían jugar moviéndose hacia adelante en medio de la suspensión.

El sonido parecido y similar a un reloj de pared le inquietó a tal punto de levantarse de un salto, y se dispuso a escuchar en medio de las paredes el resonar completo. Y así fue.

Ahora, mientras parecía estar más cerca de dormir, podía distinguir claramente el patrón que en un momento dado pasó a ser una conversación en italiano o portugués, pero Sandra yacía dormida en medio de la aclaración de la duda.

—Es la segunda del equipo —dijo asombrada una voz femenina que provenía, al parecer, de entre el vacío de la casa y las paredes que comunicaban hacia afuera.



**—Solo espero
que se encuentre bien.**

—Es decir... —dijo a medias y de forma corta la que parecía ahora la voz masculina.

—Sí, ya todo está hecho. Simplemente falta ayudarla según su destino, y ya luego podrán irse —respondió ahora con alegría la voz suave cantando cada palabra.

—¡Ojalá fuera rápido! —murmuró la voz con un tono bajo haciéndola sonar completamente cansada, como si hubiera esperado mucho tiempo.

—Tomará bastante tiempo —repuso la voz femenina ahora con seriedad, como si no quisiera cantar más.

—Solo espero que se encuentre bien.

—Sí, lo está.

—Duerme profunda.

—Así lo está —volvió a responder la mujer que ahora observaba a Sandra por medio de la diminuta rejilla compartida con la puerta.

Cuando hubo un intermedio valioso en la noche, Sandra despertó un poco asustada y aturdida, como si el golpe recibido la noche anterior por el hombre desconocido tuviera hasta ahora, mucho tiempo después, el efecto esperado.

—Tranquila.

—¿Dónde estoy?

—Tranquila.

—Necesito irme porque debo buscar.

—Sabemos que tu llegada es en busca de tu pequeña hija.

—¿Saben dónde está?

—Del todo no.

—Entonces, ¿cómo saben de mi llegada por ella?

—Somos iguales a ti.

—No entiendo.

—Sí, tú lo entiendes, somos iguales a ti porque la vida también nos ha tratado de esa manera.

—¿Cómo así de esa manera?

—De esa manera como nos encontramos ahora.

—Perdidos, sin rumbo, pero con algo en común...

—¿Cómo así?

—Mi madre... es decir, ella es la mujer que tú buscas para encontrar a tu pequeña hija.

—Entonces sabes dónde está.

—Ella vive engañada, y cree a cualquier bebé cómo hijo suyo. Pero siempre termina por no entender nada, se pierde en sí misma, con algo de locura, y asesina a las bebés en su poder cuando se da cuenta del error garrafal.

—¿Es decir que tú eres el padre de alguna de las pequeñas?

—No..., yo, yo, no, no soy padre de ninguna.

—¿No...?

—El camino cruzado hasta acá es una larga historia y siento impertinente contarla ahora, como entenderás...

—¿Y cuál es el plan?

—Encontrar a la pequeña Valeria.

—¿Cómo sabes su nombre?

—El padre vino con ella hace un tiempo, y me contó que estaba buscando a mi madre. Como le hice una pregunta de más, simplemente me respondió de forma seca y tajante que hacía lo debido según su destino, y no lo entendí. Pero más allá de eso yo no sé nada. Sí sé, por otro lado, que la pequeña durará en manos de mi madre de siete a ocho meses, después de eso no sé nada. ¡Nunca se sabe nada más después de eso! ¡Nada! Y quiero suponer frente a ti mi más limitada premonición, quizás, en cierta medida, el tiempo es limitado para nosotros, y lo que te diga es incierto.

—¿Y cómo sabes, según me cuentas, el hecho rotundo de la presencia de mi querida hija en manos de ella... tu madre?

—Porque ya se difundió la noticia de la muerte de un hombre desconocido en medio de la selva en circunstancias bien extrañas. Cuento repetido...

—¿Y por qué relacionan la muerte del hombre desconocido con la del padre de la pequeña?

—Porque es la historia del pueblo, eso todos lo saben. Un tipo engañado llega hasta acá, ve a mamá y cuando este le cobra, ella lo saca de su emancipación, le roba la locura y lo asesina sin más. ¡Y mágicamente se encuentra sin vida en medio de la selva!, Aunque suene cruel, hasta parece normal.

—Puedes preguntarle a cualquiera de la ciudad y te dirá lo mismo.

—Pero si solo pude ver esta casa en medio de la naturaleza.

—Es el efecto que se produce en los humanos cuando dejan los edificios, los carros y la ciudad en general.

—Yo solo pude ver naturaleza.

—Y no te engañas, tienes razón, pero es la misma naturaleza donde está nuestro hogar. Solo fíjate lentamente en ella, o seguramente el efecto del movimiento te dejó así, pero eso no es problema tuyo.

Al siguiente día la pasaron así: el hombre identificado como el extranjero, la hija de la bruja y Sandra caminaban por en medio de la ciudad y de la naturaleza, que en un primer engaño hizo una jugarreta mediocre e insoportable con la madre de la pequeña, pero ahora, consciente y a plena luz, y muchos segundos después, identificó con una claridad sutil e indiferente el intenso panorama.

Lo que ellos no sabían, o esperaban, y como se supuso por el desfallecimiento de las esperanzas nuevas, pasaron los meses y no encontraron ni a la niña ni a la bruja, por más que caminaron días enteros, incluso, automáticamente.

Una semana después de la primera conversación, Sandra, ya con más energía, fue hasta el lugar donde yacía el cuerpo del padre de su hija, y con un gesto de repudio y asco lo identificó, solo para decirle a media voz que le perdonaba el engaño que como un cuchillo atravesó tantas veces el corazón para hacerla despertar en medio de su infortunio.

Vio al hombre enterrado bajo un lugar que se identificaba con facilidad porque era a campo abierto, y la cruz de ramas viejas estaba adornada como a modo de conmemoración, de respeto, tomando estas muertes como algo de lo común, y manteniéndolas como parte del tiempo, pues siempre esperaban el grito de a quien le hubiera tocado traer la antigua conocida, vieja y vanagloria.

La última semana del tiempo estimado, Sandra caminó lentamente hasta la tumba de su exesposo, y cuando llegó al lugar se intranquilizó de inmediato, pues miró a su alrededor y estaba sola. En el ambiente natural identificó un suceso que la dejó paralizada, y que solo pudo apreciar mientras avanzaba poco a poco, y se escondía entre lo oculto e inevitable que se encontraba a simple vista.

Al estar cerca de donde oía y observaba una figura, supo, de antemano, que solo tenía dos opciones: morir en el intento y condenarse de manera perpetua o llegar sana y salva a la protección colectiva de quienes se encomendara.

Para idealizar un plan, el tiempo se hizo inverosímil, y falló en el intento. Primero, porque no sabía qué hacer, y, segundo, porque el miedo invadía a zancadas el terreno que resguardaba su corazón.

Un altar de piedra se alzaba sobre el campo donde antes yacía el cuerpo del padre de Valeria, y la pequeña, con la mirada asustada y sin hablar, estaba encima de este, mientras la bruja, una anciana mañosa y fea, le hablaba como indicándole algunas cosas.

Cuando la bebé miró a su madre se alegró tanto que la bruja, con mucha fuerza giró como pudo, pero solo vio la naturaleza que las rodeaba. Sin embargo, el truco y la trampa que la vieja le había puesto a Sandra iba más allá de lo imaginado. Al inicio hizo como si se estuviera alegando mientras buscaba algo perdido o refundido a simple vista.

Al girar le dio una media vuelta al lugar, y apareció justo detrás de la madre mientras abrazaba a su pequeña, que lloraba de alegría por el reencuentro. El golpe que la bruja

le propinó a Sandra la hizo caer, y se veía otra vez como si estuviera muerta (similar a cuando José la golpeó para ayudarla), o cerca a estarlo. Al mismo tiempo, Valeria comenzó a llorar porque presintió que la brusquedad alejaría la alegría que inundaba sus emociones infantiles.

Un rato largo después del golpe, Sandra despertó amordazada y amarrada al tronco de un árbol grueso, escuchando unas palabras vociferadas por la bruja que le resultaban familiares, como si hubieran sido dichas en otro tiempo desconocido para sí misma y su historia con el mundo.

La bruja trataba de hacer un hechizo mientras exhibía el cuerpo desnudo de la pequeña Valeria en una piedra manchada con una sangre antigua y pálida. Un instante de silencio se hizo en todo el lugar, y el ritual guiado por un portugués a medias, como olvidado, quedó suspendido a la vez que la mirada de la vieja hacía dos movimientos de ida y vuelta, en uno la bebé lloraba, y en el otro ya no se veía.

—Los trucos son buenos solo cuando los utilizo yo. De resto, habrá para reír, ¡no irás muy lejos! —gritó la bruja que miraba hacia el tronco del árbol, donde el cuerpo de Sandra, agotado y medio muerto, se exhibía como carne fresca.

Al llegar la vieja hasta el lugar, le dio un puñetazo seco y directo al rostro de Sandra. Al no poder disimular el dolor, dio paso de libertad, e hizo que la bruja notara su presencia que desde hacía rato estaba detrás de la naturaleza escondida.

—Desgraciada seas, en el infierno arderás, y el fuego frío en tu corazón llenarás. Has de hablar ahora ante mí, si es que es tu devenir ser presa de mis deseos más oscuros.

Una carcajada resonó por toda la naturaleza, alertando inconscientemente, a todos los cercanos incapaces de no inmutarse frente al aullido animal. Como Sandra resistía según le daban sus fuerzas, recordó la frase de no rendirse nunca. Se irguió frente a la vieja que estaba asombrada por la actitud de la mujer retadora, sin miedo alguno a las consecuencias.

—Juegas con el fuego, mujer —gritó la bruja una vez más mientras se acercaba a Sandra con algo que no pudo reconocer a simple vista.

Y no estaba tan lejos de la verdad, la vieja no podía hacer nada, no tenía método ni manera ni siquiera valor racional. Un momento después, toda la naturaleza parecía perturbarse ante un aire gíatorio en medio de esta. Sandra resistía el aire violentado frente a toda manipulación, esencialmente por los alaridos audaces e indiferentes de la bruja.

El ruido en la escena se debió porque el extranjero y la hija de la vieja encontraron a Sandra dispuesta a arremeter contra la mujer, que al parecer le hacía daño a su hija. Vieron, de cerca, cómo la mujer simulaba estar amarrada al árbol, e identificaron así su astucia. En el último instante, la chica agarró de frente a la madre de la niña, y de esta manera evitó la situación.

Y como si fuera un plan elaborado con tiempo, el extranjero corrió en sentido contrario al que se suponía que la vieja no iría, porque la hija de la mujer rompió intencionalmente unas ramas justo cuando dejaba a Sandra atada con un nudo sencillo en el tronco. Cuando la vieja se perturbó por el sonido, el hombre cubrió a la pequeña con un trapo blanco mientras corría hacia la ciudad, o la naturaleza profunda, donde, ¡Todo no tiene nombre!

La bruja, utilizando toda su energía, agarró a Sandra en el aire, y antes de asesinarla le dijo unas últimas palabras al oído:

—Morra sem liberdade, mulher infeliz!

Luego, le giró la cabeza a la madre mostrándole que el extranjero se encontraba ahora amordazado en un árbol muy similar a donde ella se encontraba. Los ojos del hombre, inyectados de sangre, asustaron a Sandra, y esta se resignó al hecho presente de no volver a ver nunca más a su pequeña hija.

Un tercer grito ininteligible resonó en medio del placer y diversión en el que la bruja disfrutaba la escena con cierta gracia y deseo. Sin embargo, no pudo moverse y sintió que cayó al suelo cuando las fuerzas le faltaron para terminar lo que había comenzado.

Sandra, adolorida, aprovechó la ventaja y agarró una piedra grande dispuesta a su lado, y con tal fuerza sobre sí misma la estampó sobre la cabeza de la vieja Luján mientras gritaba con fuerza estrepitosa a los ecos vacíos de la naturaleza. Sintiendo un alivio sobre su pecho, Sandra se levantó del suelo con las manos empapadas en sangre y sesos viejos y duros.

Al paso se dirigió hacia su hija, pero el bosque en llamas la tomó por sorpresa. Las hojas y el viento parecían bailar de diferentes maneras mientras el eco resonaba las carcajadas de la vieja muerta.

Corriendo hacia el extranjero, le zafó los lazos atados a lo que parecían cadenas oxidadas, y este, a toda prisa, les indicó el camino por el cual debían seguir. Corriendo en medio del calor y el sudor, llegaron pronto hacia una zona no ardiente, pero sulfurada.

Cuando pasaron el hombre y la pequeña, se quedaron atónitos porque ahora Sandra estaba siendo arrastrada con fuerza hacia el centro de la naturaleza amarilla, ardiente y voraz.

El extranjero, intentando socorrer a la mujer, se chamuscó un poco el rostro cuando el fuego parecía avivarse con mucha más fuerza. Dejando a la pequeña sobre una roca protegida con la tela blanca, rodeó por un lado el bosque y buscó un pequeño lugar para tirarse y entrar.

Pero no lo encontró, y por el contrario cayó en un hueco profundo, y el sonido de una de sus piernas rotas lo hizo llorar e insultar con tantas ganas que le robaron toda la fuerza.

La madre, ahora en el centro impetuoso y caluroso, escuchaba solo risas y risas, e intentaba correr, pero la fuerza la dejaba de nuevo en el centro, a medida que el fuego se acercaba cada vez más y parecía devorarse a sí mismo a sabiendas del tremendo caos generado a su alrededor.

De pronto le pareció ver todo pintado de negro, el cielo, los árboles, las hojas, el pasto, la tierra. Dos siluetas en medio del fuego parecían luchar entre sí de repente y sin preámbulo de invitación.

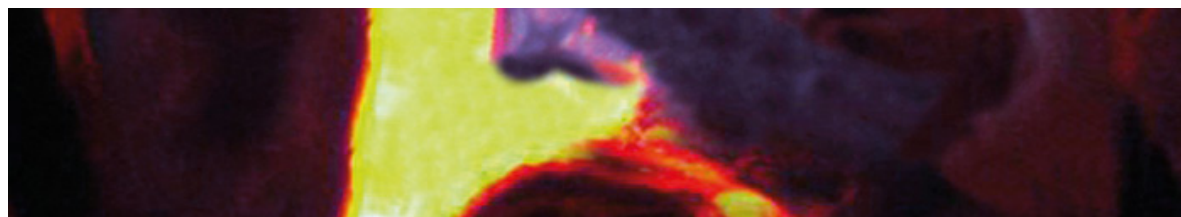
En el último tramo, donde el fuego no ardía, la sombra de las llamas, que se veía como la más joven, impulsó a Sandra de tal manera que el fuego parecía arder con ella. Pero no era así, y cada instante la fuerza la tiraba más cerca de su pequeña.

Cuando lo estuvo de verdad, se lanzó sobre su hija justo cuando una explosión le desgarraba las vestiduras que quedaron en puras cenizas hervidas y calcinadas.

—El tesoro que guía el ojo se abrirá cuando se encuentre.

Cuando la madre al fin pudo abrazar y ver a su pequeña hija, unas palabras la dejaron en un silencio inquietante:

—Mira, madre, ¡tengo un ojo de cristal!





SEPULTURA AJENA

Roger, el extranjero en búsqueda de la tribu
latinoamericana perdida en el Amazonas.

SEPULTURA AJENA

Juan Rodríguez



SEPULTURA AJENA

I

Después de no ir, es mejor quedarse para resguardarse de la piel de los cactus vivientes que están a la espera de chuzar, en un pequeño segundo, a quienes caen en sus redes áridas. En la ciudad hay cactus por todos lados, y si uno no es cuidadoso, puede caer en sus trampas. Se le ven en las esquinas, a lo lejos, pero también de cerca, lo suficiente como para pasar por el pequeño espacio de los roces vivientes rogando sobrevivir.

Un espacio más pequeño es el más peligroso, los lejanos al menos se sabe de sus presencias alejadas por las circunstancias. Pero los cercanos están ahí, latentes, a la espera, y uno cae, sin darse cuenta, y se chuzo en cualquier parte. Cuando nos examinamos para buscar el dolor, nos trasladamos a un largo caminar, y cuando giramos para ver el camino, nos damos cuenta de su inexistencia.

Pero ya es tarde, porque el avance continúa, y la vida, tan sorda y muda, parece ser un individuo vigente que camina a nuestro lado sosteniendo una sombrilla que la abre con algo de gracia. Aunque, sin duda, con una suerte inoportuna, parece ser, en mayor medida, un milagro o una traición de doble filo. Ya ni sabemos por qué seguimos caminando, o por qué somos lo que somos y no otra cosa.

La gloria de la vida, en un mundo totalmente diferente al consciente de la plenitud de la vida, le hacía punzadas a la tranquilidad de Roger, un joven experto en los trucos de la vida. Era como esa persona, según nuestros motivos, que podía hacer cualquier cosa con una maestría impecable, parecía ser la mano de Dios en un individuo.

Un examen introspectivo es, desde luego, muy distinto al que busca evaluar al individuo desde afuera, desde el ser parecido y distinguido por todos según su esencia.

Y el vivir como constante de pie da razones para resguardarse en el afuera, porque, de otra manera, no se podría vivir, al menos no por mucho tiempo. Así fue como Roger, muy joven y audaz, con una edad entre los veinte y los treinta, descubrió poco a poco que podía vivir cómodo y placenteramente en ese mundo de cactus y diminutas distancias.

Él hacía cualquier esfuerzo para llevarse hasta el borde de la vida y la lucha, y definitivamente terminaba agradecido. Y el placer parecía bailarle siempre, lo que le impedía,

como una relación más cercana con el mundo el cual le abría los brazos del destino. La limitación de los placeres en los demás era evidente, pero en Roger no, parecía estar bendecido y siempre podía elegir cuánto tener y cuánto vivir.

En cada equivocación sentía que obtenía los mismos resultados, un fallo grandísimo tenía siempre la misma respuesta. Todo parecía tener la misma respuesta.

¿Cómo salir de aquel mundo rodeado de todos los placeres y aventurarse en uno donde la vida fuera más llevadera? Porque los bordes iban, por supuesto, muy distanciados de lo sentido y experimentado hasta ese momento.

Y cuando corría hacia ellos en búsqueda de una caída, solo parecía recorrer cada vez más una distancia infinita que se duplicaba y tomaba muchas veces distancias inimaginables e inalcanzables.

Un día, mientras desayunaba, logró escuchar una conversación que su padre sostenía sobre el dinero y su futuro. Abrumado y nervioso, el hombre terminó la comunicación con un grito desesperado. Haciendo un símil, era como si ahora colocaran a Roger y a su familia en una caja llena de pieles áridas (para él según la vida), un lugar donde estaban expuestos y podían tocarlos como se les diera la gana.

Y mientras esto sucedía con su padre, el joven Roger se hallaba cada vez más cerca de encontrar la solución para jugar en primera con los bordes, y luego hacer de estos un sinfín de riesgos que calmarían su inquietud interior, que tanta fuerza le hacía y que lo empujaba a los presentimientos y a la duda. ¡La realidad cruel de la vida!

El hijo extranjero, desde esa mañana, y aprovechando la oportunidad de romper la burbuja en la que vivía con toda su familia, decidió, en un riesgo consciente, tirarse de clavado al agua, aquella que le reflejaba cómo la naturaleza no se sostenía ni arriba ni abajo, sino en un punto medio, con un equilibrio que buscaba y acertaba justamente donde le daba el borde.

El padre, percatándose de la situación, y con una amalgama de sensaciones impetuosas y sin cesar, estableció con su hijo esa zambullida en la que primero, salvaría y mantendría en la burbuja a su familia, y, segundo, luego de vislumbrar todo aquello comprendido por un padre, le haría cumplir a su hijo, en cierta medida, ese deseo anhelado de realizarse. Deseo que de ninguna manera posible ni con todo el dinero del mundo le podría dar en una bandeja adornada y reluciente.

Concertado el acuerdo, ahora la situación aterrizaba aparentemente y de plano en lo que todas y todos interpretaron que no habría juego a la relativa equivocación. El padre, como es bien sabido, venía de una racha de caída sin fin y sin pausa. Tanto el dinero como la situación, y también el ambiente, se habían tornado como en los inicios, en los que la misma recta subía sin tener un modo de detenerla, y que nadie quería parar ni por intenciones reales. Algo así como el reflejo inverso del espejo visto frente a nosotros.

El hijo, por su parte, luego analizar con cuidado y al detalle las especulaciones sobre los bordes o caídas, las alejó, en primera instancia, como malsanas. Luego, juntando los justos y no tan certeros, llegó a una determinación. La respuesta que replicaba en su mente era la de viajar y conocer varios lugares de Latinoamérica y aprender de estos lo más posible, para luego tratar de vivir en medio de los bordes y la tranquilidad de despertarse y encontrarse con desafíos relativamente nuevos que le mantuviera el espíritu a flor de piel, es decir, ¡de la locura!

Al escuchar la idea de Roger, el padre dudó por unos instantes la respuesta, y luego, como en una especie de borde que no supo clasificar, decidió jugársela toda a su favor engañando a su hijo y, a la vez, otorgándole el poder de mantener al margen el grueso hilo y la trampa que le tendía por sus razones y motivos.

Al pasar las semanas, el padre planeó, junto con varios de sus amigos millonarios, una trampa que llevaba, en principio, el nombre de plan. Se trataba de hacerle creer a Roger, por medio de una estrategia seria y completa, la posibilidad de viajar en primera instancia al lugar de sus supuestos deseos y sin ninguna restricción, lo que le daba la libertad de encontrar lo parecido a su más profundo deseo.

Como el asunto aún era muy rápido, Roger se convenció cuando uno de los amigos de su padre le indicó un lugar maravilloso en donde seguramente lo estaría esperando todo lo deseado. Tal fue la emoción y la imposibilidad de ver más allá de los bordes, que Roger, cómplice de su propia caída, aceptó sin consultarse primero si todo aquello era en realidad lo que él quería. Pero como no podía dudar de su padre, tampoco apreció todo lo que en realidad, y con doble filo, habían armado los primeros cómplices, además de las excusas que ocultaban todo lo esencial.

Con el engaño que pasaba de mano en mano, y con la seguridad de la perfección de todo, Roger se confió en su padre, y este, a sabiendas de cuáles eran exactamente sus motivos, no se inmutó en ningún momento en contemplar las posibilidades negativas que afrontaría tarde o temprano por su hijo.

Y apreciaba mucho a su querido hombre, pero ¡a veces las circunstancias identifican y pueden mucho más!

Para hacer aún más creíble todo, uno de los amigos del padre, que le cuestionaba siempre a este las consecuencias, vinculó al joven extranjero en un proyecto que lideraba hacía años. En él buscaba recopilar la mayor información posible sobre todas las cosas del mundo: las vivencias, la cultura, el desarrollo económico, las razas, las tradiciones y demás. Suerte fue coincidir con Roger en que le faltaba aún mucha información sobre distintos lugares de Latinoamérica.

Y antes de que el hombre concluyera las palabras, ya el joven había aceptado el engaño. Lo cierto fue que había algo oculto tanto para el hombre como para Roger, porque el primero no sabía la situación económica del padre del joven, y el otro, confiado, pensó que era innecesario vociferarlo cruelmente. ¡Locura total!

Aprovechando la situación y la prontitud acerca de la realidad, el padre del joven extranjero sacó al sol el plan desarrollado con minuciosidad. Sin corazón y sin sentimientos, la estrategia estaba sobre el papel.

Desde luego que Roger viajaría a Latinoamérica, pero el padre buscaría hacerlo borrar del mapa sutilmente, al menos por unos años para después, con una indignación superflua, denunciar al amigo humilde de la mano sencilla y quedarse con su fortuna, pues era el único de todos que desconocía que su supuesto amigo estaba en bancarrota. Ahora le jugaba la mano al antojo de la pérdida. ¡La fe ciega del valor!

En primera instancia, dejaría ir al joven a diferentes lugares sin tanto apuro, pero meses después lo borraría del mapa dejándolo vivo, y ya el resto es mención de líneas anteriores.

Lo cierto es que Roger no estaría solo, por el contrario, e incluso antes de su llegada, ya otro hombre se encargaría de utilizar el borrador con toda la calma posible, y, con el tiempo, haría volver al soñador a la burbuja tranquila.

Roger miraba con asombro el cielo que rodeaba su panorama como si fuera una parte de él. En un pequeño cuaderno de notas dibujaba lo que sus ojos le enseñaban, cada figura o cada cosa que se perdía en el aire. En el dormir solo pudo apreciar los bordes célebres que su presencia recibía con alegría y esperanza, y pronto fue sueño profundo. ¡Sueño dormido, sueño perdido!

Lo despertó el sonido que indicaba la llegada y el final del viaje. Bajó con alegría las escaleras que le mostraba ahora el nuevo paisaje. A secas y casi que encadenadas tenía

unas cuantas cosas que lo acompañaban, y, muy seguramente, por un buen tiempo. Sintió de lleno y de buenas a primeras el primer borde disfrazado de soledad y desesperanza, lo que inconscientemente pareció serle una grata sorpresa.

Sin notarlo, el borde se repitió con un nuevo atuendo más amplio cuando viajaba en un taxi y miraba una ciudad fría y sin ánimo, que se desplazaba de a poco como si su ritmo hubiese sido siempre así. Ya en el hotel supo que solo tenía unos cuantos días de estadía, y que luego debía partir hacia su misión desconocida, y muy bien desconocida, salvo por el hecho de haber aprendido, a lo largo de su vida de privilegios, la razón antropológica del mundo, que era, quizás, la única huella marcada entre su grandísimo deseo y la realidad expuesta.

Roger lo había aprendido porque toda su vida se dedicó a descifrar los enigmas del mundo, lo que lo convirtió, muchos años después de la infancia, en un antropólogo de sí mismo, pero ahora que se daba al mundo se integraba a este también.

Al desplegar el papel de las instrucciones de fe, pronto se convenció de que la tarea le tomaría unos cuantos años si la información que buscaba y entregaría tendría un valor y fundamento esencial, sobre todo con la experiencia y las costumbres. Al mirar de nuevo la ciudad, se convenció de no cambiar aquello por ninguna otra cosa que no le resultara suficiente.

Cuando con astucia se adaptó al primer ritmo, solo le quedaba mantenerse en el medio y afrontar fuera lo que fuera, pero con la certeza de hacerlo precisamente con eso que a mucha gente le faltaba y que él tenía de sobra: razón de vida. Finalmente terminó con todo el dinero que había traído, y memorizando cada paso para llegar a la ruta, le pareció que el resto era dejarlo un poco y lo que la vida deseara emplear en él.

Ya se habían presentado varios bordes en diferentes instancias y ocasiones, con disfraces o siendo estos directamente. A Roger le pareció tener ahora varios amigos, pero los bordes entre más cerca están más duro golpean, sin previo aviso o alarmas que hagan bulla.

Una única carta envió como respuesta, pero Roger no sabía que el plan fracasaría, porque la traición fue más evidente que el interminable plan en su valor inmarcesible. Este sería su primer y único viaje, sin embargo, antes de enterarse a medias, lo disfrutó de tal manera que ahora parecía ser un hombre nuevo en tierra antigua.

Primer rápido reporte de situación

He llegado bien, los primeros resultados no parecen tener percances. Se me han presentado algunos inicios de algo que desconozco, pero no me perturba en lo absoluto.

El lunes decidí viajar un rato por entre las calles, pero un grupo de personas trataron de desviarme y no sé para qué.

El martes salí por el lado contrario de la ciudad, y parece ser la más bonita. Tiene un recuerdo de allá, o quizás comparte una característica en común con el paisaje.

El miércoles estuve en cama por la mañana, en la tarde pasaron por la televisión un programa de humor que no comprendí, pero me dejé guiar por las risas de unas personas sobre lo que parecía un error humano.

En la noche del mismo miércoles, recordé que sé hablar a medias el español, y cuando salí para comer algo solo me pude hacer entender por medio de señas.

El jueves salí por donde había salido el lunes y el mismo grupo me persiguió, volví cansado en la tarde, y ya después en la noche me puse a leer por última vez todas las indicaciones que repetí todos los días por un largo rato antes de irme a dormir.

Hoy viernes en la mañana oí a medias la conversación de dos abuelos que parecían hablar sobre un misterio de esos que no entiende nadie. Y ya ahora en la tarde he terminado de pagar todo y me iré. Enviaré, si tengo suerte, unas cuantas cartas más en los siguientes años.

Por último, quiero decir que he detallado en silencio cada uno de los bordes que he apuntado en la parte trasera de mi libro, son demasiados, y parecen jugar a disfrazarse de realidad, como nosotros, cuando éramos niños.

Un abrazo y un saludo. Nos vemos en los siguientes meses, o años, o vidas.

Roger

II

Varios meses después, divagados en la conjugación ampliada del tiempo que daría como resultado unos cuantos años, se encontraba Roger descifrando el misterio y la trampa tejida por sus conocidos cuando tomó la decisión de abandonar todo aquello agobiante e inevitable que aumentaba en mayor medida y consecuencia.

Luego de haber concluido su trabajo, los apuntes, el vivir y las experiencias, decidió que quería que este fuera su último expediente. Pero como debía hacer un grandísimo reporte general, no dudó en comenzar a escribir todo aquello llamativo y relevante, tratando de tener un mejor entendimiento sobre lo sucedido en su marcha incesante.

De esta manera, no le quedó más que comenzar a documentar y a citar todo aquello que le venía y esclarecía de memoria, como parte de lo que en sus años cercanos se habían refundido en lo oculto, y sin saber cómo, pues las inquietudes tenaces y reafirmadas en cada uno de los bordes expresaban y sujetaban la realidad.

Un hombre quizás se somete a transformar la materia y hacer uso de ella para obtener un conocimiento comprendido y luego transferirlo al siguiente hombre que inicia con el yugo viviente, pero haciendo de su deber un mayor avance en la carga respectiva de la plenitud. Y así con cada uno hasta descifrar, si es posible, una parte oculta del conocimiento.

A Roger le tocó vivir, como única alternativa, cerca de donde su corazón parecía estar en paz y calma. Con una advertencia y una pena en el corazón no le quedaba más, salvo su lucha y resistencia, semejante a cocinar para sí, y a la espera del desenlace que llegó con el tiempo en medio de la invisibilidad y la inquietud.

El tiempo corría, y la vida ahora parecía la burla de quien ha dejado, para nunca más volver, el lugar donde alguna vez hizo o sufrió mucho daño por ser, en cierto modo, un alguien incompleto.

Pasaron así los primeros días y la inspiración parecía no llegar. Era como si una ráfaga de viento hostil impidiera llevar a cabo lo que recordaba su mente a sabiendas de lo vivido.

Roger, entonces, comenzó a salir todo el día sin preocuparse de nada ni de nadie, solo con la intención de comunicarse con aquel parecido abandono que la suerte repartía entre hombres olvidados y ocultos.

Y de corazón le nació seguir avanzando, buscando establecer de alguna forma aquello compuesto por la condena en la que se encontraba atrapado. En las calles de la ciudad solo encontró casas perdidas con sus mismas identidades, gente desconocida, un aire más puro y palabras viajantes sin ninguna intención verdadera de codificación pura.

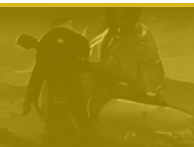
Volvía al lugar a dormir y al día siguiente realizaba de nuevo un recorrido programado. La casa en la que se quedaba al parecer parecía estar abandonada, pero no era así. Una joven realizaba exactamente su mismo recorrido, pero en horario contrario, ocupando el lugar en la ausencia. Y Roger la ocupaba cuando ella no se encontraba, era el mero refugio del corazón.

Una parálisis en todo el cuerpo dejó a Roger una tarde observando un paisaje vacío que a los demás no le comunicaba absolutamente nada. Para él parecía ser el paraíso, sin bordes, sin gente, sin palabras, solo la mente y los recuerdos cruzados como una explosión viajante hacia todas las direcciones posibles y sin control alguno.

Supo, entonces, a la siguiente tarde, la libertad que su corazón y mente le darían a su mano para contar aquello vivido.

Iba así al lugar, con todo y sin nada, se quedaba incluso días enteros escribiendo y escribiendo sin saber exactamente qué narraba o qué contaba. Pero no dudó cuando vio las hojas de papel llenas de letras irreconocibles en mayor medida, porque se sentía cada vez más ligero, como si su cuerpo flotara en medio de la naturaleza.

Una vez identificó que ya no tenía nada más para escribir o contar, se devolvió a la casa por la misma ruta, mientras que presentía que lo vigilaban, como en una especie de burla, en medio del camuflaje natural y por entre los bordes de la oscuridad y de las casas ocultas y perdidas debido a la vista limitada del ser humano.



Supo, entonces, a la siguiente tarde, la libertad que su corazón y mente le darían a su mano para contar aquello vivido.

Roger aceleró el paso como pudo, corrió asustado y con un mal presentimiento mientras el polvo que iba dejando jugaba de manera extraordinaria con el aire y hacía pequeños efectos naturales sin la posibilidad de ser controlado por alguien.

En el último giro a la esquina identificó la casa, mientras la sombra parecía tomarle ahora una ligera ventaja que seguramente aprovecharía en el mismo instante en que Roger se cruzara de frente con ella, y que lo aguardaba en la quietud.

A quien el miedo invadía parecía no haber asistido, porque Roger seguía corriendo mientras el efecto natural cegaba en cierta medida a quienes intentaban identificar en medio del desconcierto la víctima, la que caería tarde o temprano en los revoloteos del infortunio, como si cualquier esfuerzo en realidad significara un alargamiento de lo inevitable y ya sabido incluso con anterioridad a la debacle.

Pero eso el extranjero no hizo flaquear el avance, y aumentó su resistencia hasta el límite con tal de parecer que usaba la mitad, de la mitad, de la mitad de la velocidad con la que un rayo cae sobre la tierra.

Centellas relucían en los pasos que con desesperación esperaba quien observaba detenidamente a la presa para evadirla a unos cuantos metros a como diera lugar. Pero el cansancio era de parte y parte, porque nada más puede igualar la velocidad de un hombre de la naturaleza que la imitación simplona de la táctica que produce la comodidad de la ciudad en la mayoría de los hombres. De algún modo, la ciudad los convertía en más lentos y monótonos.

Cuando Roger divisó al tipo que intranquilo lo esperaba, pensó en tomar la ventaja definitiva al devolverse por el mismo camino por el que lo había perseguido con tanta audacia.

Dudó unos instantes de su pensamiento, pero se dejó guiar porque pudo ver en un inicio una pequeña luz en la puerta de la casa que aumentaba de forma considerable su tamaño e intermitencia. Cuando el otro tipo también vio la puerta abrirse de par en par, comenzó a forcejear con quien estaba detrás de esta, y que ahora tiraba con una fuerza superior a la suya.

La gente ahora gritaba y animaba al extranjero a eludir a quien parecía no tener precisamente buenas intenciones. Sintió un aire en el corazón, y la puerta cedió más a lo dado por la resistencia del adversario, como por su fuerza más que por su oxidación. Girando su cuerpo, Roger y el tipo se encontraron frente a frente con la mirada en alto.

La puerta representaba una desventaja para el primero y un beneficio para el segundo, pero el llevado a mal de esta parecía ocupar todo el espacio por donde el extranjero pretendía entrar con una velocidad que no parecía reducirse en ningún segundo.

Un golpe resonó en todo el lugar, y el tipo que estaba en la puerta flaqueó por unos instantes, situación que Roger, indudablemente, no desaprovechó. Pero el espacio se redujo de buenas a primeras y el ingreso sería disponible solo por entre las piernas del hombre de la puerta.

Era cuestión de lanzarse de clavado contra el suelo y cerrar la puerta con quien estuviera detrás de esta, o ser presa directa de quien parecía que le dolía una mínima parte del cuerpo. Roger se lanzó por ese pequeño agujero, pero el espacio se redujo cada vez con más ímpetu, y la posibilidad de lograr su huida se la arrebataban sin pena.

Solo la parte de arriba del cuerpo de Roger (cabeza y manos) entró por la puerta. Luego sintió algo que le tiraba con muchísima fuerza, y sus manos soltaron sin ánimo las hojas escritas durante tantos días con tenacidad y disciplina rítmica. La casa se llenó mínimamente de hojas con símbolos irreconocibles y extraños, desde el suelo hasta la pared quedaron impregnados de la comunicación.

Una fuerza aún mayor tomó la mano del extranjero y lo hacía entrar de tal manera que el tipo de la puerta también era arrastrado sin poder hacer nada.

En cierto momento, Roger sintió que su cuerpo se dividía en dos, como si se rompiera, y mencionando unas cuantas palabras soltó sus manos a la salvación emergente que a toda costa era desconocida.

—Quédate tú con las palabras escritas en las hojas.

—¿Y tú? —respondió en el fondo de la lucha lo parecido a una voz femenina.

—Yo... iré a cumplir con mi destino —dijo con miedo.

—¿Es acaso ese tu destino? —preguntó la chica.

—No, pero ya no tengo nada que hacer, si me quedo acá será peor para ambos.

—En ese caso entonces déjame ayud... —dijo la mujer mientras sentía que sus manos se soltaban fuertemente de las del hombre que ahora era arrastrado por en medio de la calle pedregosa y fina.

La puerta de la casa se cerró con un golpe seco, y todos los presentes desde la distancia comenzaron a gritar y alegar mientras buscaban asustados algún lugar donde esconderse del hombre ganador, incluso con una desventaja notable, y así evitar ser también víctimas de un borde.

Roger solo pudo recordar de aquel instante que con aceptación cerró la puerta de la casa, y que se arrastraba por el suelo mientras sentía la naturaleza arder por las heridas en todo su cuerpo.

Cuando intentó girar para ver quién era el hombre que lo tenía agarrado, solo pudo respirar tres veces más, y después cayó profundamente dormido por un golpe que lo hizo yacer en medio del pánico de todos los presentes. ¡Un borde mayor lo había atrapado a sabiendas del horror expuesto por el desenlace de su vida de travesías!

III

Entre las antiguas promesas reposan a la espera las palabras, que al no ser acalladas deciden actuar a la medida de la vida del individuo sin percatarse de estas, y la mayoría culminan como una parte importante, que casualmente se definen como el final de algo, pero que muestran y son la parada de la resistencia a la espera de la siguiente.

En un papel no muy arrugado, como la cara de quien había decidido mantener siempre una emoción fija sobre el vivir, se encontraban relacionadas aquellas palabras plasmadas y escritas en el viaje de sucesos con el que Roger consagraba su travesía, sin percatarse siquiera del significado real que exponía en esa comunicación.

En principio la chica, que había estado dispuesta a ayudar y luego, al no quedarle nada más por encontrar, decidió leer y releer con gran devoción las palabras del hombre a quien ni siquiera conocía, y buscar seguramente alguna revelación tipo mensaje en medio del asombro y la soledad constante.

Antes de comenzar a leer, decidió que intentaría ayudar una vez más al hombre que desistió de su ayuda, aquel que se entregó al desconcierto deparado por el destino.

Se dejó guiar quizás por una trampa de hilo fino que ni el más diminuto pie podría pisar sin antes caerse en un flaqueo constante, y que llevaría siempre hacia el mismo destino una y otra vez, como la repetición abrumadora de intentos en falso.



No hay línea fija o ruta concreta, ¡Es un cataclismo incierto!

Caminando por la parte trasera de su casa, pronto vio al hombre golpeado y sangrando en el suelo mientras lo arrastraban en medio de heridas pequeñas que sin duda incrementarían en tamaño y dolor.

Siguió entonces pese a que los del espectáculo decidieron alejarse por miedo y porque no podían aguantar tanto horror sobre un hombre presuntamente inocente.

Una mirada déspota la observó de reojo, y una voz confusa en medio de una revelación animal les dijo a todos:

—Ese hombre es... incluso, menos culpable de lo que ustedes en realidad lo son, porque quien presencia un acto de violencia y decide ocultarse para salvarse a sí mismo solo podrá encontrar consuelo en una soledad compartida jugando a los dados y comiendo de la peor mano que el hombre podría identificar jamás.

Las hojas desarregladas y sin un orden en común terminaron por ajustar un hilo confuso de revelación y travesías, en las que poco a poco se abría un mensaje en concreto, como el llamado hecho para salvarse del abismo, pero desde las letras.

Una especie de premonición oculta bajo los susurros que condenan a la especie.

Diario inconsciente de lo que parece ser la vida

Primera entrada

La fiebre acaricia la piel en un comienzo. Es como si uno fuera parte de ella, pero siendo el traicionado en mayor medida. Y así me pasó, que los primeros días, mientras más me acercaba a aquello inofensivo, las fuerzas parecían danzar en una lejana vista que nunca nadie podrá alcanzar porque siempre está de frente, y por más que se camine solo se seguirá caminando más y más.

No hay línea fija o ruta concreta, ¡Es un cataclismo incierto!

II

Los remordimientos en medio de la desesperación solo elevan la intranquilidad que nos mantiene firmes frente a lo que asumimos sin decir absolutamente nada. No hay mayor queja que la de devolverse, pero si el camino ha dejado que nuestros pasos se marquen sobre él, es mejor respetarlo, pues no hay huella que se borre con otra exactamente igual.

Primero, porque la huella no va a ser la misma, y, segundo, porque no hay similitud de las ideas que el caminante ha ido reconociendo en el caminar.

III

Nunca ha sido bueno un descanso que no sea merecido, y yo, sin saberlo, tomé varios sin la vergüenza de saber que aprendí primero a gatear antes que caminar. Hay caminos que no requieren ser una línea recta, y, sin embargo, tampoco es bueno evadirlos, porque son la única opción frente a lo que los demás quieren cambiar desde su perspectiva, pero el respeto por el otro prevalece por encima de nuestros deseos mundanos.

IV

Hay una madre que nos espera allá adentro, y que nos cuida, pero que también nos pone a prueba, y por encima del pensamiento debemos respetarla. Porque ha estado muchísimo antes de que los hombres llegaran para hacer de sus terrenos el deseo individual.

Pero ella es muy amable, según lo entendí está enfermando de a poco, y si llega a morir también nosotros.

V

Hay una especie de zumbido que hace pequeñas onomatopeyas individuales. Sin embargo, cada vez parece estar más presente, y muchos lo ignoran pensando que es un reflejo de la mente, cuando en realidad es uno del alma.

Se mueve lentamente y sin prisa, y colorea despacio, pero cuando termina siempre golpea certeramente, dejando en el corazón una herida que tiene una importancia que parece ser más profunda.

VI

El viaje de Roger fue en cierta medida calmado en medio de tanto desconcierto. No iba ni amordazado, y al parecer las heridas de la situación del día anterior sanaban como por arte de magia. Supo rápidamente que era de mañana porque el sonido del campo y la naturaleza lo despertó a medias, y ya luego plenamente. Como vio al tipo del carro manejando tranquilo y sin perturbarse por su despertar, se mantuvo en silencio por un rato largo del camino, y un poco inmutado.

Miró hacia el seguro de la puerta y pensó que este estaría sujeto a no abrirse ni empleando toda la fuerza posible. Pero su pensamiento fue interrumpido por unas palabras que perseguían sus presagios más tempranos.

—Eres libre desde siempre, si es tu deber irte, entonces el camino hostil aguardará pronto a sacar de ti los peores instintos que puedes tener. Si por el contrario te quedas y colaboras con nosotros, nada malo podrá esperarte ni en golpes ni en malos tratos

—dijo como únicas palabras el tipo que por larguísimo rato se guiaba de a poco por entre el camino extendido.

Roger miró por la ventana con curiosidad, y sus ojos, como una imitación, le mostraban el mismo paisaje tanto atrás como adelante. Y no desistió de la idea de irse, pero sabía que el hombre tenía razón, y peor hubiese sido ser presa de la suerte natural.

Se calló sin más, y el sueño le hizo una señal llevándoselo de nuevo a un descansar entrado por voluntad y no por sometimiento aturdido de sus sentidos.

Cuando despertó luego de un rato largo, una ciudad medianamente grande lo acogía a medias, y, sin decir nada más, se bajó del carro y siguió los pasos que el sujeto daba con la seguridad de que él sería el guía.

Subieron unos escalones de piedra y encontraron una casa grande y llena de todo tipo de cosas materiales, que parecía estar muy adelantada a la vejez ínfima de la ciudad.

Una vez recorrida por el frente, vio que no había nada llamativo, pero entonces se dio cuenta de que no le llamaba la atención por su belleza o fealdad, sino porque era extraordinaria.

Al llegar a la sala, el tipo bajó unos escalones y giró (como si se supiera desde hace rato el camino) para estar frente a quien solicitaba al extranjero. Unas cuantas palabras de agradecimiento fueron suficientes, y entonces el hombre de la travesía y de la fuerza desapareció en medio de la oscuridad del umbral reflejada hacia un suelo donde se perdían las sombras.

Fue al rato cuando una mano le señaló a Roger el lugar de su asiento, y este, sintiendo tranquilidad, solo pudo escuchar una larga conversación en la que no tuvo participación porque parecía más un monólogo. El abuelo, en principio, se disculpó con el joven extranjero por el mal trato, y luego, como si hubiera cerrado el cuarto en donde solo él estaba, comenzó a hablar.

Roger, sin tener nada más que hacer, se quedó escuchando lo que el viejo hombre mencionaba. Luego, la atención pareció jugarse más hacia el lugar en donde se encontraban, y así, tanto Roger como el abuelo parecieron estar cada uno metido en su propio mundo. Cuando el hombre en el sillón hizo una leve pausa, volvió a disculparse y comenzó a decir palabras más relacionadas con lo que había sucedido hasta ese momento, como recuperando la coherencia.

El muchacho, lleno de esperanzas y viviendo lejos de quienes catalogaba como su familia, se enteró del macabro plan en el que su padre desde el primer momento comprometió, por completo y sin importarle, la vida de su hijo, como una locura establecida sin esencia de razón.

A la desesperación, la acción. El abuelo parecía tener un carácter generoso y bonachón, y, sin embargo, hubo pausas en donde parecía exactamente lo contrario.

Fue entonces cuando Roger supo que el hombre que tenía al frente de él era el encargado de hacer la segunda parte del plan de su padre, pero como todo tuvo un resultado fatal, nunca se concertó algo fijo.

Primero, el padre muy seguramente ahora se encontraba pagando penas que iban desde el corazón hasta el razonar compartido. Una cárcel era lo más cercano para identificar tales razonamientos.

Segundo, y como se suponía, el plan y el proyecto fracasó porque, según se supo después, la realidad desmontó el cinismo de la superstición que vivía a punta de mentiras, y terminó de echar al agua a su amigo cuando le puso la soga que sostenía con resistencia la piedra hundida y equiparada de quienes de esta se dejan alcanzar.

Ya no se divisaba absolutamente nada, ni intenciones, ni rescate, ni familia, ni esperanza. ¡Era la razón de la desesperanza! ¡Nada!

Entonces Roger se echó a la idea de su desgraciada vida, pero como el abuelo no aguantaba más sus propios remordimientos, decidió entonces hundir al agua al joven extranjero, pero dejándole, naturalmente, un salvavidas como único recurso metafórico a la realidad tangible.

Una ventaja en el infierno no parecía notarlo nadie, pero tampoco era la mayor cosa, quizás simplemente se debía a un espacio frío dentro del calor de las masas condenadas.

—Tendrás, entonces —dijo el viejo mirando a Roger con los ojos inyectados de sangre—, que hacer una única cosa para salvarte de una condena mayor. En teoría estarás siempre a mi disposición, pero si sabes utilizar la oportunidad de la cual dependerá el hilo de tu vida, quizás puedas ser libre. Lo ideal es evitar la tardanza de tu sortilegio, pero tampoco será fácil. Y solo vivirás un rato según sea tu consecuencia. Las gracias no son para mí, quedamos a mano. Paz y salvo y el recuerdo oculto. Nada más.

El tipo en la sala se percató del dormitar profundo del abuelo. Cuando así se lo hizo notar a Roger, lo tomó del brazo y lo llevó hasta afuera de la casa, dejándolo en la calle con lo que, en teoría, ya sabía era su deber.

El extranjero escuchó con cierto temor el sonido de la puerta al cerrarse, y giró sobre su eje hacia la parte trasera, recordando las palabras que en secreto le dijo el abuelo. Por un momento lloró de impotencia, y luego, simplemente, se dejó llevar por las calles que se exhibían con gracia y alegría en el día, y con tristeza y terror en la noche.


Con el sonido latente de las pulsaciones cardíacas, entraba, entonces, a la única misión en juego en el tablero de la vida, y las cuestiones más certeras parecían tomarlo de la mano mientras que se hacía un círculo que rápidamente lo rodeó dejándolo en desventaja, pero con el valor de saber que esas cadenas terminarían por romperse tarde o temprano.

—Debes encontrar a mi hermano, se llama José. Es muy fácil de hallarlo si tienes vista suficiente en medio de esta ciudad de ciegos. Si lo ves, lo reconocerás porque una intuición y duda te harán preguntar muchas veces, pero recuerda que la mayoría de estas son trampas, y quizás se canse de la burla con la que te someta, y así, en primera instancia, puedas encontrarlo fácilmente. Después de eso simplemente lo traerás conmigo, y el tiempo correrá para otros y para ti. No hay más para decir que lo ya dicho.

Roger observó una lámpara que reflejaba una luz amarilla e intermitente por instantes.

La soledad le invadió el pecho cuando recordó aun la traición de su familia, y la travesía de su vida en los últimos tiempos en medio de la naturaleza. Y quiso llorar, pero ya su corazón no resguardaba ni una sola lágrima de tristeza o melancolía.

Se acercó caminando por entre el andén de las calles, y un letrero verde, tachado con una línea negra, que tenía un mensaje debajo de las letras blancas decía: ¡Bienvenido a Villavicencio, capital (de los Llanos Orientales) de la locura y la ignorancia!



**Roger observó una lámpara
que reflejaba una luz amarilla e
intermitente por instantes.**

Diario inconsciente de lo que parece ser la vida

Segunda entrada

Por el camino del abandono decidí entrar. Parecía un lugar tranquilo y por eso me confié pensando que no me pasaría nada de lo que no pudiera controlar. Mayor engaño sufrí y cómplice de mis presagios.

Ahora recibí el papel de la víctima mientras la clave parecía jugar a esconderse frente al mantra que rodeaba todo lo que oía al unísono cada vez con más fuerza.

Frente a mí todo por delante, y la sensación daba una tranquilidad que me condujo a perderme un rato largo por entre mi curiosidad y temor.

Los verdes cambiaban de colores y la paleta parecía pintarse de tal manera que mis ojos dudaban sobre el color verdadero que quería presentarse como una relación mínima entre la locura y la realidad.

Con el tiempo ya rodando hacia la noche y el sol ocultándose tras mi mirada, decidí correr como impulso de respuesta natural. Pero las fuerzas no me dieron absolutamente nada, y por el contrario solo me hicieron flaquear frente al desconcierto que ahora reinaba hacia cualquier lugar en donde pudiera buscarlo.

Dormí al tiempo que los ángulos parecían variar muy poco con relación a las alteraciones del día. La noche estrellada guiaba una ruta desconocida, y siempre me marcaban el caminar hacia un frente que me resultaba inmensamente inquietante y del cual no sabía absolutamente nada.

En pensamientos trémulos no me quedó más que seguir la ruta que mis pies marcaban y zambullirme del todo frente al paisaje y las alineaciones que no tenían, al parecer, relación con los bordes que ahora parecían andar en medio del verde cambiante.

Cuando los pensamientos volvieron del viaje inoportuno, me encontraba ahora sentado en una piedra gris que parecía girar un poco cada vez que la miraba. Coloqué mis manos trémulas en ella, y en un profundo suspiro unas palabras extrañas parecían bailar frente a mis ojos que solo miraban la tonalidad fría por la luz del sol reflejada en aquella luna, y que parecía acompañar siempre a aquellos que trataban de seguirla sin importar la dirección.

Como el cuerpo no aguantó más, solo pude saber que ya no me encontraba en él. Creí ser despojado de mi parte material, pero no era así, se trataba, más bien, de aquel trance que llega justo cuando el cuerpo parece estar medio muerto, a sabiendas de que la vida continúa en un largo rato de suspensión puramente consciente.

Cuando el sol aparecía por detrás de quienes lo tenían siempre a sus espaldas, desperté de mi sueño con una profunda sensación de cansancio que comenzaba a abrumarme cada vez que entraba en la consciencia en su estado natural. Descansando un poco el aire parecía ahora hostil, y cuando vi todo el resto también llevaba impregnada esta sensación, que ahora producía en mí un desasosiego que me hacía confundir todo con todo y nada con nada.

El cuerpo parecía rotundamente una olla caliente, hirviendo en mí todos los órganos que funcionaban de manera conjunta, y no independiente como la mayoría piensan.

Mi viaje se atascó en teoría un día, luego dos, y así hasta pasar dos semanas cuando lo único que encontraba frente a mis ojos era un ambiente enrarecido que jugaba conmigo a su antojo y que cuando le reclamaba me ignoraba profundamente.

Pensé como consuelo en los bordes, y no lograba identificarlos en lo natural, a pesar de que, y como lo estaba experimentando, se adueñaban de aquello que en planteamiento y principio me pertenecía a mí, pero que estaba profundamente equivocado, porque incluso la tierra, siendo cómplice de las trampas, me parecía una cama profunda sobre la cual dormir y dejar eso que era para siempre.

No aguantando más caí de lleno hacia el suelo y me desplacé sin saber las diminutas fuerzas que intentaban relacionarse conmigo, y me trasladaban sin saber a qué lugar exactamente.

Solo puedo decir que la calma que me producían aquellas intenciones sin doble filo me hizo de a poco volver al cuerpo, pero ahora este me parecía que era uno totalmente nuevo y que, sin duda, desde mi llegada al mundo, no se relacionaba en nada con el que todos alguna vez llegaron a tocar en secretos y en distancias diminutas.

La vacilación y el vaivén calmaron el andar y, entonces, al despertar, sin saber cuánto había dormido, fui recibido en medio de unos seres que parecían siempre tener presente sus intenciones con el otro y con la madre naturaleza.

Al estar sobre mis piernas caí hacia atrás, pero un hombre que solo me hablaba por medio de acciones me indicó un lugar en donde me senté a la espera de la aclaración de la situación al mismo tiempo que tomaba lo que parecía un remedio curativo hecho con agua pura y miel.

Con todos parecía simplemente comunicarme por medio de acciones y señales, pero había una muchacha, cuyo cuerpo parecía estar adornado de los más preciosos y pequeños detalles, que me hablaba en un español a medias combinado con el inexperto mío y así, por el hecho sorpresivo, supe que estaba en medio del pueblo indígena de los Achuar.

Detallé lentamente la casa y era un espacio grande, en una meditación con un ojo entreabierto alcancé a contar unas veinte personas, entre niños, niñas, abuelos y abuelas, que parecían estar en una profunda calma.

Al intentar salir con la muchacha hacia afuera, el paisaje se combinaba entre palmas de moriche y el sol, que daba sus últimos suspiros antes de desaparecer del todo. Nos quedamos un rato intentando hablar por medio de las palabras, pero las acciones parecían ser más concretas y directas.

Durmiendo esa noche en el silencio, pude apreciar que una luz parecía siempre iluminar un río que divisaba lo bastante cerca y el cual, al día siguiente, al despertar, fue el primer destino que me enseñaría algo nuevo del pueblo, y que repetí una y otra vez hasta que se convirtió en costumbre imborrable.

Al llegar al río, cada uno ponía sus manos en el agua y después, con calma y tranquilidad, el agua pasaba ahora por medio de la garganta hasta llegar al espíritu. La muchacha me explicó que se trataba de purificarse internamente con lo natural.

Volviendo con curiosidad hacia el lugar, las madres y los pequeños hacían labores que luego todos empleaban en un silencio que reinaba, que luego varios me indicaron de qué forma realizar el trabajo que tenía entre mis manos.

Después de terminar, los niños jugaban con una figura geométrica que iba por todo el aire que caía de mano en mano y a los tres segundos volvía a viajar cayendo sobre la espera del siguiente niño.

Después de que la joven parecía preguntarme de qué lugar venía, simplemente pude hacer un dibujo sobre la tierra en donde enseñaba un mundo que, primero, no tenía valor para nadie de los presentes, y, segundo, que representaba, hasta ese momento, el lazo que se quebrantó entre el extranjero que llegaba y el pueblo que lo recibía sin alteración negativa o de violencia.

La unión se dio cuando sentí unos dibujos sobre mi cara que se identificaban como símbolos de tiempo pasado y de vivencias, dejándome a mí solamente expectante frente a los demás que trataban de hacer con mi piel y con sus líneas un recuerdo que se marcara como nuevo.

Luego de volver a abrir los ojos, no pude evitar llorar al ver que todos hacían una especie de bienvenida al hombre que en teoría viviría con ellos el tiempo restante de su vida.

La magia del entendimiento con una comunicación sin palabras me llevó rápidamente a relacionarme aún más con la joven que parecía tener mi misma edad. Con el pasar de los días, mejoramos los mensajes con palabras y después la idea de comunicarnos con acciones simplemente se quedó para complementar lo que hasta entonces parecía quedarse tildado en el aire de la naturaleza.

En medio de lo que viví con ellos, distinguí en la costumbre dos flautas, una que parecía bailar con el aire de los pulmones del hombre, y la otra, que, con la fuerza precisa, sonaba con el aire de los pulmones de la naturaleza.

Así me dejé guiar entre mis sentimientos y emociones y muchas veces me llegaban recuerdos que no parecían relacionarse conmigo, pero que se alegraban de quedarse.

La fuerza natural poco a poco me impulsaba a la costumbre y me dejé llevar sin poner resistencia o intención de parar. Me sentí más libre que nunca y lo natural danzaba a medida que se adaptaba a mi presencia sobre sus tierras y sus paisajes del vivir compartido.

Desde mi llegada, y con el entendimiento de la joven, supe entonces las cuestiones que no me ataban en absoluto, pero que en otras instancias hubieran jugado mal a mi favor. Pero antes la aclaración parecía tomarse ventaja sobre lo que iba a saber, y supe.

Una cosa que puede aplicarse a cualquier instancia de la vida. Hay preguntas que no se hacen y respeto que se da sin aviso previo. La primera, porque no sabemos bien y con certeza sobre qué exactamente preguntamos, y, la segunda, no por tolerancia sino por el hecho de que hay cosas que no pueden tomarse con la actitud que creemos deben tener.

Lo otro se trataba del lazo que se rompió desde ese mismo instante con la civilización, y seguramente uno de los pasos más importantes de la vida, pues hacía cincuenta años que ningún individuo externo al mundo de los Achuar entraba y era recibido como lo hicieron conmigo.

Y según le entendí a la joven, se debía a que resguardaban y aplicaban la costumbre de alejarse de aquello que pudiera resultar perjudicial para sus vidas.

Una mañana, buscando con la joven el tronco para cocinar los días siguientes, llegamos por primera vez al pueblo, y más exactamente a la escuela donde los hombres y mujeres se educaban en una igualdad que parecía lejana a la que hasta ahora yo conocía.

Unas letras en español en una pared comunicaban el siguiente mensaje y la brecha parecía abrirse más: *El templo del saber*.

Comprendí a mis sabiendas, luego de hablar con unos cuantos nativos, que en realidad lo de los cincuenta años sí era verdad, sin duda alguna. Pero que la ambición del hombre y sus intenciones por destruir y adueñarse de la propia naturaleza libre les hicieron, en más de una ocasión, un daño profundo que no terminaban de comprender.

Los nativos hablaban entonces de la contaminación de la tierra y del río con petróleo, que cada día más se acercaba con esa mancha oscura, y que muchas veces hizo estragos que les hacía daño a tal punto que solo les quedaba denunciar y aguantar hasta la espera de salvación.

Pero nadie parecía escucharlos y mientras tanto, los otros hombres, seguían arrancando de a poco aquello que con tanto esfuerzo trataron de conservar entre sentimientos que trascendían con el pasar de los años y el tiempo.

Al devolverme por el camino ya conocido, jóvenes, niños, abuelos, mujeres y hombres me seguían los pasos callando en sus presencias algo para decirme que desde luego no sabía interpretar, y por un instante imaginé ser parte de ellos.

Llegando a la casa giré sobre mi eje y ya los veía a lo lejos en mismo instante en que la joven me tomaba de la mano para entrar en medio de la complicidad.

Si uno pudiera callar el corazón, o tener uno totalmente diferente, elegiría, entonces, callarlo, aun cuando eso reclame miles de sentimientos de vida.

Pero como somos humanos y el latir hace presencia sobre nosotros, no nos queda más que entregarnos a los sentimientos que brotan o renacen con una intención que identificamos a primera vista.

De la joven solo pude saber que sus padres la dejaron al cuidado de todos, y que cuando se supo de estos, ya la vida parecía ser algo completamente alejada. Aunque no me confirmó lo que sabía en su totalidad, yo la pude ver varios días siendo siempre amable y ayudando a quienes podía y vivir así, como todos los días.

Cuando le pregunté a los nativos por la historia de sus padres, la versión cambió radicalmente, y creí entonces que la joven no mentía en su totalidad, que en realidad solo relacionaba lo que podía porque así se daba, y el resto era una historia que nunca se contó a nadie, y quedó así, en el recuerdo hasta donde se supo.

El padre, que tenía en ese momento dos esposas, terminó, por cuestiones de la vida, embarazando a ambas mujeres. Como aquello no se veía como un pecado o como una traición propiamente de los sentidos, los tres pasarían a ser cinco.

Son más las casualidades que unían las situaciones, al punto que las mujeres terminaron por parir exactamente el mismo día y casi a la misma hora. Cuando el hombre dudó sobre a cuál ayudar primero, decidió tomar el camino que lo llevaba a la madre de la joven de la que conocía a medias la historia. Pudo ver con profundo amor a una hermosa niña que le brillaban los ojos, y el llanto parecía ser ameno entre los presentes.

Mientras tanto, algunos nativos con la otra mujer solo pudieron verla, cansada de sus esfuerzos más ínfimos y propios, morir en el intento de dar a luz, y como precisamente el hombre a quien le entregó su corazón era el único experto en la materia de los partos, se sintió profundamente engañada y sola cuando veía el final de su vida que parecía apagarse de manera decisiva. No estaba preparada para morir sola, y mucho menos en el olvido y la preferencia, definitivamente no estaba preparada, ni mucho menos, lo había previsto.

Un dato escalofriante del relato se hizo presente cuando algún nativo, que parecía tomar algo de confianza conmigo, me dijo que el cadáver de la pequeña, que había muerto junto con su madre, tenía los ojos de diferente color. Después simplemente se hizo el silencio y la historia concluyó cuando una mujer me dijo que la pequeña solo había vivido unos cuantos días con sus padres, porque después simplemente aparecieron muertos sin una explicación sobre lo sucedido.

Desde entonces, la joven solo identificaba a sus padres como un recuerdo borroso, y así me lo decía en las noches mientras juntos mirábamos el cielo que nos acompañaba en nuestro encuentro.

Como el corazón de la muchacha parecía ser calma y el mío un hogar, decidimos darnos la oportunidad de querernos, y los nativos vieron la idea con buenos ojos.

Era algo de esperarse, y con la práctica de todos los sentimientos que nos hacen ser correctos y justos con el otro, entendí que en esta vida no haría nada más que amar y vivir al lado de aquella mujer que se identificaba cada vez más conmigo.

Así, juntos, descubrimos aquello que en gran parte del principio era mío, y que con el tiempo compartimos sin medir hasta ese momento el alcance certero que pueden tener aquellos bordes inofensivos.

Pero, entre el amor y la realidad, decidimos condenarnos, sin saberlo, a todo aquello que ata a la gente a quedarse bajo la misma vida, sin pensar que esta se prepara a escondidas por medio de otros que la modifican a su antojo, como un niño que hace una travesura en compañía, desconociendo las consecuencias de sus acciones.

VIII

Imitaciones de figuras empezaron a danzar en medio de la ciudad. Roger, aguantando durante muchos días hambre y frío, solo pudo caminar y caminar una y otra vez aquellas calles y avenidas que se presentaban paulatinamente, y que identificaba con tal astucia hasta memorizarlas con aprecio y respeto, como si la amistad nunca se hubiera terminado.

Por calles parecidas al paisaje exacto del reflejo de la memoria, comenzó a descender por los pasillos más oscuros de la ciudad, con la intención de liberarse, principalmente, de aquello que era hostil y empatizar hasta donde pudiera con tal de no ser presa fácil del gusto y deleite de unos seres que parecían dividirse en su propia imagen y sombra, pero conocidos por la gran mayoría de quienes los identificaban en las penumbras diáfnas como fieras salvajes destinadas a arrasar con quien pudiera tener algo ínfimo recordándoles el olvido del destino.

En medio de miradas agresivas, y con el puñal listo para usar, el extranjero parecía ahora una presa fácil para la primera caída que se presentara, y que diera entonces el show que todos, desde la comodidad y tranquilidad, deseaban apreciar con una zozobra que empañaba los vidrios de las cosas.

A puño cada uno guardaba las apuestas con mucho interés, pero evitando apostar más por aquel hombre desconocido en los pasillos sobre los cuales sus pasos andaban advirtiendo la muerte precisa.

Un día un grito resonó entre la desesperación, y como todos parecían ser presas con marcas establecidas como tarjetas de entrada hacia aquella sociedad pútrida y hostil, y se vio a un hombre decidido a tomar la iniciativa de encender los ánimos de fuego que quedaba en la pura definición especulativa.

Cuando el tipo llegó por detrás con un puñal, lo lanzó con mucha fuerza, pero la mano de Roger precisó el momento justo antes de que esta tocara su pecho.

Dos instantes después, y las fieras observaban a su aliado en el suelo. Nadie quiso detener el combate de las bestias que iba por casi por la última parte, y probablemente se debía al mero hecho de sentirse seguros con sí mismos, pero al igual comprobar, con miradas cómplices y llenas de melancolía, aquello a lo que ellos nunca serían capaces de enfrentar, más que nada porque no entendía la certeza y la realidad con que la vida les daba el asomo de su existencia.

A puño seco, el extranjero se enfrentaba con el que ahora se sabía había sido un abogado reconocido, ahora en medio de su perdición, que había abordado el mismo camino por el cual sus clientes pasaron, intentando quedar libres de unas culpas de complejos y errores, incluyendo el valor de todo y de todos.

El tipo golpeaba siempre de frente y más fuerte con la mano derecha que con la izquierda. En un intento de flaqueo inconsciente, lanzó de mala gana el golpe cansado y el extranjero, con la mano ensangrentada, golpeó al hombre en el rostro que este caía de lleno al suelo, recibéndolo, para rematar, con la potencia dada y aumentada del siguiente golpe desencadenado.

La sangre estaba regada por todo el suelo, y varios de los presentes sintieron una admiración por el extranjero cuando vieron que al sacar el puñal su mano tronó, pero nuevamente volvió a su forma normal, como si fuera una figura que se amoldaba a lo volátil, casi que acompañando a sus meras ilusiones de vida.

Sin embargo, el estrépito hizo que todos realizaran una mueca de dolor y asco revolviéndoles el estómago vacío. La sensación se duplicó cuando al girar el cuerpo del abogado una cicatriz se le veía ahora en la parte izquierda del rostro, cercana entre la nariz y la boca.

Como nadie sabía quién era el tipo que había manejado aquel espectáculo, simplemente se apartaron, al mismo tiempo que le daban la merecida y esperada bienvenida de su llegada, porque ahora lo sentían parte de ellos.

Después del encontrón, a Roger solo le quedó bajar y bajar cada escalón con una suavidad de puntillas oxidadas incrustadas sobre sus pies. No habiendo espacios para la imitación, le quedó entrar de lleno a ese mundo de razones que embargaban su vida y melancolía por largo rato como trato real.

El espectáculo ahora cambiaba rotundamente, y parecía ocultarse en medio de la oscuridad eterna que siempre pasaba todas las noches.

Ahora, las calles amigas, extrañadas del repentino cambio, solo podían observar al extranjero acompañado de vicios, prostitutas, penas, quejas y desesperanzas, los mismos que le hablaban al oído y le absorbían toda su atención, dejándolo ido en un estado de movimiento siempre definido.

Poco a poco, el joven parecía estar derrotado por aquello que lo consagraba desde el primer día allá en su casa, y que lo definía de una suerte que nunca volvería a tener. Pero, como todo ser humano, uno también cae en aquellos vicios de perdición, en los que las miradas juzgadoras se mofan de algo que presienten, pero luego se deja reemplazar por otra con la que comienza a juzgar con más bullicio y presión.

El extranjero siempre se vio llevado de las malas, y muchos decían presentir su dolor como parte de una pena del corazón herido y abierto a la perdición, con la mirada lejana y perdida fallando, quizás, en el intento de volver a ser quien había sido desde la llegada del viaje obligatorio, donde le hicieron terminar a corte de desgracia, a sabiendas de que este ya no hacía parte de los otros expectantes lejos de cualquier interés en particular, porque la vida ahora los castigaba y las represalias se veían en aquel hombre vagabundo, sucio, incapaz de reconocerse frente a la vida.

Un día dos perdidos se encontraron por casualidad, el extranjero y un hombre que mentía con todas las palabras que pronunciaba, como desplazadas de la certeza.

En una conversación extraña, la visión pronto le regresó para decirle a su corazón profundamente herido que podía sobrellevar aquella carga abrumadora poniéndose al filo de la copa rota del veneno sangrante de su hiel.

Para rematar la situación, el tipo mentiroso y superfluo le llevó la corriente, y justo antes de creer el buen camino de todo, un último encuentro lo dejaría al borde de la muerte.

Y lo esperaba allí, como si desde el inicio su advertencia no hubiera sido lo suficientemente clara, y cuando caminaba con el hombre, que se identificaba como José, Roger, en medio de sus alucinaciones, llegó hasta la puerta en la que alguna vez lo habían empujado intencionalmente para dejarlo frente a las bestias hambrientas y perfiladas de la ciudad, con los pasos silentes y perennes ante la oscuridad.

El mismo hombre, que lo había arrojado hacia la naturaleza y el campo, lo recibió mientras esperaban el final del turno del abuelo para conversar, y ver aún más clara la luz del entendimiento conjunto.

Pero el tipo sabía del engaño y se llevó a Roger a la calle del barrio, y allí cuestionó primero el estado mental y físico del extranjero. Después de un rato, hizo el único comentario cercano a la chispa adecuada para encender el fuego de la discordia.

—¡Usted lo que está es llevado del putas, mi hermano, lárguese si no quiere que lo mande un buen rato a ver la perla negra que nos saluda al despertar!

Fue en ese momento cuando Roger recordó que el tipo se lo había llevado y engañado, alejándolo con rapidez de la pena inconclusa de su corazón, y a falta de alguien para amar.

—Entonces llévenos a ambos, porque de aquí no me voy hasta que el hombre me dé lo prometido.

—¿Y qué fue lo que le prometió el viejo ahora?

—¡Usted no sea metido!

Y no pasó ni un instante cuando los golpes iban y venían. El estado en que se encontraba el extranjero le permitió tener una ligera ventaja sobre el tipo, que ahora recibía la misma dosis que este le había aplicado meses anteriores al hombre extranjero.

Ahora era el extranjero el que de buenas a primeras tenía una lucidez sobre sus acciones y movimientos que sobrepasaba el límite a un término jamás definido.

Después los golpes viajaban en sentido contrario, y por un momento ambos tipos quedaron mirándose a los ojos, como provocando aún más el incendio del que todos los presentes eran partícipes.

El escándalo y la alteración llamó la atención del viejo que salió a prisa para verificar qué era el producto de tales indiferencias inusuales por sus alrededores. Al ver hacia abajo, solo pudo identificar que los dos tipos se encontraban en el suelo en un charco de sangre extendido por en medio del asfalto y los grises espacios por donde se era prohibido caminar y soñar.

José y el abuelo entraron a los tipos y los dejaron en el patio de la casa a la espera de la reacción de uno de ellos. Roger pareció despertar de un largo ensimismamiento quebrado a pedazos, y le recordó a montones su realidad vigente y tardía, como una tortura.

No aguantó más y se puso a llorar. Cuando el viejo le preguntó, supo por mera casualidad de la maldición sobre la cual él era partícipe, a tal punto que decidió recompensarlo con lo único grande de su vida, cosas netamente llenas de un valor material.

Debido a la falta de vista del viejo, durante la pelea que estaba ocurriendo afuera, todo lo que perdió, el tiempo, la vida y los recuerdos parecían estar relacionados en su mente debido a la confusión causada por su limitación visual y las mentiras que le contaron. Ahora, estos recuerdos parecían estar perdidos en su mente sin poder ser recuperados fácilmente.

El extranjero escuchó por unos momentos las palabras que viajaban a sus oídos como una esperanza vaga e inservible en absoluto. El abuelo lo miró y sin decir nada, por el impedimento de su voz, hizo un gesto con su cara como diciendo “no puedo hacer más”.

Pero en realidad sí podía hacer algo. Y luego de pensar sobre la malísima idea, le pidió el favor a su aparente hermano de devolver al extranjero por el camino que sabían de memoria por su supuesto escolta. Un instante después encontró un mapa en el bolsillo del tipo que parecía vivir, lo sacó pidiendo permiso, tocó el cuerpo como tratando de identificar los signos de vida de la masa, y no los había.

Al parecer estaba muerto.

Y así se confirmó un rato después, y lo único que pudieron hacer los tres sujetos fue trasladarlo hasta un monte cercano de la ciudad, ya en la noche, y enterrarlo a sabiendas del olor fatal y pútrido esparcido por la penetración infalible de la muerte.

Pero era mejor eso que desenmascarar ahora la totalidad del plan que avanzaba bajo los términos de la burla y la mentira. Ningún hombre parecía tener sentimientos encontrados, y mientras Roger recordaba que al abogado lo habían encontrado muerto, al día siguiente, en su pequeña casa, comenzó a llevar la cuenta de la trampa, y se anotaba a la lista las bajas, ya llevaba dos muertos.

Cuando iban a devolverse, el abuelo se quedó absorto, y por un momento no reconoció nada, giró los ojos hacia los tipos que estaban con él, y les preguntó por su identidad y por qué lo acompañaban.

Antes de darle una respuesta, un sueño pareció apoderarse del viejo, y José terminó por cargarlo a sus espaldas mientras navegaban sobre la tierra recién revolcada y perdida.

Al día siguiente, el abuelo recordaba todo y una pequeña lágrima bajó por sus mejillas, pues asimiló que el hombre más fiel allegado a su vida y acompañante a más no poder fue sepultado como un animal callejero, muerto en el desamparo de la razón de la vida, y que quien lo había asesinado ocultaba intencionalmente su crimen. Pero a pesar de sentir un remordimiento latente en su corazón por haberle fallado a la madre naturaleza en el momento de recibir en cantos del alma a otra persona, siguió adelante con naturalidad.

José ayudó a Roger a llegar hasta el pueblo donde había vivido gran parte de su estancia, en un camino lleno de silencio baldío. Conversaron y terminaron por saldar lo último del trato, y en la conciencia, se anotaron por partes iguales lo ocurrido la noche anterior, y que ninguno de los dos, después de ese momento, lo recordaría.

—Llevo dos en la cuenta. Espero que esto no me salga muy caro porque no me siento capaz de afrontarlo.

—Tranquilo, míster, que ese muerto nos lo echamos en la cuenta de ambos, y listo.

José terminó de decir las últimas palabras y arrancó de nuevo el viaje de retorno, ya sin darle importancia a nada. Roger, por el contrario, parecía profundamente intranquilo, y lo confirmó cuando una carcajada de burla resonó en medio de la soledad acobijada de solo una presencia: ¡la suya!

The background is a vibrant, painterly illustration of a tropical jungle. A dirt path leads from the bottom center towards the middle ground, where a person in a light-colored dress is walking away. In the lower-left foreground, another person in a white shirt and shorts stands looking towards the path. The scene is filled with lush green foliage, including banana leaves and other tropical plants. The lighting is dappled, suggesting sunlight filtering through the canopy. The overall style is that of a classic oil painting.

CENIZAS DE TERNAS LAS ALABANZAS

La condena inminente de una joven
indígena en los Llanos Orientales.

CENIZAS DE ETERNAS LAS ALABANZAS

Juan Rodríguez



CENIZAS ETERNAS DE LAS ALABANZAS

I

Hay un dorado que baja en la noche y se comunica con el alma, la que cada uno tiene impregnada desde el mismo momento del nacimiento sobre la tierra. Y no importa si dormimos, porque así él puede entrar con facilidad y luego salir para vernos desde la puerta, o el umbral, y guiarnos hasta la percepción infinita de que las cosas están atadas, y de que los hombres nunca terminan siendo libres del todo. Luego ese dorado sigue bajando, ve la noche morir, y se despidе sabiendo que desde su nacer habrá un regreso cuando así sea necesario.

Uno se sentaría a esperarlo y comunicarse con él, pero los vigías sufrientes del insomnio no lo han podido encontrar ni siquiera en lo más remoto de su despertar. Lo que sí es certero, por ejemplo, es cuando la situación hace que dos seres se crucen en la misma línea. Y los que no tienen vergüenza siguen y no pueden detallar cuándo deben parar para encontrarla. Quienes sienten pena se quedan observándola por un largo rato hasta desaparecer en su divagación incierta.

Esto nos lleva al camino de la percepción de las cosas, y ningún ser vivo se exonera de ser, entonces, cenizas de las alabanzas hechas en su efecto, o terminar por ceder aquello intuido como la salvación de sus ausencias, convertidas en polvo y olvido. Esto ¡jamás!

Así prosigue la relación más cercana de nuestra evolución, comunicándose por los caminos de verdes y altos, junto con el sonido producido por la naturaleza en un estado de tranquilidad. Por tanto, no permite una relación más allá de la escrita por las palabras ya perdidas y desconectadas, porque cuando se ha hecho ya se ha vivido, y las mismas tratan de imitarla sin llegar del todo al punto fijo del meollo.

Ese sonido replica de lo lejos y se expande en todo pulmón que nace, y es la relación más cercana con nuestra evolución como especie. Todos los caminos conducen, como es sabido, a rutas totalmente diferentes, pero que antes de bifurcarse parecían, en cierta medida, los mismos. Es entonces cuando salen a relucir las llegadas extrañas o las terminadas a medias, que son borradas en gran medida por la indiferencia.

Y luego estamos allí, pensando en el camino puesto frente a nuestra disposición tangible. Dentro de tantas posibilidades andamos en un presente continuo sin esperas o valores, y, mientras tanto, como recuerdo para sobrellevar el martirio y la confusión, nos encontramos con ciertos sentimientos, como el profundo pensamiento incrustado en medio del grupo a partir de nuestras cuestiones, ¡la ignorancia!

No hay buen pensamiento que no conlleve a una historia, y que después nos lleve, en cierta medida, a encontrar un diminuto haz de luz resplandeciente de esperanza y aguante para caminar unos con otros sin identificar a cada individuo por su silueta, sino, más bien, como la única posibilidad real y existente de comprender los presagios impuestos sobre la marcha cansada y agotada.

Una ruta se oculta, entonces, por la falta de comunicación entre los caminos que han comenzado. Basta con ir al inicio de los planteamientos más conocidos para saber que, en cierta medida, el hombre en sus inicios vivió en medio de la naturaleza que lo amparaba, pero con el paso del tiempo esta llora porque ha sido traicionada sin medida.

Ana era una pequeña indígena que vivía en medio de la naturaleza, junto con sus demás compañeros y familia. Siempre se resguardaban del peligro inminente que los podía tomar por sorpresa, dejándolos sobre unas líneas perdidas y desconocidas en su totalidad.

Permanentemente, el hombre contemporáneo las ha relacionado con su cotidianidad, pero no podemos generalizar, porque el hacerlo casi siempre atribuye cuestiones inexactas o sin sentido.

Como todo pueblo indígena, lleno de naturaleza y vivencias, ha encontrado en cierta medida todo un sistema conformado por diferentes puntos que conectan solo con el respeto y con los recuerdos de lo que han protegido, por excelencia, aquellos transeúntes que se encuentran perdidos en el camino que otros han dejado.

Y más en medio de una destrucción aparentemente sin final. O quizás sí es evidente, pero entonces nadie será capaz de apreciarlo como lo haría un niño pequeño en búsqueda de respuestas. Primero porque no las habría y segundo, porque no existiría nadie, ni siquiera los inquietos infantes.

Ana llevaba una vida de esas que, como se sabe sin telones o cortinas, es dura. Pero dura de verdad. Nadie creería el hecho de que trabajara todo el día junto con su padre y nunca se les viera un peso. Y que el poco tiempo de libertad no lo utilizaban para descansar, sino para seguir trabajando.

No se les preguntó por qué trabajaban y trabajan sin tomar los caminos mínimos que los demás utilizaban para relacionarse entre sí. Incluso en esas preguntas no formuladas, y simplemente pensadas, el silencio parecía prevalecer a sabiendas de querer descubrirse.

Nadie podría asimilar tales discursos como parte de algo simplemente escondido, e impedir su ayuda inmediata o justa. Era una condena, y punto. Sobrellevarla parecía ser un buen juego para que no fuera descubierta.

Todos los recuerdos que Ana tenía en la conciencia eran siempre repetidos: trabajar con papá. El trabajo ejercido por ambos no podía ser más dueño de la burla y el abuso: la dignificación de un dios cambiante por las herramientas y la pérdida de fe. ¡La desesperanza!

Es así como el trabajo y la historia siempre se remonta a exactamente lo mismo, con ligeros cambios sin un valor real o significativo que se justifique como algo nuevo. Entre las herramientas y la naturaleza, Ana y su padre se la pasaban desde hacía diez años en lo mismo, talando y cortando árboles endémicos que tenían un profundo valor espiritual y social.

La madre naturaleza lloraba al sentir su penosa modificación, como si aquellos nacientes la estuvieran asesinando. Pero como ella era su única cómplice y sabía la verdad, no le quedaba más remedio que consolar a sus queridos hijos, y sufrir en silencio junto con ellos.

Cierta tarde, ya en el último momento de salir del trabajo, el tipo que llevaba su amenaza diez años vigente, decidido a cambiar la situación para bien, le propuso al padre de Ana un trato tajante y hostil sin más salida que las virtudes dormidas.

—¡Hombre! —saludó Arnolfo (el hombre de las amenazas) al padre que estaba acomodando en un pequeño espacio sus herramientas de trabajo.

Con la típica respuesta de quienes saben el descaro de aquellos sinvergüenzas incompasivos del propio dolor, el padre de Ana se quedó en silencio.

—¡Qué más hombre!, ¿todo bien?

El silencio se hizo paso largo en medio de la confusión y entonces Arnolfo se acercó aún más a Antonio mientras este se alejaba de forma considerada de su distancia.

—No, no sea así conmigo. Hoy no vengo con esas —vociferó en voz alta Arnolfo para que lo escuchara.

—¡Con peores! —se dijo Antonio para sí mismo.

—Relájese, los pájaros negros aún no comen gente.

—Ya sé por dónde va a ir este camino —respondió Antonio en su mente mientras pensaba en si decir algo o no.

Arnolfo entonces enseñó las garras sin esperar más tiempo, y como estaban solos en el camino, le pareció que vigilaba el silencio de una sordidez que nadie replicaba.

—Vengo a proponerle una cosa de la que sé que usted no se me va a torcer. Ya sabe, las cosas pueden mejorar si usted me complace —dijo el sinvergüenza mientras tomaba con firmeza y determinación la mano de Antonio.

Si algo quemara más que el descaro de Arnolfo, sería, sin duda, todo lo vivido por Antonio junto con su pequeña. Más aún ahora que sabía el eje sobre el cual se estaban moviendo las cosas con perversión y descaro.

—¡No! —gritó Antonio tratando de soltar con brusquedad su mano de la de la bestia.

—No le he dicho nada aún.

—Y no hace falta.

—Usted aún no comprende y ya se está acelerando.

—¿Qué no entiendo yo?! ¿No entiendo que llevo más de quince años acá, encerrado y viviendo bajo el martirio y su burla?, ¿no entiendo que usted se ha tomado una responsabilidad que no le pertenece?!, ¿no entiendo que hace mucho hubiera preferido morirme antes que verle la cara todos los días de mi vida?, ¿qué no entiendo?!, ¿qué no entiendo?!, ¿qué no entiendo?! ¡Déjeme en paz!

Arnolfo, al ver atónito que su presa no daría el paso tan fácil, recurrió a sus viejas artimañas creyendo que tendrían el mismo efecto que cuando las utilizó en un inicio, como si la novedad las hiciera partícipes de un reconocimiento ajustado.

—Tranquilo, hombre, tampoco es para que se comporte de esa manera. Ni más faltaba. Lo que realmente quiero es dejarlo ahora libre, que se vaya y no tenga que volver por acá nunca más.

—¿Cómo sostiene su palabra? —respondió Antonio aún con los humos sobre su cabeza.

—Solo si usted mantiene la suya.

—¿Duda de una palabra justa y perdurada por más de diez años llenos de martirio y dolor?

—Dudo de que en estos diez años la palabra no se haya alterado. Y parezco no equivocarme.

—¿A cambio de qué, usted nos dejará en libertad a mí y a mi hija?

—Eso es, eso es.

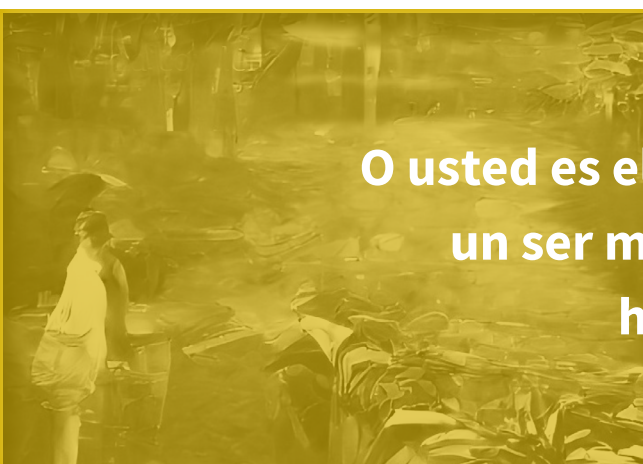
—¿Qué cosa, mi hija?

—En cierta medida sí.

—¿Qué le pasa, piensa tenerla a su disposición y según su deseo por el simple hecho de la libertad de mi vida?

—No es de esa manera.

—¿Entonces?



**O usted es el diablo o usted lleva
un ser maldito!, ¡no le dejaré
hacer eso con mi hija.**

Los impulsos sexuales del viejo Arnolfo salieron a flote, y ahora el infierno parecía ser menos hostil que el encuentro entre los dos hombres que discutían calurosamente a razón.

—¡No, no, no! ¡O usted es el diablo o usted lleva un ser maldito!, ¡no le dejaré hacer eso con mi hija!

El comentario de Arnolfo regó la olla hirviendo de rencores y de angustia, quemando todo dolor y gloria.

—No, señor, no va a ser así. Hace diez años éramos una familia feliz, llena de todo lo permitido y luchado, sin perjudicar a nadie. Mi señora esposa embarazada y lista para dar a luz. ¿Usted cree que he olvidado lo que sucedió aquel fatídico día?, ¿cree que se me va a olvidar el día en que tuve que ver a mi esposa morir mientras nacía mi hija, y todo porque usted no nos quiso ayudar? Todo antes era menos agresivo, más tranquilo. Y usted apareció así, creyendo tener el poder sobre todos. La sacó barata por posicionarse donde no debía. Ahora se cree el intocable. ¿Pero sabe una cosa? Siendo padre he descubierto el tremendo daño que he soportado para evitar la desgracia de mi hija. Solo podrá tocarla cuando pase por encima de mí, o sea, cuando esté muerto. ¿Escuchó?, ¡muerto! Y eso, usted jamás lo podrá hacer, ¿escuchó? ¡Jamás!

Diciendo esto, un silbido resonó en toda la naturaleza. Y una respuesta viajaba con el viento mientras dos siluetas ínfimas desaparecían en medio de la oscuridad, que abrazaba con naturalidad y amor a ese ambiente intransferible dueño de los errores y de las manipulaciones, que era, en parte, vulnerado en su sentir.

Porque aquel hombre, capaz de pasar por encima del otro, no le quedaba más opción que recurrir a una esperanza vaga que dormía ante las quejas y las denuncias.

Por su parte, Ana tuvo que vivir gran parte de su vida junto a la naturaleza, y aprender de ella todos los trabajos posibles. Siempre era agresiva contra lo que se le ponía, y simplemente lo hacía porque su noble corazón le indicaba que nunca dejaría que su padre muriera sin que viera la vida con normalidad, sin la perturbación de la maldad.

De la conversación entre Antonio y Arnolfo pasaron rápidamente cuatro años, y la creencia de que aquello no se repetiría solo prevaleció en la mente del padre. El físico de Ana pronunciaba y enseñaba ahora a una mujer que no parecía tener la edad que conscientemente se sabía que así era.

Como consecuencia, la joven ahora parecía, en cierta medida, una señorita de veinte o veintidós años, y el hombre que se rasgaba las vestiduras en la oscuridad para poseer-

la, decidió no dejarse vencer por cuestiones externas de las que no tenía el control. El silencio seguía y la complicidad aún no se desataba, pero era cuestión de tiempo para que fuera exactamente todo lo contrario.

Cuatro años después, la conversación remota aparecía de nuevo, pero ahora con ligeros cambios que la llevaban a tener más repercusión en las sensaciones de quienes eran partícipes.

El padre, junto con su hija, se encontraba en una encrucijada que parecía no tener salida por ninguna parte, ni evadiendo lo que se pudiera se librarían de la maldad que corrompe sin sentir lo que realmente se expresa de lado y lado, silenciando una y complaciendo la otra.

Ana, que no le faltaba respeto ni a su padre ni a su inteligencia, dejó que su progenitor hablara y solucionara lo que debía enderezar.

Con lo que ninguno de los dos contaba era con la terrible venganza, bien injusta sin duda, pero que para los imprudentes no les parecía importar en lo absoluto. En cierto punto de la conversación las ráfagas de amenazas y verdades caían con ímpetu sobre los presentes.

—Vamos a ver, ¿usted no entiende que desde que llegué acá lo único que quiero saldar es la cuenta que ustedes tienen conmigo?

—A mi hija no la meta en estos asuntos.

—Bueno, que usted me debe —corrigió sin ánimo el hombre que parecía estar inquieto—. Pero que sepa que usted mismo sabe la solución.

—Ni en la otra vida me mandaría para el carajo. Intuyo que usted, con tal de hacerme la vida imposible, se iría solo para jodernos a todos.

—¡Y no está ni lejos de la realidad! —replicó Arnolfo con una risa que no se le calmaba en lo absoluto.

—¡Diablo andante, ojalá lo condenen en el peor lugar de los infiernos! —vociferó Antonio mientras agarraba a su hija de la mano derecha dispuestos a irse del lugar.

—¡Ah, no, eso sí que no! —respondió Arnolfo al ver que el padre y la hija tomaban el camino de salida—. Ustedes no se pueden ir de acá.

Una intuición más profunda se llevaba al bolsillo Arnolfo. Quizás muy precipitada o justa.

Y el mal, como buen conocedor de aquello corrompido, sabe que no les propiciaría salidas fáciles a sus presas, a menos que esos mismos caminos no condujeran a nada o, de buenas a primeras, a la perdición temprana.

—¡Abusivo, fiera imprudente, usted no nos puede encerrar a nosotros acá como sus esclavos!, ¡caerá el tormento de la ruina si usted nos llega a tocar o hacer algo malo!

—Reconozco ser lo dicho por su parte, más mis impulsos conllevan a condenarlos eternamente.

—No va a ser así, pues, si lo hace, será usted el condenado por las almas oscuras andantes junto a todos. Además, nuestro Dios salvador se encargará de hacerle ver la tremenda equivocación de sus acciones.

—¡Silencio, esclavo!

—¡De nadie lo soy y nunca lo seré!

—Te condeno en esta vida a pagarme todo lo que tu otra familia me prometió y no ha cumplido.

—Por la sangre de mis venas y de mi estirpe, qué familia no es aquella que se relaciona con quienes definen serlo. Mucha más familia encuentro yo en las calles y mi pueblo, que por la que estoy condenado a cuidar su porvenir.

—Palabras vacías, sin sentido, condenado estás y así vas a estarlo hasta tu miserable y rastrera muerte.

—Pues tres opciones tengo y ni miedo me producen sus posibles resultados.

—Dos de ellas las conozco.

—La tercera la ignoras porque crees en su imposibilidad.

—El último camino, quien te ha de creer pensará que es demasiado tarde.

—No va a ser así, y ya lo verá.

—Su tío me robó la casa.

—Pena suya.

—Lleva diez años usted pagándola.

—Pues es más mía que de él.

—No lo creo.

—Me da igual, solo quiero mi libertad.

—Libre no es nadie.

—Lo voy a intentar y, usted, se quedará para verlo.

Diciendo esto, Arnolfo no le quedó más que dejar ir al hombre junto con su hija, pero no porque no les fuera a hacer nada, sino porque su plan avanzaba un poco más, y eludía los percances solo para evitar ser juzgado por sus propias acciones.

Hay situaciones que se atribuyen en gran medida a las cosas de la vida. Por ejemplo, una calle vacía de día no representa terror o pánico, pero de noche el valor vacila porque claramente la situación no es igual, o la misma. Incluso, en esas ascuas, la exactitud no determina ni siquiera la igualdad.



**¡De nadie lo soy
y nunca lo seré!**

Es como si todo se asociara a algo que solo está presente, pero que se les acusa de ser cómplices, aunque son simplemente ignorados, y exonera el ambiente como un posible culpable de las acciones humanas violentas.

Catorce años atrás al altercado que se iba a presentar, se encontraban trabajando los dos padres de Ana (Antonio y Mariana) en las instalaciones privadas de una empresa que en inicios se dedicaba al cuidado ambiental, pero que luego cambió su valor a exactamente todo lo contrario a sus conductas.

Mariana se encontraba en las últimas semanas de gestación que ayudaba a su marido en las labores básicas de su trabajo.

Como no se le hacía daño a la naturaleza, el pueblo la protegía como una forma de vida y de autosostenimiento, guardando todas aquellas tradiciones que los antepasados preservaban en lo más profundo de sus tumbas.

Llegó el día cuando los dolores, la vida y el tiempo darían así el paso para el nacimiento de la bebé, pero no como todos lo esperaban. Por la mañana, con esa intuición de madre, a Mariana todo le parecía tener un significado diferente. Las palabras, los colores, los sabores, la naturaleza.

Después de desayunar, sintió una calma perdida, por lo que decidió no decirle nada a su esposo, que ya se arreglaba y vestía con un traje natural, adornando el cuerpo con colores espléndidos, que lo hacía ver como un hombre nuevo en tierra ajena.

El día se iba a transformar en el trabajo a medias del anterior. Unas cuantas hojas, unos cuantos cheques, determinar que todo fuera bien, y que no hubiera un percance grave sobre el valor que tanto amor parecía emanar y expulsar todo aquello que les rodeaba entre alegría y sentimientos que se exponían sin pena frente a todos.

Antonio se dirigió hasta al centro del pueblo, y al llegar notó que faltaba por realizar unas labores mínimas, pero con eso ya concluirían lo del mes. Tendría en las siguientes semanas un descanso merecido para que su esposa pudiera tener a su pequeña en medio de toda la naturaleza.

Irían entonces hasta el río que cruzaba entre el pueblo y una ciudad a medias, que se levantaba en medio de un polvo confuso.

En aquel río nacían siempre todos los niños del pueblo. Si los dolores iniciaban de día, se sabía que era niña, y si daban en la noche, entonces sería niño. Antonio esperó y

esperó a que su esposa llegara para terminar, pero esperó lo suficiente como para que su paciencia rebosara el vaso de la desesperación.

En los minutos en que Antonio esperaba a Mariana, esta se encontraba de frente con Arnolfo, que desde el primer momento en que la vio parecía no tener vergüenza de cortejarla frente a quien fuera, menos de su esposo, que parecía tenerle algo de respeto, pero por el miedo que le producía.

Mariana sabía que un día tarde o temprano Arnolfo terminaría por ir un paso más, y se dio esa misma mañana.

Tratando de evitar el encuentro con el hombre, Mariana tomó un camino más largo que le hizo perder unos minutos de su tiempo para el trabajo con su esposo. Giró entonces en diagonal, y luego de un rato siguió derecho, salteándose la línea de en frente y al lado, al mismo tiempo que avanzaba a doble velocidad.

Al llegar a la esquina, vio a Arnolfo que no se sorprendía de que ella apareciera ahí. A unos cuantos pasos de su esposo, Mariana fue arremetida por la fuerza del hombre que ahora la acorralaba contra la pared. Un aire denso durmió a la mujer y se dejó llevar por la trampa que Arnolfo puso a sangre fría.

Como no podía reaccionar de su dormitar inesperado, Mariana no supo más allá de la vida, porque nunca despertó. Su cuerpo yacía muerto desde el momento en el que la locura llevaba las riendas de la cordura de Arnolfo.

Él, al no tener respuesta a su pregunta, asesinó a la mujer al tiempo que un charco de sangre se regaba por el suelo y develaba la figura de alguien que se estaba muriendo sin poder hacer nada.

Uno de los familiares lejanos de la familia se percató del atroz hecho, y a voz en cuello llamó a todos los de su manada que aparecían al momento sintiendo repudio y odio, mientras intentaba alcanzar al esposo de Mariana que ahora corría para socorrer el cuerpo sin vida.

Al llegar hasta la esquina, las mujeres tenían en brazos a la bebé que nació por una larga línea que se le hizo al cuerpo de Mariana, más exactamente en su abdomen. Suerte fue que en medio de todos se encontraban médicos que terminaron haciendo lo imposible por salvar a la bebé, que ahora lloraba sin entender absolutamente nada.

El desliz de los ojos de Antonio se posó sobre su familiar que en respuesta le señalaba de ser el culpable del hecho. El asesino, indefenso, recordó que muchas veces le dijo a Mariana que se fuera con él para tener una vida mejor. Y siempre obtuvo la misma respuesta una y otra vez.

Al ver a la mujer embarazada, no pudo evitar sentir celos de cualquier cosa que se vinculara con ella. Cuando parecía que la bebé iba a nacer, le volvió a proponer que se fueran los tres a un lugar mejor, y por ende una mejor vida, mientras que la respuesta agotada volvía a resonar: no.

Antonio sostenía al viejo por el cuello, y cuando sintió deseos de vengarse, flaqueó unos momentos porque se cuestionaba todo lo que estaba pasando. Un hombre alto, con fuerza y sin temor arrojó al padre hacia un lado del campo, mientras que Arnolfo sacaba una pistola y la colocaba en su frente.

Antonio, sintiendo el frío del metal, lo agarró con fuerza y pidió como último deseo que la bala lo rematara con ganas para que no lo dejaran vivo a medias. Ahora Arnolfo titubeaba con el frío en la mano y la dejó caer, y en ese instante un disparo secó dejó atónita a la vida que se rodeaba de figuras lo suficientemente llenas de materia como para reproducir un eco acompañado de la amenaza severa de la muerte.

Arnolfo pidió para sí un bien material, y de esta manera perdonarle la vida a Antonio. El familiar que lo vio en plena acción le prometió un hogar que tenía en el Perú.

Antonio giró la cabeza con la extraña sensación de saber que eso que se ofrecía estaba más vinculado a él que al hombre que parecía tomarlo con todo derecho y sin respeto de por medio, pero un golpe lo dejó girando sobre su eje. El desmayo lo magulló peor de lo que pega el viento.

Al despertar, los sollozos de una bebé lo recibían en medio de lo que parecía un funeral silencioso. Se despertó con la recién nacida en brazos, y de su esposa solo pudo ver el rostro que se rodeaba ahora de unas flores nativas que le decoraban como un traje natural.

Las mujeres le explicaron todo de nuevo, y luego de llorar y de sufrir por segunda vez, les dijo a todos que protegería a su hija sin importarle nada.

Así pasaron entonces unas semanas, hasta que las palabras dichas como promesa tomaron efecto.

De ahí a los siguientes años, Antonio pagaría entonces con un trabajo sucio el engaño en el que su familiar lo metió. Siempre se decía que todo ya estaba planeado por Arnolfo, y verdad nunca le faltó.

En los siguientes años, Antonio parecía desprenderse poco a poco de sus raíces, de su pueblo y de las personas que siempre miraba una y otra vez. En soledad, no le quedó más que cuidar a su hija, y catorce años de buen cuidado no alegan, ni por bromear, exactamente lo contrario.

Ahora que volvían hacia la casa, sabían que de no ser lo suficientemente rápidos, no quedaría nada. Era un juego donde la bestia parecía ver a su presa dar los últimos suspiros e intentos de vida, y que en ese mismo momento pareciera dormir para engañar y hacer del juego algo que ya se salía de los límites de lo establecido como dignidad.

Y en este caso la humana, que pesa y abrumba. La densidad de la noche no mofaba a nadie, y ahora la ruleta se escondía de los ojos para enseñar con orgullo la respuesta, pero antes de que alguien tirara de esta para romper las dudas, ya relucía de espaldas a quienes no la observaban.

A la luz de un cielo que imitaba los pasos de la burla, Antonio y Ana organizaron todo para que al amanecer, y antes de que los gallos despertaran a medio pueblo, pudieran tomar un camino que hasta ahora todos desconocían en gran medida.

La joven Ana, que mantenía en secreto un amor de fuego con el muchacho de las sombras, y que nunca descubrió su procedencia, ahora sabía que nunca más lo volvería a ver, aunque en realidad nunca lo vio.

El romance nació en las últimas semanas antes de la partida cuando Ana, en medio de su desesperación por no comprender nada, se dejó seducir por la sombra oculta que le hacía juegos en medio de la oscuridad.

Luego de unos días, la ausencia de luz se fue opacando hasta el punto de que el fuego rodeaba a los jóvenes y desaparecía cuando el sol tomaba su trono sin sospechar absolutamente nada.

Los amantes se llenaron de la ausencia, y comenzaron a quererse más y más. Se saciaron de impulsos incontrolables hasta que el deseo fue mayor. La última noche, antes de partir, el amor se selló en medio del placer que rodeaba a ambos, colmándolos de todo aquello que les daba ganas de vivir el uno con el otro.

II

El aviso viajaba lentamente a la espera de despertar a cada uno de los habitantes del pueblo. Tomando la ventaja de un cielo que se despejaba poco a poco, Ana y Antonio cogieron entonces lo poco que tenían, y su dirección siempre les marcó una línea que divisaban a medias, pero no había de otra, era eso o morir.

Caminando por todo el pueblo, parecían ser las únicas presencias vivas bajo el manto que cubre las historias, los paisajes, los lugares y la gente.

Lo que le sorprendió y le causó desconcierto a la presa fue el hecho de ver el pueblo con un cambio radical, significativo e irreconocible. Sintieron entonces que las penumbras en realidad no eran un símbolo de miedo y fracaso, sino que eran el presentimiento de toda una vida perdida por la incapacidad para asumir unas riendas que hacía tiempo parecían estar colgadas a la espera de que las tomaran.

Era como si todo fuera un pozo profundo, pero lleno de sentimientos que parecían ser ahora la representación de aquellos que en otros años ni por asomo se daban en la vida cotidiana.

Antonio se lamentó de saber que el camino y el riesgo en el que estaban ahora podían haberlo asumido varios años atrás si hubieran tenido la esperanza de que la gente les diera la mano y los salvara de aquello que tanto ímpetu dio sin parar día tras día, mes tras mes, y año tras año.

Intentó no llorar por haberse resguardado de todo aquello que antes le golpeó por sorpresa y desconcierto, pero no era tiempo de lamentos, y no se podía quedar atascado en ellos porque de ninguna otra forma podría conocer el camino que los llevaría a una libertad que antes y después sería desconocida para todos.

Unos cuantos metros caminando sobre la línea bastaron para alarmar al padre y a la hija que no habían sufrido perturbación alguna salvo la de ahora. Correr era la única forma de ver con más claridad la luz de la salvación, pero los engendros del plan malvado de Arnolfo avanzaban con más velocidad y seguridad.

Girando por cualquier esquina parecían multiplicarse unos y otros, como si fueran pequeñas porciones que se repartían en la bandeja de la calle. Unas pistolas relucían entre la oscuridad, y el metal frío le decía al padre que todo iba a terminar ahí.

Paulatinamente, el encierro tomaba más sentido y dirección. Un círculo de oscuridad rodeaba al padre y a su hija que parecían resignarse del todo.

—¡Fieras de la traición, todos y cada uno serán condenados por jugar en contra de lo que conocen! —vociferó Antonio girando su mirada en todas las direcciones manteniendo su voz siempre el hilo fijo de la distancia.

—No tenemos de otra, son nuestras vidas o las de ustedes —repuso la voz líder que parecía flaquear frente a lo que no le quedaba más por hacer, poniendo aquello personal sobre las víctimas e ignorando el hecho de que todos podían liberarse de la trampa.

—¡A peores animales me he enfrentado, y a cada uno he liberado por el alma que llevo dentro, pero ustedes, hombres conscientes de sus actos, no tendrán más remedio que yacer ante la muerte y la vida! ¡Y si es la mía, que al menos mi hija viva para ser libre de esta condena!

Diciendo esto, Antonio empujó a Ana por un pequeño espacio vacío que vislumbró mientras trataba de ganar tiempo. Los hombres se le lanzaron encima, pero ya su hija corría en medio de la desesperanza atada su corazón. A Ana no le quedó más que correr y correr sin parar y sin saber hacia dónde se dirigía.

Giró entonces tantas veces que volvió a su hogar y, allí, en él y en todo el pueblo, la noche parecía ser todavía más profunda. No le quedaba nada más que pedir ayuda al muchacho de las sombras, sabiendo que la conexión de hacía unas horas los mantenía profundamente unidos. O eso creía.

Esperó con la fe que le llegaba de un silbido desde una dirección que ahora recordaba, pues supo rápidamente dónde se encontraba su padre. El muchacho tardó en llegar, pero estaba tal cual a lo prometido. Como Ana no lo vio nunca, solo pudo reconocer su presencia porque algo en su corazón se lo indicaba.

Hubo entonces una alteración que no tenía manera de verse, parecía como si dos fieras se entregaran a sus pasiones y que por ser similares uno debía permanecer en alto mientras que el otro moría.

Un sonido seco pero silencioso indicó el ganador de la contienda. Ana, sin saber nada, se dejó llevar por sus intuiciones, y cuando se entregó a los brazos del muchacho de las sombras, en realidad lo estaba haciendo con otro hombre que no era aquel que parecía asimilar.

La violencia fue de mal en peor. Una picada recta que vislumbraba un golpe dejó a Ana inconsciente.

La noticia de que la hija estaba ahora en los brazos equivocados del amor hizo que Arnolfo celebrara los miles de motivos sordos a la realidad, pero que su imprudencia le daba exactamente igual. Ahora tenía a la joven Ana y a su padre en una quietud en la que la vida los dejaría ahí.

Lo que acababa de pasar con el muchacho de las sombras es que este sí estaba frente a la joven Ana, pero como siempre quiso permanecer en la oscuridad, ella nunca identificó abiertamente cómo era él. En el momento en que su entrega parecía abrir la luz de entre la oscuridad, un hombre aparecía por detrás del pobre e indefenso muchacho, que solo pudo dar algunos golpes y esquivar otros tantos.

Desde luego no se podía hacer nada, pues cuando el tipo sacó una pistola y le disparó sobre su pecho, la oscuridad parecía sumergir del todo al joven, que ahora moría sin alientos y sus palabras se silenciaban, mientras Ana, confiada en su síntoma de amor, se entregaba a la fidelidad de alguien que claramente no era su enamorado de pasiones amorosas y de caricias sin forma.

Y murió, entonces, sabiendo que nunca más podría ayudar a su amada, y que esta, a la suerte del mal, terminaría por engañarse durante toda su vida. Razón no le faltó, pues el tiempo lo trazó así, pero él ya yacía muerto en medio de una historia que ahora lo condenaba para siempre.



**La violencia
fue de mal en peor.**

Los espíritus de la madre y la naturaleza, que tanto protegían a sus familiares queridos y abandonados, ejecutaron un plan que salió al contrario. Un error que condenaría a las figuras danzantes del porvenir, que se miraban a lo lejos, ya sin ánimos de ser alcanzado y disfrutado.

La comunicación del viento que tenía Ana con su padre era tan precisa, que cuando ella despertó en la misma habitación donde él se encontraba ya lo sabía, incluso desde antes de despertar, y la sorpresa no se llevó en gran medida. Los tipos ahora custodiaban todo el lugar desde las sombras que los hacían invisibles.

Cuando Arnolfo llegó y vio a ambos seres indefensos, padre e hija, solo rio y rio hasta que no le quedó más. Entonces, comenzó con las amenazas que relucían con anterioridad.

—Pobre Antonio, no quise llegar a estas circunstancias, pero no me dio más opción que esta que ahora nos tiene de frente. Usted, débil como siempre y yo fuerte como siempre. ¿Ve?, no ha cambiado nada. ¿Qué le queda a usted?

—Dignidad —repuso Antonio manteniendo su mirada frente a los ojos del tipo que parecía estar en calma.

—Eso no vale nada si yo tengo el poder —vociferó Arnolfo con una leve sonrisa que se transformó en un escupitajo asqueroso que cayó de lleno a Antonio.

—Para los imprudentes la dignidad no es más que algo que desconocen, y que, luego, sabiendo que no la pueden tener, se mofan de que es inservible, cuando la realidad es que la dignidad no es para los demás, es para uno mismo.

—Seguramente no, y usted está mal. Pero ya me cansé de tanto juego que no tiene ninguna trascendencia frente al valor real de todas las cosas.

—¡Mi hija nadie la va a tocar!

—Eso es lo que usted piensa.

—Será condenado en el mismo momento en que lo haga.

—Mientras espero la oportunidad, que el dolor sea el yugo que lleve antes de terminar condenado a la muerte.

Diciendo esto, Arnolfo desapareció del lugar mientras unos hombre entraban al despacho de la violencia para amarrar a Antonio con unos lazos que parecían cadenas oxidadas. Cuando estuvo bien asegurado al tronco de un árbol, le cubrieron con trapos sucios tanto los ojos como la boca, y así le nublaron dos de sus sentidos.

Luego sus oídos dejaron de escuchar cuando sintió que solo dos de sus cinco sentidos estaban en una función consciente.

Al rato el imprudente daba las indicaciones mientras que el día moría en manos del hombre que aún resistía los golpes, los malos tratos y todo aquello en función de una maldad que parecía sacada de un manual cuyo título decía algo como “Instrucciones para una muerte lenta y dolorosa”. Antonio resistió por el espíritu que tenía en su ser.

Al principio los golpes le dolían y lo hacían sufrir a montones, pero, luego, como si su cuerpo se acostumbrara a sentir el dolor, quizás por todo lo aguantado, ya no podía sentir nada, absolutamente nada, solo la respiración automática que se cortaba de vez en cuando.

Ana observaba la escena mientras que Arnolfo le hacía una y otra vez la misma pregunta y sabiendo siempre la misma respuesta.

—¿Vas a ceder a mis intenciones?

—¡Jamás!

—¿Vas a sucumbir frente a mis deseos?

—¡Jamás!

Cada respuesta era una hora de tortura para Antonio, y cuando en la última Arnolfo se resignó a volver a preguntar, no le quedó más que cambiar los papeles solo por unos instantes. Liberando a Antonio de la trampa, ahora se encontraba Ana rodeada de los matones. El padre, que no daba paso a la muerte, pero tampoco a la vida, se puso en una sola cuestión para responder como si no faltara más para decir.

—¡Jamás!

Arnolfo, entonces, con la sangre hirviendo por sus venas, tomó a la joven Ana del cabello y la golpeó tan fuerte que esta cayó al suelo en el preciso momento en que su padre también lo hacía.

—¡Jamás! ¡Jamás! — gritaba Arnolfo con desesperación.

Mientras la noche caía y nada parecía cambiar en el pueblo, Arnolfo, decidido a asesinar a padre e hija al día siguiente, se preparaba mentalmente para resistir igual o más que sus víctimas, que ahora yacían en el medio del vivir y el morir, allí donde las esperanzas desaparecen para otros y Dios termina por cumplir sus promesas.

La única razón por la que Arnolfo no tocaba ni hacía lo que quería con Ana era por el hecho de creer que en realidad sí sería condenado, como si sus otras acciones no fueran el reflejo de lo ya sabido.

Pero entre imprudentes ni se entienden, y se condenan y no saben cómo. Las únicas palabras que el padre dijo, y que tanto le costaba a Arnolfo ignorar, eran las mismas en las que la condena parecía prevalecer. Luego pensó largo rato y se dijo que no sería así, que la condena no lo llevaría a nada y el paraíso lo pondría en el lugar donde sabía debía estar.

Pero ya era de noche, así que simplemente decidió acostarse a dormir a la espera de concluir todo de una vez al día siguiente.

La noche fría y compasiva se encontraba en el pueblo. Ana despertó al tiempo que el dolor del sol pasado y con el golpe, junto con otros que no supo identificar su procedencia, sintió alterada de su alma.

Se calmó lo suficiente y planeó todo con una precisión que en realidad le favoreció en lo absoluto. Solo supo que unos lazos que parecían cadenas oxidadas se le zafaron al punto de quedar completamente libre y sin ataduras.

Entonces se movió tratando de buscar una posición donde no fuera vista, y cuando iba a silbar vio a dos hombres con pistolas que dormían profundamente. Esperó un rato en el que la luna parecía ser silente ante todos, y silbó con tal fuerza y silencio, que la respuesta de su padre fue devuelta inmediatamente mientras iban nadando en medio de un agua hostil que tiraba hacia cualquier lado.

Ana, entonces, se irguió frente a su padre y desató las cadenas oxidadas que se impregnaban a su cuerpo. Al liberarlo tuvieron una ventaja largo rato, pues sus captores dormían pensando que todo iba tan bien para ellos y tan mal para las presas, cuando era exactamente todo lo contrario.

Al despertarse por el ruido que hizo Ana para marcar el lugar, los hombres se encontraron acorralados y de espaldas con las mismas cadenas con las que Ana y su padre los habían atado mientras estaban inconscientes. El resto fue solo una corta conversación que les sirvió a los fugitivos para indicarles por donde no los verían.

Largo rato pasó desde el escape de Antonio y su hija cuando en el lugar donde se encontraban anteriormente (lleno de pequeños charcos por la lluvia y el fuerte sentimiento de la naturaleza) apareció Arnolfo con un presentimiento que rápidamente confirmó cuando encontró a los dos hombres amarrados en la habitación más oscura de la casa.

Los desató y así, de noche, siendo aún temprano dentro de lo eterno, los hombres emprendieron la caza de la joven y su padre. Algo quedó claro entre los hombres: disparar a matar.

No habiendo tiempo para nadie, ni a favor ni en contra, rápidamente las presencias se desplazaron a pasos agigantados con tal de ganar y explorar el mayor terreno posible. Entre el suelo verde lleno de pasto pequeño el camino se enseñaba como una ventaja, aunque, al ser el camino largo que alejaba la ciudad del campo, lo que en teoría se tomaría a sabiendas del riesgo, podría ser una condena perpetua que podría terminar por ser el lugar donde la muerte llegara de visita y sin cita previa.

Entonces el padre, decidido a aclarar las cosas con el pueblo, dejó que su hija siguiera el camino que en unos largos metros se confundiría con la amalgama del campo y la vía por la que correría con prisa.

Así hizo caso Ana, y viendo a su padre correr por el camino que ya llevaban, decidió también tomar la ruta lejana, pero de manera contraria, de tal modo que lo esperaría en la parte segura.

Eso en caso de volver. De no ser así, lo mejor que podía hacer sería correr y correr, porque la vida no se le uniría para ser buena con ella, y si eso pasaba, no podría esperar tanto tiempo como para revertir con valor lo que en realidad debería ser así.

Corriendo y corriendo, Ana se alejaba cada vez más. Sus pies, tan acostumbrados a las largas distancias, danzaban en un palpito que le decía que esa, sin duda alguna, sería la última vez que vería a su padre, por más penas que llevara encima. Con un aturdimiento que le iba borrando de a poco su memoria, a Ana la naturaleza parecía recibirla con los brazos abiertos.

¿Y las intenciones? Bueno, quizás eso no venía dentro del discurso improvisado a punta del vivir.

Las condiciones no daban para nadie, y eso lo tenía claro Antonio. Ahora se devolvía a la espera de que el pueblo le ayudara a detener la situación que por tantos años le había agobiado y quitado esa pequeña parte de libertad con la que nacen todos los hombres en esta tierra.

El camino le pareció un tanto eterno, pero no podía quejarse porque en realidad solo se trataba de una ilusión certera que daba del lado de él y de Ana, que ahora no avanzaba y lloraba mientras esperaba a su padre.

Al llegar, Antonio comenzó a hacer el alboroto que tanto tiempo contuvo por su abrumador aguante. Para su sorpresa, de a poco, entre las masas comunes, aparecían niños, jóvenes, ancianos y todo el pueblo como último recurso.

Al hablar, la gente se cuestionaba y otro grupo se planteaba y oraba para liberar al hombre del martirio y de la condena impuesta por uno de su misma raza. Pero de ahí no pasó más.

Nadie quería ayudarlo, protegerlo o hacer algo por él que valiera la pena. Era como si esos catorce años de dolor no valieran nada, como si fuera algo de todos los días, un espectáculo más en medio de la discordia del vivir humano.

¿Qué sucedía?, ¿en dónde quedaba esa esperanza de que todos dieran lo que pudieran por él?, ¿y, después de todo, liberarlos de esa condena que tanto los atosigaba en medio de un martirio individual que se concluía en un yugo compartido?, ¿era, entonces, el peso y el tiempo que las cadenas llevaban sobre el cuerpo lo que los convertía en una parte de ella, y los llevaba a resignarse de tener lo único por lo que el hombre puede luchar hasta morir como es la dignidad?

Arnolfo apareció en medio del umbral oscuro que comunicaba el camino por el cual Antonio regresaba. Por primera vez, Antonio reparó al hombre que se acercaba poco a poco en medio de la multitud, que se dispersaba para dejar el camino y la calle simplemente para esos dos hombres.

—Oigan, ustedes, escúchenme lo siguiente —clamó a grito herido Antonio mientras se preparaba para la muerte—. Si no son capaces de liberarse de esas cadenas que el mismo hombre les ha impuesto, no podrán vivir en libertad.

Y entre ustedes, cuando vean a un hombre libre luchando por lo que respalda la constitución, su palabra y Dios y reclamando lo que le pertenece, no es que sea un vago ni un idiota ni un hijo de puta.

¡No! Si entre ustedes ven a esa persona batallando contra las injusticias, y se quedan ahí, como lo están haciendo ahora mismo, nunca podrán obtener lo que otros tienen por vulnerar sus vidas. Si tanto aman sus cadenas, no condenen al otro con las suyas, pero si las quieren romper, entonces inicien con unas, y luego con otras, hasta que no quede ninguna.

—¡Silencio! —gritó desesperado Arnolfo—. Sus cadenas, como le dicen, se quedarán para siempre porque son incapaces de vivir. ¡Incapaces!

—Tengo fe en que no será siempre así.

—¡Entréguese a su hija! —gritó Arnolfo apuntando su pistola de metal frío en la frente de Antonio.

Este, erguido y con la mirada siempre firme, decidido a no entregarse a la burla ajena, apretó todo su cuerpo con la energía que le quedaba, y en un grito que aún se escucha en la naturaleza del mundo, respondió:

—¡JAMÁS!

El cuerpo de Antonio rebotó contra la tensión de este y el aire, una presión estalló sobre el espacio y todo el pueblo vio su cuerpo caer a la calle mientras la muerte se lo llevaba a la libertad que tanto tiempo perdió. Solo hubo sorpresa y silencio, nada más.

Arnolfo, aprovechando el desconcierto, se escabulló por en medio de las sombras, escuchando en su teléfono la voz de uno de sus ayudantes que le decía que ya tenían a la vista a la hija del hombre muerto. La voz de Arnolfo fue un hilo que llevaba la última indicación sobre lo que le quedaba de venganza: asesinar.



**Tengo fe en que no
será siempre así.**

III

Antes de que el padre muriera y que sus palabras condenaran a Arnolfo a su perdición, Ana seguía escondida esperando a su padre mientras el frío de la noche la abrazaba amablemente y con calma. Una luz que poco a poco iba creciendo le dio una esperanza a Ana, que rápidamente comprendió que no era su padre, pero sí un medio de comunicación que podía ayudarla.

Alzando las manos al aire y haciendo una señal de ayuda, silbó lo más fuerte que pudo en el lenguaje con el que se le comunicaba con su padre, que en teoría se encontraba a salvo. El carro que ahora se plantaba frente a Ana apagaba la luz de los focos iluminando con toda la potencia un pequeño espacio que, al asomarse ella, pudo comprobar que se trataba de un reporte de última hora.

Sin decir nada, la muchacha hablaba y comunicaba a todo el país la noticia, y la sorpresa se la llevó cuando se encontró diciendo unas palabras que ya no se reconocían en su mente, que pasó por un olvido que ahora parecía prolongarse con gran fuerza en su vida. No alcanzó a decir mucho, y lo último que iba a comunicar fue interrumpido, primero, por un disparo que sonó a lo lejos, y, segundo, por otros que llegaban de direcciones desconocidas, pero con tal precisión que a Ana no le quedó más camino que adentrarse en aquella selva oscura.

La broma no era graciosa ni era para reírse. La tragedia estaba desatada, y entre más se adentraba Ana en la selva, más podía escuchar en el silencio la voz de su padre con una palabra que reconoció en medio de un llanto lleno de impotencia: ¡Jamás!

El camino largo se presentaba como única salida, y las balas no daban oportunidad de regresar los pasos ya marcados en medio de una tierra que era de nadie, pero que todos gobernaban.

Pasaron dos semanas de persecución mientras Ana, con la presión de la muerte encima, recorría todo el campo verde que le ofrecía su mano, al tiempo que los hombres no dejaban de perseguirla con la intención clara de matarla.

La primera noche llegó hasta una casa abandonada que utilizó como refugio para dormir. Durante los días siguientes, tuvo que combinar su paso entre la selva y el llano y caminar y correr para sacar el mayor provecho marcado en sentido contrario, es decir, favoreciendo a los malvados mientras los buenos quedaban a la espera de que se revirtieran las cosas.

Pero, como se sabe, uno no puede esperar en el riesgo por más que signifique algo de valor real. No siempre las cosas les llegan a todos de la misma manera, y es por eso que una tanda larga de sueños se cumplen, pero otra, incluso más larga, simplemente se acalla y queda silente, sin entender nada, y, dicho sea de paso, sin posibilidad de hacer algo diferente a lo que se tiene.

Sintiendo entonces que algo peor daba rienda suelta a su desgracia, Ana supo que los espíritus, que tiempo atrás arremetieron contra sus antepasados, ahora, en ese largo verde que danzaba sobre una tela infinita de naturaleza, llegaban en forma familiar para condenarla a ella y a todos con los que se encontrara en el camino; sin esperanza alguna de que esto fuera a salir bien.

Así lo supo en la siguiente semana de su travesía, cuando algo que parecía una mujer se le presentó como su madre. Alegaba que le debía tanto a ella y, más aún, a la vida, que si esta no se entregaba a sus impulsos relativamente inofensivos, la condenaría a la peor de las desgracias a las que un ser vivo podría ser castigado.

Eludiendo con agilidad esos pequeños intervalos de locura, atribuidos a su largo caminar, la ayuda de un anciano le pareció ser la salvación de algo que se planteaba no terminaría nunca.

Faltaban aún unos cuantos días para poder llegar a la ciudad, donde allí, con el esfuerzo mayor que su padre siempre esperaba de la gente, Ana tenía la ilusión de ser salvada por unas manos desconocidas, pero unidas por el sentimiento natural de los seres humanos.

El anciano, que no tuvo tiempo para responderle a la joven con cordialidad y respeto, supo entonces preguntar solo unas cuantas cosas para después poner lo último que le quedaba en su noble corazón.

—Hija mía, ¿qué tanto daño te han hecho como para que parezcas tener en ti la muerte?! —preguntó el anciano al ver que la muchacha descansaba en el suelo de su humilde hogar.

—Ayer —respondió Ana con la voz trémula y cansada, como si no conociera ninguna otra palabra.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó el abuelo mientras se confundía más y más.

—Ayer —respondió Ana mirando hacia el suelo, como recuperando su lenguaje perdido.

—No logro entenderte, hija mía —murmulló el viejo mientras intentaba ser discreto con lo que no comprendía.

—Desde ayer me están persiguiendo para asesinarme —musitó Ana mientras agarraba al viejo por los hombros para que viera las lágrimas de sus ojos cansados.

—¿Quiénes? —preguntó azorado el abuelo mientras sus acciones mantenían la mayor cautela sobre el campo minado que ahora se enseñaba ante él.

—Ayer —volvió a decir la joven mientras sentía su cuerpo desvanecerse en el aire denso que respiraba con dificultad.

—¿Ayer qué, hija mía?

—Ayer mataron a mi pad... —dijo a medias Ana mientras la voz y el cuerpo se le iban en un desmayo que se prolongó hasta la mañana siguiente, cuando unos pasos parecían advertirla de su situación.

—Hija mía —murmulló el abuelo sobre el rincón en el que Ana miraba a los hombres que se acercaban—, te diré una sola cosa, y la única que necesitas saber al menos de mi parte. Nunca dejes de creer que existe gente buena, porque sí la hay, y somos más.

No te entregues a aquello que corrompe a los humanos, porque hoy he decidido juzgármela por ti, y aunque no te conozco, sé que tienes una vida más amplia que esta que ahora te acobia de mala manera. Ve por el camino de atrás y no dejes de correr. Allí encontrarás la estación de buses, toma el primero que puedas y vete lejos, donde tu corazón te llame.

Diciendo esto, un golpe seco y fuerte sonó perturbando el ambiente. Ana no pudo despedirse o decir nada. Simplemente emprendió su huida por el campo que ahora le enseñaba una bajada y, con ella, la estación de buses donde uno de ellos anunciaba en silencio el inicio de su trayecto.

El abuelo abrió la puerta y los hombres arremetieron contra él sin compasión. Querían ir directamente al grano, sin rodeos, a cualquier costa y sin importarles nada.

—Díganos dónde está la mujer —indicó uno de los hombres mientras que le apuntaba con una pistola a la cabeza del viejo.

—Ella ya no está aquí, hace mucho tiempo que se fue —respondió el abuelo sabiendo que dos respuestas más y terminarían por acabar con su vida.

Otro de los hombres, que sostenía en su mano derecha un teléfono, puso el altavoz mientras la voz de Arnolfo preguntaba con desesperación.

—¡Y si usted la dejó ir, sabrá por dónde se fue! Así que es mejor que nos diga y nos entregue a la mujer de una vez.

Como si la voz del muerto Antonio viajara hasta la del abuelo, que ahora estaba erguido a punto de responderle a la voz del teléfono, algo dentro de las cuestiones del universo ardía menos que la respuesta que Arnolfo escuchó:

—¡JAMÁS!

El sonido del disparo retumbó al unísono con el motor del bus que arrancaba con Ana dentro de él. Luego de saber lo que pasó, hizo la misma oración que su padre le había enseñado cuando un alma recién salida de su naturaleza material se disponía a viajar al lugar donde la esperan.

La encomendó a aquel Dios o lugar, a un espacio lleno de vida y justicia o de dolor y sufrimiento.

El sueño tomó el cuerpo de los viajeros que, mirando la repetición del llano que desaparecía de a poco en la constante de la ruta, se entregaron al descanso por no tener más que hacer. Ana estaba al lado de una mujer junto con su pequeño hijo recién nacido, que se dirigía hacia la ciudad para registrarlo como un ciudadano más.

Mirando el rostro dulce del pequeño, una sensación maternal le recorrió todo el cuerpo, y abriendo la ventana del bus que iba en marcha, vomitó el aire que tenía en su estómago. Un campesino viendo su mal estado de salud le ofreció su desayuno mientras observaba el rostro de la joven que pasaba de un amarillo pálido a ese tono natural que siempre ofrece la piel cuando se desnuda en medio del mundo.

Luego el sueño también acogió a Ana, que soñó viajando por un campo largo al lado de su amado y su padre.

En la copa de un árbol se encontró a un bebé que lloraba, mientras sus palabras, ininteligibles, se transformaban en una sola oración repetida y distorsionada una y otra vez:

—Madre, madre, madre.

El susto levantó a Ana de un impulso que controló a medias y que la hizo cabecear con la silla que tenía frente a ella. Cuando miró a su alrededor, la noche pintaba todo el cielo con su tonalidad sombría. Unos minutos después, el carro se varó por una llanta que ahora aflojaba hasta hacer flaquear a este de un solo lado mientras las otras tres lo mantenían.

El conductor, que se bajó para revisar el percance, se enteró entonces de que un disparo desinfló la llanta que ahora se acompañaba de la siguiente que estalló al tiempo que el peso del carro se suspendía hacia el lado donde se encontraba Ana. El comentario que alcanzó a pronunciar el conductor, para alarmar a todos, fue lo último que mencionó en su vida terrenal:

—Están disparando hacia ac...

El chorro de sangre del conductor se esparcía por toda la calle. Los gritos y la desesperación aumentaron cuando por la puerta de adelante unos hombres encapuchados preguntaban por la joven Ana.

La mujer, que con su hijo en brazos solo pudo decirle unas cuantas palabras, la lanzó por la puerta de atrás mientras oprimía el botón de emergencia para cerrar todas las puertas con un seguro que le garantizaba una protección a la joven que ahora corría en dirección al único lugar que podía ver.

—Estás embarazada. —Fueron las palabras que Ana escuchó mientras miraba por los cristales la desesperación del hombre y las balas que daban de lleno a los seguros que terminarían por ceder sin poder hacer más.

Llegando a la única esquina que sus piernas le indicaron, Ana se encontró con un montón de gente que se reunía a presenciar otro espectáculo que se daba de manera gratuita.

Cuando sus ojos encontraron una luz que se encendía para iluminar todo el espacio que tenía su mirada, el horror se hizo presente en los curiosos. Una voz, la única voz de toda la amalgama, dijo algo que parecía una broma a medias:

—Se mató don Arnolfo —fue la voz del desconcierto.

Las direcciones y las amenazas seguían su camino. Ana escuchó a medias las palabras, y no pudo reparar en las penas o en los sentimientos de libertad, porque, a pesar de que el hombre estaba muerto, la verdad era que aún sus marcas sobre la tierra desprendían

el olor suficiente como para que los lobos, que no tenían ninguna otra instrucción que no fuera la de asesinarla, calmarían sus ansias de muerte.

Un peso se liberaba de ella y la hacía medio volar con los pies en la tierra y, sin embargo, aún seguía con un paso lento que terminaría cuando menos se lo creyera, y el parar a escuchar llevaría como aviso la muerte temprana.

En el lado derecho de la casa, donde las luces iluminaban la muerte, la soledad jugueaba con unas sombras. Ana identificaba a unos hombres que, tomando el riesgo de que los descubrieran, arrancaron al paso de un camión que dejaba un humo gris.

Solo se podía vislumbrar unas intenciones y unos objetos de valor que parecían el tesoro secreto de un antiguo rey muerto. Encima del camión, una bolsa oscura brillaba mientras se alejaba, y Ana solo pudo escuchar la conversación de unas sombras que aseguraban que esa bolsa contenía el mayor tesoro de todos, y estaba perdida.

No pudo escuchar más porque su paso se perdió rápidamente con el del camión que gritaba, celebraba e insultaba a medida que todo acababa.

Unas cuantas balas rasantes dieron frente a las paredes que ejecutaban una encrucijada improvisada, donde Ana, sin darse cuenta, cayó rápidamente al pozo de la perdición, que de haber solo una cosa sería la esperanza. Las balas seguían y seguían apuntando incorrectamente, y la joven trepó un pequeño muro que se encontraba frente a ella y a la espalda de las sombras.

El camuflaje bajo las sombras, en medio de órdenes y alteración, le dieron el impulso suficiente para pasar a la avenida principal. Luego de correr y correr no le quedó más alternativa que guiarse por una sola luz que le daba de lleno en la cara, y que al paso reconoció. Era un hospital.

Al llegar a las puertas de este, alterada, Ana trató de entrar, y el vigilante, que desconfiaba de lo poco que entendía, solo abrió la puerta cuando un disparo le aflojó la cabeza de su cuerpo, que ahora caía en el suelo mientras Ana gritaba y corría por en medio de la gente que se encontraba en el lugar.

Entre todo tipo de personas y enfermedades, Ana sintió un leve cosquilleo en su alma que le indicó un lugar en donde no sabía lo que encontraría. El ambiente fue calentándose más hasta el punto de que todos corrían al ver las balas que iban de un solo lado, y que por mala suerte alcanzaban a una que otra persona que se lamentaba de morir.

Los trajes oscuros y de corbata, elegantes y pulcros, se manchaban cada vez más de sangre inocente que marcaba el camino de la desgracia. La joven se perdió unos cuantos momentos del radar, y la señal daba una misma línea que no se alteraba en ningún momento.

Fueron los murmullos y las palabras que se escucharon en voz baja las que dieron una esperanza a medias a la maldad. Los hombres entraron en la escena y las mujeres, llenas de terror, clamaban por sus vidas.

Después de dar órdenes y proferir insultos, solo quedó el individuo que parecía ser el líder. Uno de sus secuaces apuntó su arma a la cabeza de un joven aparentemente ausente.

Las víctimas no mostraban señales de alteración ni movimientos, pero cuando Ana salió de debajo de una camilla, se preparó para recibir un disparo.

El otro, buscando venganza por algunas mentiras, tenía su dedo en el gatillo, listo para disparar al joven que sufría extrañas alucinaciones.

Al unísono del disparo y de un movimiento inesperado, el hombre, que tanta sangre llevaba sobre su alma, yacía en el suelo que lo recibía como si llegara al infierno.

Luego de apaciguar los ánimos y de contar la historia a medias y sin ser tan exacta, Ana nuevamente rezó la oración que su padre le había enseñado en la niñez con una fe magistral.

Tomando los caminos de la salvación que se le ofrecían como única alternativa, Ana se despedía del resto de las víctimas como parte de una comedia que no iba a entender nunca. Dos arcadas le llegaron a su cuerpo, una como premoción y otra como vómito.

Al terminar de vaciar su estómago en el pasto del hospital, el paisaje que se ofrecía a todos estaba acompañado de un blanco con un grotesco rojo por todos los lados.

Un bebé apareció llorando en lo último y oscuro del pasillo, y luego la oscuridad le enseñó unos ojos que la miraban desde todos los lugares posibles.

Subiéndose al carro de la policía, un fuego le quemó la planta de los pies, y al sentarse supo que si viviera por un largo rato, la condena y la caída iban a ser largas.

Reconociendo la escena, Ana echó sus penas a un llanto que era vigilado con sumo cuidado.

—¡JAMÁS! —parecía responder la voz de su padre Antonio en el centro de su alma, al tiempo que Ana dormía.



CANTOS DE GRACIA SINCERA

Un abuelo abandonado en medio de una
ciudad que degrada su color y su esencia, y
una historia perdida en su memoria.

CANTOS DE GRACIA SINCERA

Juan Rodríguez

CANTOS DE GRACIA SINCERA

I

Cantaban alegres los colores de la vida que iban y se presentaban de casa en casa una vez al año. Trescientos sesenta y cinco tonos distribuidos exactamente en trescientos sesenta y cinco hogares. Cada uno, tan cercano a los primarios, resultaba ser una combinación diferente, y así llegaban a ser los necesarios, pero con características únicas.

Era tan preciso el arte de pintar una casa en un día, que Samuel, el hombre encargado de convivir, plasmar y dejar los colores en menos de veinticuatro horas, tenía trabajo todos los días del año sin importar mucho el significado o importancia de las fechas. Siempre, y así durante varios años, iniciaba su trabajo el primero de enero y lo terminaba el treinta y uno de diciembre.

Cada color, al ser único, tenía siempre algo para contar y, con esto, el hombre, que lo iba dejando de a poco en los lugares, se enteraba, quizás sin querer, de historias de amor, de felicidad, pero también de tristeza, de engaño y de horror. Entre los comentarios oía de todo, desde nacimientos hasta muertes.

Y la memoria parecía funcionar de tal manera que el cronograma que se marcaba al son del calendario iba imprimiendo también la ruta exacta que Samuel se sabía de memoria y que nunca llegó a perder. A veces las distancias eran largas, otras simplemente cortas, y así se la pasaba en ese trabajo que parecía ser la envidia de quienes en vida no supieron seleccionar bien el camino.

Por ejemplo, podemos decir que el primero de enero iniciaba pintando su casa de un azul mar que parecía iluminar en la noche. Al día siguiente, es decir, el dos de enero, seguía a la derecha por la ruta larga de los vecinos. Iba así, pintando y bajando cada vez más la tonalidad del color principal hasta llegar a un blanco que le señalaba que debía comenzar con un siguiente color.

Cuando la noche aparecía, se podía ver, desde cualquier avenida, un perfecto degradado que parecía como si un arcoíris saltara de una casa a otra. En las últimas fechas del año, que se iban al recuerdo, pintaba las casas de los vecinos de al frente.

Ahora con un rojo sangre que parecía bailar con los movimientos rápidos que hacían los vehículos y las personas al pasar. Siempre la técnica era la misma y se repetía sin perderse.

El treinta y uno de diciembre solo le quedaba la casa del vecino de al frente, y como la paleta se terminaba en ese mismo instante, el único color que no se había pintado nunca, y que no parecía llamar la atención de nadie, era evidentemente el color negro. El hombre, luego de una charla amena, pareció incrustársele en el corazón el color con el que la gente parecía definir su espíritu oculto, espíritu que, según sabían los mismos, era la pura realidad e intención de todas y cada una de las cosas del mismo.

Cuando Samuel terminaba de pintar minuciosamente y miraba hacia su casa, el azul mar parecía desaparecer, y al día siguiente sabía que volvería a pintar aquellas olas que tanta calma parecían darle.

El horario siempre era algo que no molestaba, pues algunas veces la demora iba de cuatro a cinco horas, y como mucho y exageración, a siete, pero no más allá de eso.

Así era como Samuel despertaba a las cuatro de la mañana, hacía lo que algunos catalogaban como la magia resplandeciente del espíritu, desayunaba junto con su señora esposa, se alistaba siempre con el mismo traje y, de a poco, comenzaba a llevar los colores a la casa que le correspondía.

En algunas le bastaba con su altura, en otras debía utilizar andamios, escaleras, sillas y demás. Las casas siempre quedaban con los detalles a flor de piel, y la gente parecía tomarse muy en serio la relación del color que se pintaba en su hogar con su vida cotidiana.

Entre las historias que Samuel escuchaba, podía identificar varias que se unificaban por algunas cuestiones que parecían llamarle la atención. Una de ellas era la de un niño soñador, que como premonición se decían entre las mismas paredes que algún día estaría condenado a vivir atado a aquello que solo podía definirse por su propio vivir.

Pero Samuel tuvo que esperar varios meses para escuchar lo que las paredes hablaban en su juego tímido de lo que ellas sabían que se aproximaba. Y cuando llegó, su compañera, la pared que protegía a los Rodríguez le confirmó la historia con cierto aire de terror y de felicidad, y que no sabía bien cómo interpretar.

En su pensar profundo, Samuel la arreglaba y pintaba con intenciones de que la energía se le renovara y así pudiera tener una mayor certeza en su confesión. Cuando lo estuvo casi que de manera completa, no pudo dejar de llorar por el resto de la tarde bañando su descanso hogareño junto con su esposa.

Y cuando esta le preguntó el porqué de su llanto, un escalofrío recorrió toda la casa y ambos ahora lloraban la pena muda.

Otra ocasión se dio en una tarde cuando el hombre volvió y abrazó con fuerza a su esposa, mientras que el tiempo trataba de decir más. Cuando los ánimos se apaciguaron y se menguaron en una calma a medias, se supo, como secreto de infortunio, que la familia quedaría condenada a conformarse siempre por dos, por más esfuerzo que se hiciera siempre serían dos y nada más que dos.

La esposa de Samuel, como se debía suponer, tuvo con anterioridad un accidente que la dejaba con unas secuelas que ahora parecían ser el recuerdo más doloroso que le quemara su ser, y junto con este, el de su esposo.

Las palabras que las paredes nunca fueron capaces de decirle a Samuel se quedaron en el olvido, porque la verdadera intención de quien su casa parecía tener el color de su alma cocinaba la peor receta que un hombre pudiera tener en sus manos como es la traición.

Pero hasta que a Samuel le llegara la trampa, la realidad es que todas las paredes cantaban junto con él en armonía y en paz, a tal punto que parecía la típica historia que se le cuenta a los niños pequeños para que en sus sueños se sientan en una calma que ni siquiera a sus propios padres les interesa del todo.

—Los colores que les pinto yo —cantó Samuel con alegría y esperó las repuestas que solo él escuchaba.

—Serán aquellos que duren en nosotros —contestaron las casas de la cuadra que tenían el turno.

—Lo suficiente como para existir —completaron las del siguiente turno.

—A la espera de otro año más —respondieron entonces las que ya se habían pintado.

—Para vestirnos de nuevo —cantaron en coro las primeras.

—Y vivir junto al hombre —dijeron todas al tiempo.

—Que ha de darnos todo aquello por lo que somos y parecemos estar felices —dijeron las de la mitad del conjunto.

—Un poco más cercanas a eso que llaman vida —respondieron alegres las que quedaron en el grupo restante.

Entre los susurros que a veces las personas no buscan, y que, sin embargo, por diversas circunstancias terminan por saber es mejor ser sordo. Porque no se sabe con exactitud con qué nivel de emociones rasantes las palabras viajeras llegan hasta las personas.

Aun así, si las oculta o las silencio termina siendo cómplice, y si las dice termina siendo un entrometido sin sentimientos. En el vaivén del medio, en el que casi nadie aguanta y es tan criticado, la realidad es que la razón de cada ser, vivo o muerto, lo llevará a tomar y permanecer en la línea que ha tomado, porque no se puede volver, pero tampoco hay forma de encontrarse.

Las paredes, como buenas amigas de Samuel, confirmaron una situación de gran envergadura en la que sus pasos se verían como unas minas que en cualquier momento terminarían por explotar. Entonces, ante tales comentarios que el hombre escuchó, por primera y única vez, dudó de todo aquello por lo cual los hacían.

Y a las paredes no les quedó más remedio que agachar la cabeza y aguantar lo que habían dicho. Desde luego, no con malas intenciones, sino simplemente para advertir lo que se aproximaba. El espíritu y la confianza de un hombre con su prójimo tiene un nivel alto que con la relación del día termina por relacionarse con aquello que parecía innegable.

En ese dudar hubo culpas imprecisas que viajaban de lado y lado, y la relación saltó hacia un borde de tierra que se desboronaba al paso que el aire daba como resultado un cuerpo inerte que viajaba contra el suelo, ya sin vida, pero, sobre todo, sin culpas.

Es el salto sin sensaciones, la liberación del alma, pero no todos están dispuestos a darlo, o ninguno quiere hacerlo. Esto es totalmente comprensible en la medida en que se evalúa el porqué, ya que en este puede prevalecer, quizás con más fuerza, el aferramiento del individuo a las cosas materiales.

Sin embargo, hay impulsos del corazón que laten al compás del tiempo, y no queda más que seguir la línea del vivir.

Porque somos, estamos, y, sobre todo, no queremos cambiar aquella imagen que por mucho tiempo se ha reflejado en el espejo de los demás. Y que cuando encuentran la presencia vacía, algunos comienzan a festejar, y a otros no les queda más que recurrir a las artimañas y manías que los impulsan a ver no solo el espejo vacío, sino, también, que está hecho mil pedazos, y, por lo tanto, que no refleja nada.

Los meses parecían llegar con tanta rapidez que asustaron a Samuel, pero con el tiempo supo reconocerla como parte de sí mismo. Lo que no pudo reconocer fue el tamaño del susto que muchas veces le obligaba a hacer intervalos en su trabajo, en los que debía parar para luego continuar.

Más que nada porque parecía desconocer si en realidad lo que sabía iba a pasar o no. Y como las paredes no entienden los sentimientos humanos, a ellas no les quedó más que seguir ahí, frente a su buen amigo, mientras que este las bañaba de colores en unos cantos alegres en los que todos participaban.

Cuando quedaban en la levedad insoportable de los últimos días, antes de llegar al 31 de diciembre, a Samuel una serie de sucesos parecieron llegarle de lleno a tal punto que parecía estar atrapado sin salvación alguna.

La fiebre llegó de buenas a primeras. En un principio se creyó y se culpó que se debía al sol, que por esos mismos días parecía pegar e imponerse más fuerte que nunca. Pero la temperatura seguía en la noche cuando el frío no daba tregua a nada, y una severa preocupación pasó por entre los esposos, pues era la primera vez, desde que se casaron, que una enfermedad parecía adueñarse de una parte del cuerpo de Samuel.

Los síntomas no daban paso a nada, y su estancia se parecía a la de los extranjeros en un país que no conocen, pero que la xenofobia obliga a someterse a las más duras penas que los nativos tienen para controlar de manera invisible todo lo que los define como dueños de nada.

Como un desencadenamiento de la fiebre, y después de tomar medicamentos para hacerle control, ese 31 de diciembre sería el día que seguramente recordaría Samuel para siempre, porque tomaba conciencia de que ya la vida terminaba para él de la peor forma posible. Y no estaba muy lejos de la realidad, que parecía jugar a ignorarlo.

Su esposa, cansada de la situación y suponiendo lo peor, se dijo a sí misma que su esposo estaba en los últimos hilos de su vida. Por lo tanto, lo que sería una celebración familiar, en realidad ahora se comportaba como un episodio de la vida en el que el terror abrumaba a los frágiles.

Sabiendo muy bien Samuel que su esposa, en teoría, nunca lo quiso, que estaba con él más por obligación, la respuesta pareció llegar más rápido que la propia muerte que al menos, a diferencia de la mujer con la que se casó por obligación para hacer negocios familiares, tenía algo de compasión por él.

Los hechos de la boda fueron tan confusos que simplemente ambos recuerdan que un día estaban viviendo juntos sin saberlo, y que cuando las preguntas surgieron, el sol parecía haber tomado un rumbo distinto. Desde ese momento, los sentimientos parecían marcarse con el vivir, pero las dudas y la inseguridad hicieron más fuerza obligando al hombre a caer al precipicio.

Cuando intentó recordar con un esfuerzo mayor al común la fecha exacta en la que aquella mujer apareció en su vida, ya el telón no estaba y el espectáculo daba inicio con el nombre que anunciaba el drama de la función.

II

La mujer, mostrando algo de tranquilidad con lo que al parecer era su último sentimiento por el hombre, le organizó todo lo que pudo y, alejándose para buscar su verdadero amor, cerró la puerta al tiempo que Samuel despertaba del sueño, y había sentido la peor de las sensaciones que se tienen en la vida, y es la del abandono mezclada con indiferencia y sin respuesta.

Cuando supo definitivamente la situación, no le quedó más que llorar unas lágrimas que se evaporaron con el calor de su cuerpo, su melancolía no era más que transparencia pura y reflejada de su corazón.

Se dijo para sí mismo que la había querido lo suficiente, y que si ella no lo había notado era en parte por su soberbia, o porque, quizás, su corazón ya tenía un amante que visitaba, a escondidas y a la espera justa, en el tiempo en el que Samuel trabajaba.

No hizo injurias ni tampoco tuvo sentimientos de reproche contra la mujer que ahora solo quedaba en la ausencia, pues sabía que en cierto modo siempre fue buena con él, y que eso, por mucho tiempo, parecía dejarlo en la atmósfera amena de las relaciones que se dan sin tener exactamente un profundo vínculo.

Porque el hombre puede querer y odiar a una persona al mismo tiempo, y no sabrá si la odia más o la quiere más hasta que las situaciones son alteradas al punto de verlas a flor de piel.

Con la fiebre y el malestar se dijo para sí mismo, como promesa, que ese día sería el último de su trabajo.

Pero lo que no se dijo es que la decisión no la había tomado en ese preciso instante, sino que ya estaba desde hacía rato, y el reloj, sonando justo en el momento del despertar, parecía no tener más objetivos que el de caer en el olvido.

Al poner un pie en el suelo, un movimiento lento, que luego se transformó en fuerte y brusco, hizo caer a Samuel de nuevo en su lecho. Y cuando intentó pararse se dio cuenta de que no se podía mover en lo absoluto.

Esperó un largo rato y pudo moverse con ciertas limitaciones que parecían indicarle cuál sería la ruta de su día, la que aceptó más por obligación que por el propio deber obtenido de haber nacido hacía mucho tiempo. Al llegar a la mesita de madera, en la cocina, no pudo evitar llorar en silencio al recordar lo acontecido en los días pasados.

Mientras más se acercaba Samuel a terminar el degradado de los colores, más parecía no entender nada. En los primeros días, el retraso en la entrega del trabajo era de unos cuantos minutos. Después fue de unas horas, que se las llevaba la tarde como si todo fuera exactamente igual.

La gente, como estaba festejando el fin de año y el inicio del nuevo, no le dio tanta importancia a los detalles que el hombre hacía inconscientemente con el fin de rescatarse.

Al llegar a la casa las cosas parecían ir de mal en peor. Era como si su hogar ahora tomara el papel de encerrarlo en una jaula, que lo limitaba a hacer ciertas cosas que parecía no comprender.

Su esposa, decidida a ayudarlo, no tardó en comprender que el hueco parecía no tener fin, y que si su mano se sujetaba de la del hombre, no le quedaría más que aguantar el frío del oscuro baile de las consecuencias. Todo iba en una caída lenta, pero de los últimos tres días no quedaba nada para hacer, y el aguante se rompía como era de esperarse, y lo ya contado. Esto, como es de saberse, había sucedido antes del claro abandono, y se había convertido en el recuerdo que desencadenaba todas las consecuencias de la historia que se venía encima.

Cada acción simple que el humano puede hacer, a Samuel parecía abrumarlo, y ni con la mayor de las fuerzas podía salir de la jaula azotada por la soledad.

A veces, incluso, parecía repetir un simple movimiento cincuenta veces, hasta que su conciencia le decía que ya lo había hecho en el intento cincuenta, y no en los cuarenta y nueve restantes.

Como era de esperarse, Samuel tuvo una caída de fuerzas y el cuerpo parecía desplomarse internamente con cualquier situación. Otro caso fue cuando tuvo que bañarse veinte veces hasta saber que estaba completamente limpio.

Comía en el día unas treinta veces y otras treinta llegaban en la noche, como si la mente fuera una máquina automática que solo repetía y repetía sin saber que con una sola acción bastaba para un solo elemento. Pero para el caso de Samuel no era así, y los parpadeos oscilaban entre los trescientos y los quinientos en solo un minuto.

La saliva parecía tener el mismo camino, y por eso muchas veces sentía sed y la boca reseca, por lo que llegaba a tomar, incluso, hasta diez litros de agua en un solo día.

La condena parecía divertirse a su antojo individual. Lo cierto fue que Samuel, rápidamente, como una respuesta natural de su cuerpo, envejecía a tal punto que llegaba a decaer en un día lo que un bebé logra transfigurarse en un mes.

Las canas tempranas, los dolores constantes y la pena parecían atarlo a ser la interrupción de otro hombre totalmente diferente al que conocía. En las palabras era exactamente lo mismo, repetir las vocales una por una de un solo intento le tomaba entonces hacerlo en diez. Decir una simple oración le tomaba incluso minutos.

Sin embargo, y con todo en contra, existía algo que mantenía al hombre en línea, era una raya que no lo dejaba caer hacia ningún lado.

El pintar lo salvaba, lo calmaba y muchas veces parecía ser un niño pequeño en brazos de su madre que lo arrullaba al canto de las voces sentimentales. Los colores y las paredes, desde siempre sus amigas, le daban esa calma que necesitaba.

Como si fuera un enfrentamiento de violencia constante y a campo abierto, Samuel pintaba y pintaba sin perder el pulso ni su capacidad. Pintaba a sus amigas, que sabían que sería la última vez que el hombre las vestiría para mantenerlas siempre vivas y llenas de una sensación inexplicable para cualquiera.

La tranquilidad de los adversarios parecía alterarse una vez más, y con intención de terminar de una vez por todas aquello que comenzó sin previo aviso, Samuel se alistó lo más rápido que pudo.

Sin saberlo, comió su desayuno dos veces, parpadeó unas tres mil, caminó por la casa los mismos caminos diez veces, se miró en el espejo unas cuarenta veces, y al fin, con todo en su contra y nada a su favor, salió a la calle que parecía tener síntomas de una

enfermedad que se combinaba con la alegría de terminar aquello que tanto tiempo lo convirtió en lo que era.

El heroísmo no llegaba, entonces, con un banquete con comida por montones y gente que disfrutaba y celebraba el logro. La mala suerte o la realidad son cuestiones que solo parecen resolverse con el enfrentamiento vivo.

Justo ahora, en la calle, el golpe contrario dio más fuerte que cualquiera. Una vez parpadeó dos veces en una sola, y se dio cuenta de que no sabía quién era, qué hacía o tan siquiera alguna razón del vivir. Tragando saliva y escuchando el sonido emitido por la garganta, una centella ahora salía de la jaula y le decía la dirección en la que su corazón debía correr.

Así lo hizo el pobre Samuel, que se perdía entre los colores de las casas. Dos segundos después, y el camino se hizo una travesía doble, el umbral de la esquina aparecía cien veces por donde quisiera verlo. Con las canecas de pintura en ambas manos, giró unos momentos sobre su propio eje y ahora un solo camino se presentaba con una limitación que se extendía por donde se viera.

Cuando Samuel llegó a la esquina, donde suponía estaba la casa del último trabajo, se desplomó y el golpe fue ignorado por quienes, en medio de la alegría, gozaban exactamente el mismo día en que Samuel parecía morir. En el suelo, con la sangre en el rostro y con unos hematomas sobre la piel, y sintiendo la indiferencia, Samuel lloró.

Lloraba por haber perdido el amor y porque nadie parecía ayudarlo en ese momento de dolor. Las lágrimas se repetían al saber que estaba solo y un conjunto de emociones negativas se apoderaba de él, al ver que la magia desaparecía y que estaba invadido por una sensación de pérdida total de todo lo que conocía: las calles, las paredes, los colores y los sentimientos.

No quedándole más alternativa que aquella de seguir, se levantó mientras los colores le invadían todo su cuerpo, apenas le quedó para el trabajo del día. Por un largo rato caminó y caminó, pero no encontró nada.

Luego intentó comunicarse con las paredes, pero tampoco hubo respuesta. Lo hizo con Dios, y parecía estar escondido, o, quizás, indiferente. Una amalgama infinita invadió su corazón, y las últimas lágrimas que tenía las usó para llorar por su hermano mayor, Aurelio.

Aurelio y Samuel habían nacido en una familia campesina a lo lejos de la ciudad. Como todos los niños que tienen un hermano menor, Aurelio le mostraba a Samuel la naturaleza. Se les veía corretear a las gallinas, dormir con los perros en la noche e imitar a los gatos en las mañanas.

Los regalos, los cumpleaños, la educación, todo, o la gran mayoría, los habían compartido juntos. Siempre les faltó de todo, y las situaciones precarias que pasaban las hacían desde el amor que cada uno se tenía y ofrecía. Todo faltaba y, a la vez, nada. El sentimiento fue más grande que aquello que les invadió el corazón en medio del vivir.

Pero los hermanos, por muy lejos que estén o muy condenados que parezcan estar en la vida, siempre serán el recuerdo más hermoso que un niño puede tener, porque un hermano es un amigo, pero también es, en cierta medida, un complemento que se imparte con tal de saber que esos dos seres no son muy diferentes, y que, por el contrario, no habría lazo o castigo capaz de derrumbar aquella relación que mantiene siempre unidos a los hermanos.

Una tarde confusa, entre la amalgama de la gente y las vidas, Samuel tuvo que ver a su hermano Aurelio partir en cierto punto con unos hombres que ambos desconocían.

El pequeño, y hermano menor, lloraba mientras que el mayor no cabía de la dicha al enterarse de que se iba a encargar de llevar unas cadenas que de a poco liberarían a las personas. Samuel lo vio como un héroe y quiso, con toda certeza, ser testigo de su fe. Se contemplaron por última vez, y en esa mirada de cómplices los pequeños se juraron encontrarse en vida.

Mientras tanto, Samuel siempre pintaría la vida con los detalles y colores más hermosos, y su hermano, Aurelio, la liberaría para que el pequeño pudiera complementar aquello que nace propiamente del ser libre. Un último abrazo y la despedida. Allá, a lo lejos, fue el último recuerdo que ambos hermanos tuvieron, y donde se alejaron físicamente.

Siempre llevarían con orgullo el recuerdo y la promesa de aquella tarde cuando unos reían y otros celebraban, mientras los dos pequeños quedaban en los recuerdos de lo vivido, y a la espera de un encuentro que no se dio jamás.

El desconcierto de lo que ahora se presentaba frente a todas las personas paralizó severamente y, en cierta medida, rompió ese ensimismamiento que cada uno se cargaba con el olvido de lo que sería el resto del tiempo. Los niños y niñas no alcanzaban a apreciar la escena.

La repercusión fue tal que aquel que no se hubiera enterado de lo que aconteció con el pobre Samuel era porque, o vivía bajo una caverna, o el corazón no le daba para manifestar unos sentimientos que se exponían con gran ímpetu y valor.

Mucho antes de que la gente se enterara de lo que ahora sucedía, un hombre, en medio de las sombras y saliendo de los más hostiles pozos del ser humano, celebraba el plan que parecía que tuviera un resultado efectivo.

Mientras miraba a su víctima llegar al borde de la espera, lo vio caer frente al suelo. El cuerpo parecía no tener ninguna reacción en especial.

—Espero me disculpe desde lo más profundo de su ser, y que sepa perdonarme —manifestó el hombre que revelaba su identidad a unas ausencias que parecían aplaudirle. José.

III

El impacto que generó tal situación sobre la gente fue a gran escala. Aquel 31 de diciembre, personas de todas las edades celebraron junto con Samuel la fecha que poco a poco se alejaba a la espera de un año más. La situación se debió en parte a la hipocresía de las masas, pero había algo más detrás: la compañía que se encuentra en medio de la soledad. Esta compañía es muy bien recibida, ya que nadie quiere andar siempre solo y no se trata de un castigo.

La esposa de Samuel nunca más apareció, pero por unas voces que trasladaban las palabras por las calles se supo que se había casado de nuevo y que era muy feliz. Samuel no cabía de la dicha y lo prefería así, pues la compañía no vale cuando es obligada y de esta habrá algo mejor para brindar. Eran tantos los pequeños que celebraban y cantaban, que Samuel sabía que cada uno representaba una casa de todas las que había pintado como único trabajo en su vida.

Vio por primera vez los muros desplazarse con algo que parecía recordar, y supo, entonces, que esa libertad de la que ahora gozaban sería infinita a medida que los niños crecieran y dejaran de soñar.

Durante los siguientes meses, y quizás algún año colado de por medio, Samuel solo pudo ver a sus compañeras con los trajes antiguos que los gastaban con orgullo hasta

su último uso. Luego de eso, todo parecía estar pintado bajo el velo de una penumbra pusilánime y pálida que en otro tiempo no hubiera animado a nada ni a nadie.

Sus compañeras se despidieron una por una, y solo le quedó flotar en el aire con unos recuerdos secos que necesitaban llenarse de nuevo, pero ya no se podía, no había agua que los hidratara, o que les permitiera si quiera volver a vivir en el vaivén de las probabilidades.

El trastorno y la situación de salud de Samuel siempre permanecía en el límite. Y como en una especie de sufrimiento, le quedó ver pasar los días, las mañanas y las noches, ahí, sentado, aguardando algo que él sabía jamás volvería.

A la par de la espera, la vejez parecía tomarse el campo abierto y llenarlo de sí misma. Cada día Samuel, al verse en el espejo, se preguntaba si tendría el valor para tener, aunque fuera por última vez, una experiencia que lo acercara a rozar aquello que se definía mediante la sensación de estar vivos. Pensó en esto como un milagro, y no sucedió de repente.

La espera fue larga, pero al fin llegó.

Una tarde confusa, en medio de tanto de lo mismo, una alteración parecía provenir de la avenida. Cuando Samuel intentó vagamente buscar la forma de levantarse del borde su cama, solo el aire suspendido lo dejó detallar a medias lo que acontecía allá arriba.

Como las piernas ya no le servían y la fuerza de las repeticiones se agotaba en un parpadeo, se aferró con fuerza de la ventana traslúcida, pero tuvo la sensación de agarrarse firmemente del aire y no a los barrotes del falso metal.

Con los ojos fijos sobre la suspensión, solo pudo apreciar que ahora la escena se movía rápidamente por donde su presencia era identificada. Caído ya en la cama, pudo escuchar unos insultos y gritos que resonaban en el eco de su casa vacía. Segundos después, le pareció oler la muerte que pasaba por su lado, y cuando intentó agarrarse de esta se dio cuenta de que ya era de noche.

El camión, que pasaba a gran velocidad, le abofeteó el rostro con suavidad, desapareciendo sin rastro entre las masas oscuras y deformes. En medio de todo, a Samuel le pareció ver una bolsa negra frente a sus ojos, y cuando intentó agarrarla, su fuerza lo traicionó y cayó al suelo en un golpe seco que nadie escuchó.

En el suelo y sin energías, la única alternativa que se hizo presente fue la de gatear. Intentó desplazarse a medias por entre la oscuridad, pero no pudo ni con el mayor de los esfuerzos.

Lo intentó una vez más, y parecía una parada de ruido silente en medio de la bulla ajena. Samuel en el suelo estiró todo su cuerpo, como si fuera de concreto o de goma, y con gran facilidad rodó hasta llegar al objeto que ahora palpaba con ambas manos.

Una duda hizo pie en los inicios, pues la bolsa parecía estar vacía, pero cuando intentó levantarla se dio cuenta de que pesaba, incluso, más que él mismo. Se preguntó, entonces, qué podía pesar más que un hombre en un espacio tan reducido a comparación de su peso.

Los insultos parecieron rodar calles abajo pusilánimes y realmente sin ningún sentido. No se escucharon más.

Como pudo, Samuel, en medio de su inamovilidad, agarró la bolsa y junto a esta aprovechó su peso para girar mientras se miraba subir y bajar por un largo rato. Ya frente a la cama agarró con sus dos manos la sábana que la vestía, y por un momento pareció resbalar e irse directamente al suelo con el peso de la bolsa y todo.

Un instante antes de la caída, la sábana parecía estar en su límite, el peso de la bolsa titubeó y se puso sobre esta al tiempo que Samuel se aferraba para subir sin importarle exactamente si se demoraba toda la noche, en realidad desde hacía mucho que el pasar del tiempo lo tenía sin cuidado.

Pero el sueño pudo más, y ahí, sentado, y con el cuerpo suspendido en el dormitar del aire, Samuel terminó vencido. A la mañana siguiente despertó cuando la naturaleza comenzaba a comunicarse por medio de sus estratagemas ocultas, pero siempre visibles y dispuestas a todo.

En adelante Samuel tuvo unas cuantas repeticiones de momentos: dormía y despertaba, dormía y despertaba, despertaba y dormía. Pasó una hora hasta que fin la luz del sol le dio en los pies y la sintió traspasar enteramente su piel. Sintiendo que su cuerpo ardía un poco, recordó aquella época de la fiebre, la que pareció ser simplemente una mala manera de hacer rendir a un hombre que nunca había doblegado su valor.

Al tocar la bolsa con sus manos, daba la impresión de tener un tesoro. Como Samuel nunca tuvo la oportunidad de aprender sobre tesoros ni de bolsas ni mucho menos de nudos, le quedaba la sensación de estar tocando algo desconocido a pesar de que eso

tuviera una descripción de por sí. Durante días intentó descifrar aquel misterio que pasaba por sus manos, pero por más que lo intentó simplemente no pudo.

Un día, en medio de la desesperación, agarró el nudo con las manos y le hizo tanta fuerza que simplemente lo reforzó lo más que pudo. Samuel sabía que hay cosas que nunca se dicen, pero que siempre se saben y cosas que siempre se dicen, pero que nunca se saben. Trató de todas las formas de abrir la bolsa, pero falló en el intento.

La única opción efectiva que tuvo con la bolsa negra fue utilizarla de almohada, pues le resultaba más cómoda que cualquiera que hubiese tenido antes. No supo entonces que, gracias a esta acción, prontamente su dormir se fue invadiendo de sueños que parecían tener más relación con la realidad que con la propia que estaba viviendo.

En aquellos cortos instantes, pudo recordar cosas de su niñez, de su vida como adolescente y luego como hombre del porvenir pasado, que ya no se identificaba con nada.

Los recuerdos bailaban lentamente mientras las personas aparecían una por una: su hermano, su madre, su padre, sus abuelos y la vida junto con los animales en el campo. Pero todo se quedaba ligado a lo vivido, y nunca pudo identificar más allá de lo que quería. Por más que lo intentaba, parecía mortificarle el hecho de ver las mismas escenas una y otra vez, sin parar por un momento.

Dejó la bolsa negra junto con su contenido debajo de la cama, y los sueños, en gran medida, terminaron por desaparecer junto con el reingreso del vivir presente.

Una tarde, después de dejar el dilema de los sueños y las mortificaciones, a la casa de Samuel llegaron dos personas, un hombre y una mujer, que lo saludaban con tal aprecio y respeto hacia su presencia, que Samuel tuvo que parpadear y tragar saliva tres veces para poder asimilar tal situación.

—Un gusto, señor Samuel... —saludó con duda y euforia la voz masculina a la espera de la respuesta para continuar con su conversación.

—Solo sé que me llamo Samuel —respondió el abuelo con actitud bonachona que agradaba de cierta manera el ambiente enrarecido.

—Somos Santiago y Juliana —respondieron los dos jóvenes que se alegraban de encontrar al viejo.

—Las sorpresas que me da la vida como su conversación el día de hoy me es suficiente como para descansar definitivamente —comentó el abuelo en una conversación que parecía ser solo de él.

Cuando se percató de lo dicho, solo pudo alzar los hombros y pedir disculpas por las palabras.

—No hace falta que pida disculpas si está hablando desde el corazón —respondió ahora la muchacha que se agachaba para tocar las suaves manos del hombre quieto.

Esta sensación hizo que Samuel se sintiera en paz, y solo pudo dejar escapar lágrimas que marcaban el suelo lleno de polvo y olvido.

—Quizás esta noticia le alegre un poco más el corazón —replicó el muchacho poniendo sus manos en los hombros del viejo.

—Hay un recuerdo que así lo hace, pero es imposible vivir la vida de ellos —dijo el abuelo dejando guiar su mirada serena hacia la calle.

Recordó que siempre le dijeron que, sin importar las circunstancias de la vida, él y la mujer, que había sido su esposa, se verían acompañados de tal manera que siempre serían dos los que compartirían su vivir. Con dificultad entrevió en el umbral a un joven con cara de cansancio e intranquilidad.

Samuel no pronunció palabra alguna, pero sabía quién era aquel chico que se presentaba ante él. Samuel no sabía exactamente la procedencia del joven, o su vínculo familiar, y cuando se lo fueron a explicar, pareció definírsele otra cosa que venía al caso, pero con una velocidad que no se podía controlar a cuenta propia.

El rostro del joven se configuraba de tal manera que los recuerdos de la niñez parecían volver, y no por medio del recuerdo ni del sueño ni de la almohada. Era una sensación difícil de explicar.

Lo único cierto era que veía frente a él, y sin saberlo muy bien, el rostro de su hermano Aurelio, que una vez le prometió volver. Le exigió, entonces, a los jóvenes que volvieran a explicarle, pero lo mismo pasó.

Solo le quedó a Samuel saber que desde ese día no estaba solo y que su soledad, ahora, sería compartida con el que tantos sentimientos le generaba, como si pequeñas flores nacieran en él para quedarse.

Con el paso de los días y de las semanas, la relación del abuelo y el joven parecía formarse muy bien. Se pasaban largos ratos, entre ambos, siempre pendientes de cualquier circunstancia que se presentara para interrumpir hostilmente. Fue así como ambos terminaron por saber en su mayoría lo que cada uno era y pensaba.

Ninguno llegaba a un punto de confianza como para revelar más allá de lo que el corazón pudiera aflojar por la costumbre. Solo pasaron así unas semanas en la misma casa que ahora se dividía en dos. En realidad siempre estaba dividida en dos, solo que ahora la soledad parecía sentir pena al punto de alejarse.

El abuelo sabía que el joven hacía cosas a sus espaldas, pero nunca llegó a preguntarle, porque lo asimiló con facilidad, y como él lo creía, eran cosas de la juventud. Qué equivocación más grande e ignorante.

La calma parecía tener una representación bonachona en la relación entre el abuelo y el joven. Ahí se quedó, traslúcida, y siempre presente un rato largo hasta que los hombres hicieron girar el papel de la vida que estaba diseñado para ser así, y que ya no se podía revertir.

Iban quedando entonces menos y menos cartas. Cuando la baraja se acabó, un tambor sonó anunciando el caos que se desataba como perro rabioso y dócil a las órdenes que la violencia le dictaminara.

IV

En el umbral, donde se dibujaban figuras de todas las formas, tamaños y colores, una noche, cuando el dormir parecía el vivir, Samuel andaba despierto viendo hacia la calle que no tenía nada de diferente.

El joven, Daniel, ya descansaba en la cama y solo quedaba la figura de la existencia, que rápidamente fue arremetida por dos figuras: una cómplice y la otra, la que jamás se pudo olvidar. Se trataba de José con un acompañante que no parecía identificarse al desconcierto de la burla que ambos ejecutaban a traición.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, vieron que la puerta del apartamento que dividía la casa en dos se hallaba cerrada. Pero ahí, en ese pequeño compartimento entre la cerradura y la puerta, se encontraba Samuel que oía atento la conversación de los dos tipos.

—No está, o, al menos, yo no lo veo —advirtió la voz cómplice acercándose cada vez más y más.

—Seguro que está, no lo dude. Lo que pasa es que hace tiempo no caminaba por acá, y, al parecer, las calles siempre parecen ser iguales, pero hay algo que las modifica, que hace variar las rutas que elegimos al caminar por ellas —respondió José en un susurro que se dormía y se alejaba en medio de la oscuridad.

Las semanas siguientes, Samuel y Daniel se la pasaron paseando por el barrio. Era la primera vez, quizás en años, que el abuelo recorría las calles. Las casas hacía rato llevaban resignación en su vestir, y, como resultado, una catástrofe parecía haber comenzado sin fin.

Ya ninguna comunicaba nada, y, por el contrario, daban a todos sus dueños la sensación de ser las mismas copias exactas. O quizás la copia, de la copia, de la copia, de la copia.

Pasando por el parque el paisaje cambiaba. Los árboles, el pasto, la gente, todo parecía tener un aroma que se percibía como una gran pérdida que se lamentaría a futuro, justo cuando nadie estuviera preparado para afrontar los designios del universo y las cortas minorías.

Fueron semanas de viajes largos, y Daniel, junto con su abuelo, parecía resguardarse de un algo que parecía abrumarlo hasta el punto de hacerlo desaparecer por varias horas seguidas, y siempre volvía con la misma excusa que no se la creía ni él.

Una tarde de esas en que los hombres parecen estar relacionados a un algo fijo que se mueve a lo largo del día, Samuel se encontraba en el borde de la cama. Daniel llevaba días sin aparecer y la preocupación hizo un hilo que tiró de sus peores emociones que terminaron por condenar al joven desaparecido en medio de las cosas cotidianas.

Esperando con paciencia en el borde de su cama, José y su acompañante volvieron a hacer presencia, y entonces el abuelo se sentía preparado para responderles a bocajarro con tal de mandarlos al carajo, pero con el corazón. Mientras José conversaba con el viejo y pedía disculpas de corazón, el otro hombre se guiaba con una mirada inquieta, que parecía estar en búsqueda de un algo que no parecía hallar.

Al rato el plan se desboronó y solo quedó la incomodidad que la escena producía. Daniel aparecía por la parte trasera de los hombres y los cuestionó rápidamente cuando supo que tenían una intención clara con unos objetivos que los someterían al riesgo. Los presentes escucharon expectantes las palabras de odio que José decía desencadenando ahora toda la tela del teatro.

—Mire, culicagado, pasé junto con mi amigo cuatro años en la cárcel por una pena que era de cuatro y no de dos. No se haga un mal, y mejor quédese callado que así se ve más bonito. Gracias.

Al reto de la vela, ahora era cuestión de segundos para que la pólvora explotara. Frente a frente el joven defendía a su abuelo (solo él, Santiago y Juliana lo sabían) con una postura de fiera que parecía sacada del peor de los infiernos. José no avisó siquiera y le dio un golpe en la cara al joven que lo dejó en el suelo en una línea de sangre que se tambaleaba en proyección al camino que ya no tenía fin para nadie.

Antes de continuar, Daniel ya se encontraba masacrando a José en medio de golpes que no parecían ser muy amigables por sus expresiones. El amigo de José, Rafael, no tuvo más opción que coger como pudo a su compañero y desaparecer por aquellas calles que los habían llevado hacia esa dirección.

Daniel no lo sabía, pero saldaba una cuenta ahora en ceros para todos. El que la debía pagar se excusaba sintiendo cosas que eran frágiles frente a la verdad que el corazón quería expresar. El corazón no es malo, es malo quien lo posee, y hace de este la peor trampa para todos. Un engaño que se convierte en colectivo y el muro cae sin más.

—¡La venganza será inevitable! —aseguró al fondo José.

Razón no le faltó, y las artimañas que empleó para buscar la terrible venganza sobrepasaban toda expectativa en cualquier sentido en el que se pudiera explicar. Fue así como José, siendo un experto en materia de engaños, decidió jugarla toda a la única cosa que todo ser humano se puede aferrar cuando la vida parece no tomar el camino adecuado, y eso es la fe.

Tanto si se trata de las religiones como el mero hecho de creer en el poder de las cosas que “giran” en nuestro entorno, nadie puede negar, según se sabe, que la fe ha sido siempre y será ese intervalo donde ponemos todo lo que somos a la espera de que las situaciones cambien para mejor.

Pero cuando un hombre manipula la fe del otro se está condenando, sin saberlo, a unas cadenas frías que terminarán por acabar con todo aquello que se ha construido con el vivir.

Cómplices que aman las cadenas del condenado deciden, como todo ignorante, seguir el juego que con intensión los manipula a su antojo, maniobra que no es más dócil que aquella que se sabe comienza desde la voluntad y el miedo.

En los siguientes días de plena calma el plan parecía comenzar. En primera instancia, José, que aún sentía el dolor de los golpes, se hacía siempre en la esquina más alejada para ver a los esclavos del vivir funcionar como peones del ajedrez, donde el jaque mate es más preciso que las jugadas cuando se ven, no sirven o ya no están.

Tal es el sentido propio de la manipulación del individuo, que con la costumbre termina por acoplarse a aquello que sabe que es falso, pero que comienza a determinar sobre esta cierta verdad superflua, que no tiene una dirección precisa como para pensar si existe, y como no lo es, simplemente queda a la deriva a la espera de que todo quede configurado como una costumbre.

Las falsas monjas del quinto mamarracho entraban en acción. Vestidas y bañadas por la “salvación divina” comenzaron por empatizar con el abuelo que se perdía cada vez más en un pensamiento solitario.

Una vez tuvieron la suficiente confianza y analizaron la situación, supieron rápidamente que la única forma de completar el macabro plan era, o no hacer algo al respecto de su situación real y actual, o asesinar al hombre que tenían en frente. De otra manera, las posibilidades parecían ser lejanas, y casi inexistentes.

—¡Dios mío, padre, sálvanos del mal! —fueron las primeras palabras falsas (de la monja líder) que se escucharon en la conversación que parecía replicarse en el vacío.

—¿Qué sucede? —respondió entonces el abuelo con las palabras en medio camino de la repetición.

—Hijo mío, padre mío, abuelo mío, tú estás viviendo un infierno del que pareces no poder salir.

—El infierno es una mentira, solo creo en Dios.

—¡Sorpresa! Si crees en el bien, crees en el mal.

—Pues no creo en el mal.

—Abuelo mío, padre mío, pero si estás viviendo en pleno infierno. ¿Es que no lo ves?

—¿Cuál infierno vivo yo, si siempre he estado forzado a ser un hombre muy agradecido?

—Esta vida te hace burlas, padre mío, Dios mío, señor, sálvalo.

—No veo el mal por ninguna parte.

—Es que el mal no se puede ver con los ojos de la cara —pausa—. Dios mío, padre mío, solo con los ojos del corazón los puedes ver.

—No tengo ojos en el corazón.

—El corazón tiene ojos que te hacen vivir.

—Oh, Dios mío, padre mío, señor padre, padre señor mío, suyo y mío y suyo. Sea la gloria de Dios la liberación de este señor. Padre mío, señor mío, ayúdalo y no lo dejes caer en la tentación.

—Lo mejor será que se vayan —pronunciaba con una extrañeza que inundaba el ambiente y sobre todo la vida del abuelo que no daba tregua a dar la mano ni a caer.

En ese momento la trampa, que parecía floja ante los lazos, fue tan fuerte que nada pudo reconstruir después en ella un daño suficiente como para hacerla permanecer en lo más oculto de la vida. Allá, donde las fuerzas arden por la tentación del pecado.

—¡Amén! —dijo alguien sin darle importancia a nada.

—Un momento —interrumpió la última monja que parecía tener el truco más desarrollado—. ¿No es acaso bien cierto que usted, amable hombre, padre mío, abuelo suyo, abuelo mío, padre suyo, hace muy pocos meses vive con un joven llamado Daniel, y que, dicho sea de paso, se desaparece y aparece sin darle explicación alguna de dónde estaba y qué hacía?

—Bueno... Sí —asintió el abuelo con la mirada triste que parecía recordarle la ausencia del nieto que le enseñaba, cuando podía, una parte de su barrio y de su ciudad. Siempre parecía enseñarle algo totalmente diferente.

—¡Ahí está, Dios mío, padre mío, hombre suyo y mío, y mío y suyo!

—¡¿Qué cosa?! —indagó el abuelo con un acelere que casi lo deja en las repeticiones.

—Usted, hombre suyo, padre mío, abuelo suyo, hombre mío, ahí está el pecado y el mal.

—¿Qué quieren decirme ustedes?

—Hombre mío, padre suyo...

—Sí, sí, ya, ya. Hable a ver, señora, no le estoy entendiendo —interrumpió el abuelo con enojo y afán.

—Padre mío, homb...

—...

—...

—Disculpe usted, abuelo mío, hombre su...

—...

—¡...!

—¿...?

—Lo que le quiero decir es que ese joven que usted tiene como parte de su vida no es más que la entrada del pecado a su vivir.

—No le creo nada, señora.

—No me crea a mí, créales a las pruebas. Lo hemos visto, con los dos ojos que tenemos, en asuntos que, ¡válgame, Dios!, prefiero no mencionar.

—¿Qué asuntos? —inquirió el abuelo con curiosidad y duda.

—Dios libre de mí y de mi boca palabras ajenas a lo que mis ojos han visto con intenciones que precisamente no son buenas y correctas para el camino de nuestro señor.

—Bueno, pues dígame usted de qué habla.

—Ese joven que usted tiene no es más que un violento. Ha traicionado nuestra fe y ha pecado en nombre del diablo. Si usted lo viera, solo si usted lo viera, entendería mis palabras. Válgame, Dios, y me libre del pecado de hablar de lo que no es cierto y que por mi boca solo palabras reales se expresen con gran ímpetu de valor. Le prometo en el nombre sagrado que si usted nos permite, podemos mostrarle pruebas de que así es, y no mentimos.

—Tengo suficiente con lo que vivo, no me interesa. En cualquier caso, ustedes no pueden cambiar lo que yo sé.

—Ya verá que el caso no es como le parece, ya verá.

Esa tarde las monjas desaparecieron en medio de la noche que les iluminaba los ojos llenos de desesperación porque no podían resguardar más aquello que tanto fingían y les llenaba los ojos de una sangre que veían acercarse para derramarse. Samuel, ya en la noche y en la mañana siguiente, intentaba resolver las inquietudes que ahora le hacían pie a tal punto que se las repitió de memoria.

Y no pudo hacerlo porque Daniel no aparecía por ningún lado, y eso, en cierta manera, contribuyó a construir lo que realmente no era verdad y que se basaba en una traición a doble filo que a él no lo cortaba, pero que ya en el aire era una bomba sujeta en unas manos frías que la recibían sin agradecimiento.

Los siguientes días Samuel aceptó la visita de las monjas que, tratando de borrar aquel tatuaje malsano sobre su vivir, se entregaron a él con intenciones fallidas de cuestionarle ahora sobre Dios y su existencia. De hecho, Samuel solo las aceptó porque aquella soledad que padecía le estrujaba con fuerza los sentimientos de espera.

La Biblia era, pues, el único medio por el que los impostores dieron su punto para que el hombre, que ahora se asustaba de sí mismo, pudiera tener, mediante una extensa limitación, el control sobre su vida. Pues, a pesar de que la gente tiene plena decisión de hacer lo que quiere, hay un intervalo que permanece así, como un rasante que se queda, y que cuando se despierta de este, ya es demasiado tarde.

Aprovechando esta ventaja, José y los cómplices terminaron por meter las manos al fuego, uno que, sin lugar a duda, ya no quemaba, pero que tampoco se quedaría en los vestigios.

Pues aún, dentro de la manipulación, hay una diminuta luz que se acerca y, si es atrapada, libera al individuo. O quizás parte de este, de lo que, de otra manera, y con muchos esfuerzos, no se podría dar.

En el fuego se notaban las manos lejanas que ya no volverían a ser las mismas, sino que, ahora, esperando asesinar la última llama, traen consigo un frío que congela y quema, y deja la sensación de que todo está perdido.

Lo primero que hicieron fue convencer al viejo de su desgracia. Y como este, cansado de la espera, no cedía más hacia el lado del bien, se dejó llevar arrastras hacia el lado de la caída y del golpe contundente.

Posteriormente, le manipularon los viejos recuerdos de tal manera que sintiera pena por lo que estaba pasando. Luego del sentimiento de condena se trasladaron al de la rabia. Por último, se esperaba el de la resignación, pero la tristeza fue mayor y todo resultó más fácil.

A los días se avanzó un paso más, y ahora ya tenían en sus manos las escrituras de la casa. Un documento firmado en el que, según las monjas, Samuel dejaría todos sus bienes terrenales para Dios con la esperanza de ir al cielo.

Pero no era así, se trataba de un testamento que firmó, sin darse cuenta, en el que las beneficiarias eran las monjas y dejaba, en caso de morir, todo lo que tuviera para ellas. Para reafirmar la voluntad del hombre, las mujeres grabaron un audio, que luego recortaron, en el que Samuel, seguro de sí mismo, hablaba de entregar sus cosas a las monjas, y que estas se las entregarían a Dios.

Como último deseo, Samuel pidió hablar con el joven Daniel. Quería comprobar lo que ahora lo convencía rotundamente, y, de paso, aclararle que nunca más podría volver a vivir con él, o tan siquiera verlo. José, que sabía dónde se encontraba Daniel, lo arremetió una noche cuando el joven se encontraba por el centro de la ciudad.

Lo secuestró, le vendó los ojos y se lo llevó a un lugar donde los gritos no producirían ninguna alteración que llamara la atención de las personas para que fueran a socorrerlo.

—Hombre, que el viejo se siente muy solo; y usted anda muy perdido. Nos tomamos el atrevimiento de hacerle unas cuantas cosas buenas —pronunció José en medio de una sombra que ocultaba su presencia, pero no su voz.

—¿Le hicieron algo malo? —inquirió Daniel mientras sentía su corazón salirse del pecho.

—Solo si usted contribuye para que así siga siendo —replicó una de las monjas cuando José le hizo una señal con los labios para que dijera su parte del discurso.

—Por favor, no le hagan daño, él no se merece eso.

—Eso ya no depende de nosotros, sino de usted. Ábrase del camino si no quiere que todo salga al revés —exhortó la siguiente monja mientras se fumaba un cigarrillo de marihuana que impregnó de un olor fuerte y confuso el lugar.

—¿Qué tengo que hacer yo? —averiguó confundido Daniel mientras tocía el humo que le daba directamente a la cara.

—Sencillo —ordenó José mientras lanzaba un puño sobre el estómago de Daniel dejándolo en el suelo retorciéndose del dolor—. Que no se nos meta en el camino y le diga al cucho que usted lo único que le ha traído han sido males y desgracias. Y no se nos pase de listo, o le va peor a ambos. ¡Mañana en la mañana!

Dicho esto, José y las monjas, junto con el hombre de las sombras, desaparecieron mientras Daniel lloraba porque sabía que no sería capaz de mentirle al hombre que le daba la esperanza de tener una vida normal.

Pero la noche terminó, y el cantar de los gallos llamaba a la escena a los protagonistas, como si la obra de teatro improvisada tuviera que comenzar con cierto tiempo de anticipación.

De esquinas contrarias aparecieron todos los convocados, pero los que llevaban el mal en su corazón se adelantaron para comentarle al abuelo el cumplimiento de su promesa. Samuel, atento a las palabras que ya venían viajando, se había convencido de que debía dejar al joven Daniel en la calle.

—Buenas —saludó José mientras Daniel hacía presencia en medio de todos.

Luego de un largo silencio, las palabras amontonadas salieron en desorden.

—Te vas de mi casa —anunció el abuelo al joven que tenía en frente.

—Está bien —respondió Daniel resignado.

—¿Qué? —preguntó el abuelo como si no esperara esa respuesta.

—¿Qué más puedo decir? —devolvió Daniel la pregunta al hombre que no tenía nada para decirle.

—No sé, solo quería confirmar lo que eras.

—¿Y qué soy, según sabes tú?

—Un condenado del infierno que ha de traerme a mí las peores desgracias del vivir.

Daniel se quedó en silencio, y al ver la mirada de todos los presentes no tuvo más reparo que decir lo que la mayoría esperaba.

—Está bien.

—¿Qué?! —volvió a preguntar el abuelo con inquietud.

—¿Qué más puedo decir? —cuestionó Daniel mientras alzaba los hombros y se resignaba a lo supuesto.

—Quizás que te defiendas, no sé. No seas tan cínico y malo conmigo —rogó el abuelo mientras trataba de hacer entrar en razón al joven que lloraba en silencio.

—Mucho drama —interrumpió una monja que rápidamente fue callada por sus cómplices.

Daniel, que tenía derecho a defenderse, hizo uso de sus posibilidades, y, revirtiendo la trampa, sacó la navaja de la verdad que relucía ante todos.

—Pues no es verdad, ¿sabes?, eso no es verdad. Te están engañando, te están diciendo mentiras. Yo no soy así y nunca lo he sido. Si no he vuelto y me pierdo en la vida es porque precisamente me condena una parte de mi vida que ninguno de ustedes conoce, y que si yo se los contara no andarían en estas. ¡Farsantes!

—Vea usted, acá en su casa tiene un violento y condenado en el infierno como acompañante —replicó rápidamente una monja mientras el aliento a marihuana le daba en la cara al viejo, que veía a través de la mano de la mujer el rostro del joven que parecía resignado a todo.

—¿Eso es cierto, Daniel? —inquirió el viejo mientras esperaba la respuesta.

Daniel, que alzaba la mirada para responder, alcanzó a divisar una hoja en blanco sobre la cama del abuelo que, tomándola por sorpresa, se enteró de manera definitiva de lo que se trataba todo aquel asunto.

—Así es como se ven los farsantes como ustedes —vociferó Daniel mientras rompía la hoja, que en realidad era la copia de la original donde su abuelo cedía sus derechos de propiedad y demás.

—¡Violento!, ¡agresivo!, ¡mentiroso! —dijeron las voces contrarias mientras opacaban a Daniel alejándolo del abuelo.

—¡Lo van a matar! —gritó Daniel mientras entendía de qué se trataba todo.

—¡No digas mentiras, hijo mío, hombre suy...! —agregó una voz que no terminó de decir su discurso porque fue interrumpido por Daniel.

—¡Monjas vestidas de blanco, en el infierno y el último barranco, la caída les dolerá el triple!

—¡Mentiroso! —comenzó a gritar la voz de José que empujaba al pobre Daniel para alejarlo de su abuelo.

Cuando Samuel se levantó de la cama, quiso decir unas últimas palabras antes de caer. Mirando fijamente a Daniel, que ahora se alejaba más y más, alcanzó a decir antes de caer sobre su propio peso en la misma cama que tantos días y meses vivió.

—¡Engendro del pecado, nunca vuelvas por acá! Lárgate, y si vas a volver que te quemes en el infierno, te conde... —fueron las únicas palabras que Samuel dijo antes de caer.

Daniel, que no tenía más opción que irse del lugar, decidido revelar parte de la verdad de su vida. Así que gritó con toda la fuerza posible de tal manera y con gran ímpetu evitando ser acallada. Por un momento pareció que las paredes replicaban su mensaje por todo el barrio:

—¡Samuel!, ¡soy nieto tuyo, hijo de uno de tus hijos, me has condenado a mal, pero te perdono, porque te quiero!

—¿Nieto? —preguntó el abuelo mientras se le despejaba la nube de su mente.

Al intentar levantarse, las fuerzas terminaron por dejar al abuelo en la cama mientras gritaba a todo pulmón el nombre de su nieto, que ya no volvería nunca. Y así tampoco lo hicieron José y las monjas, que teniendo todo preparado solo les faltaba la cereza del pastel; asesinar al abuelo para reclamar “legalmente” lo hurtado.

—¡Daniel! ¡Daniel! ¡Nieto mío, hijo mío, vuelve, vuelve! ¡Discúlpame, de verdad, discúlpame! ¡Daniel! —gritó Samuel mientras las lágrimas de arrepentimiento brotaban de sus ojos. Pero ya no estaba Daniel, ya no estaba nadie, solo la soledad, que miraba la escena a la distancia en que sus ojos lo permitían—. ¡Daniel!

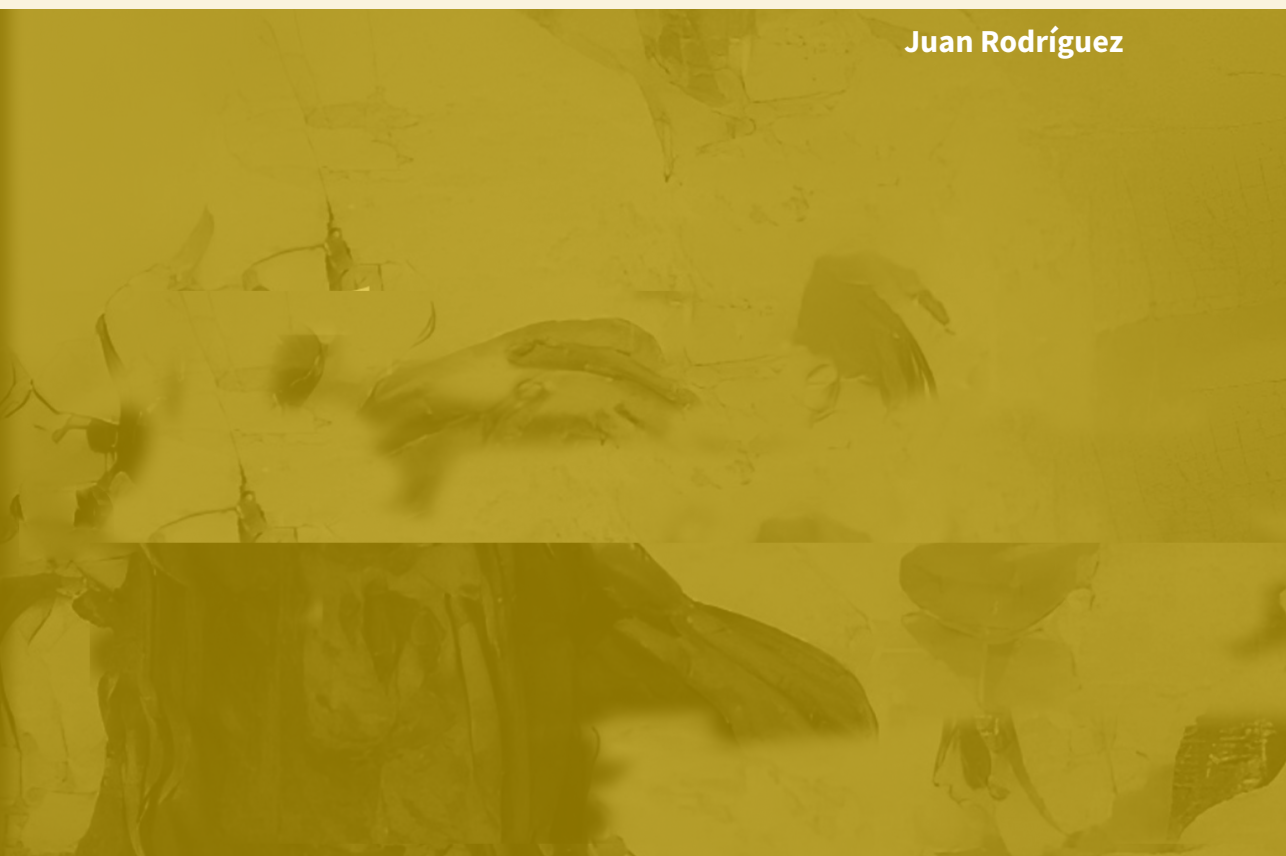


EL ALZHEÍMER DE LA VEJEZ

El verdadero sentido de las cosas.

FALZHEIMER DE LA DEIDAD

Juan Rodríguez



EL ALZHEÍMER DE LA DEIDAD

I

Las sirenas de la policía se apagaban mientras se oía con claridad la orden de romper el seguro de la puerta que separaba a los vándalos de la justicia. Cuando los policías estuvieron en el patio de la casa, agarraron a dos hombres que hablaban con desesperación y acusaban a los gemelos, que se habían escapado traicionándolos y dejándolos a la suerte de las acciones correspondientes de lo que acontecía.

Pero los acallaron. En la escena del crimen ni una perturbación se encontraba en lo más mínimo de las paredes. La casa, abandonada, se abrazaba a los recuerdos de los buenos mientras los otros se alejaban custodiados de acuerdo con lo requerido.

Los gemelos corrieron a su suerte mientras la policía los buscaba por los alrededores del barrio. Al rato supieron que ya no los buscaban y decidieron, luego de pensar las cosas, que lo mejor sería, mientras la oscuridad los opacaba por un largo rato, buscar aquella bolsa con el tesoro que los salvaría de la ruina, como si la vida les hubiera dado a medias el vivir. Pero no podían quejarse, pues más allá de eso era imposible; sobre todo porque no estaban en posición de exigir absolutamente nada.

A José y Rafael no les fue tan bien; pues, a decir verdad, luego de ser condenados, solo la espera de que el tiempo pasara con prisa era lo que les daba la única posibilidad de volver a encontrarse en aquellas calles que cambiarían lo suficiente como para que parecieran hombres nuevos en una tierra plana. Entre ambos no hubo palabra alguna, y todo parecía ir a gran velocidad, excepto cuando los investigaban y buscaban aplicarle lo correspondiente a sus condenas.

—¿Qué podemos hacer ahora? —indagó Fabián mientras se levantaba del suelo en el que estaba sentado con el cuerpo y las energías agotadas.

—Lo mejor será irnos de la ciudad —afirmó luego de un rato Eduardo que parecía tener la mente más fría.

—¿Y como para dónde? —averiguó Fabián con un leve tono de altanería y amenaza mientras miraba a su hermano tratando de emplear un mensaje con las manos atadas.

—Eso no lo sé —reparó en decir Eduardo mientras alzaba los hombros al aire sin más respuestas.

—Preferiría ser condenado mil veces —vociferó el que estaba de pie y miraba el paisaje opaco de las casas descoloridas y en cierta medida, muertas.

—No diga eso —murmulló el que estaba sentado mientras con una mirada severa castigaba al que estaba de pie.

—¿Y como por qué no? —cuestionó Fabián estirando sus manos al aire, como dejando liberar las energías agotadas.

—Porque estamos libres, ¡libres! —gruñó Eduardo a la cara de Fabián con intención de que entendiera lo que estaba pasando.

—¿Sirve de algo estarlo si nos vamos a ir a la ruina? —debatió nuevamente el hermano mientras los dos analizaban la respuesta.

—¡Deja de quejarte! —exclamó Eduardo extendiendo todo lo posible su mano para que su hermano lo ayudara a levantarse.

—Si todo hubiera sido distinto...

—¡No comience!

—Pero es la verdad.

—La culpa no fue mía.

—Uy, entonces mía.

—Pues...

—¿Qué?

—Nada.

—¡No!

Se dice que después de esa conversación los hermanos terminaron por vender lo que tenían y que, yéndose a la finca de una sus tías, pasaron entre animales y paisajes todas las penas que se carcomían sus entrañas, con intención directa de acabar con sus vidas.

El trabajo les iba despejando poco a poco su pasado, que ahora se ataba a un recuerdo vago y lejano.

Cuatro años después, en el trabajo rutinario del campo, y dos años después de llegar a la finca de la tía Helena, los hermanos continuaron con un trabajo individual que les generaba buenas ganancias económicas.

Parecían olvidar los sucesos del pasado y con la continuación del vivir terminaron hablando una noche, solo por curiosidad, de aquella bolsa negra y su contenido, y no pudieron controlar las ganas de hablar, ni mucho menos de actuar.

Se pusieron manos a la obra para identificar dónde se encontraba, pues en parte les pertenecía, y, si alguien aún la conservaba sin abrir, serían ellos los afortunados de liberar aquel tesoro.

Las dudas y las casualidades se encontraban de pura suerte, y esto, como ventaja, les dio un paso adelantado a los hombres similares que no podían apaciguar aquellas ganas ocultas en una vida lejana, pero no del todo desconocida, que les ataba aún al pasado. No de la misma manera, pero siempre estaba ahí; siempre y cuando fuera recordado.

En la última semana se enteraron de que un abuelo, de nombre Samuel, y que mantenía una polémica sobre la celebración cada vez más individualista de las fechas especiales, era quien protegía con mucho cuidado aquella bolsa que para él era un regalo de la vida.

En presencia y por algunas voces, la información de su situación parecía un chisme de esos que se cuentan entre las paredes, pero que concluye en una nada que lo condena a ser. En cierta medida, palabras vacías que flotaban en medio de lo rutinario.

Listo el plan, no quedaba más que esperar el día para la ejecución cautelosa. Rezando a quien era dueño de su fe, los hermanos se congregaron muy de mañana a la salvación divina.

—Buenas tardes —saludó el juez del caso mientras la audiencia se llevaba de forma pública—. Como bien saben, estamos acá para solucionar este caso tan polémico, en el que la mujer Patricia murió en unas circunstancias cuestionables y un tanto extrañas.

Del resto de la audiencia José y Rafael no supieron nada, ni las respuestas que daban o recibían ni la defensa de sus abogados. Nada. Era como si el hueco no les permitiera ser conscientes de aquello que habían cometido con tanta sinceridad, pero que, expuesto a la moral y ética del hombre contemporáneo, era una locura absoluta y sin más.

Los presentes no entendían cómo se llegaron a dichas conclusiones tan absurdas y sin sentido. El mundo de los condenados del ahora seguían sin entender por qué precisamente el liberar del sufrimiento a alguien que ya la vida le ponía lo peor era de por sí un pecado y una traición al pensamiento y a las reglas de la sociedad. ¿Qué había de malo en ello? Era la pregunta que había pasado por todas las paredes de aquel lugar impregnado de suciedad y olvido.

Era entonces que se preguntaban a medias ¿será peor dejar a un ser vivo morir poco a poco, y ser culpable de un martirio infinito, o darle una solución en un par de segundos?, ¿por qué la vida tiene precisamente desde el dolor y el sufrimiento alguna salvación más allá de la espera?

El resto de las preguntas se trasladaron a las puertas por donde los hombres pasaron luego de escuchar la sentencia impuesta de acuerdo con lo que se tenía y había.

—De acuerdo. El dictamen que voy a presentar será la sentencia del caso. No habiendo más aclaraciones y todo puesto sobre la marcha y con la evidencia suficiente, yo, en mi cualidad de juez, determino los siguientes puntos. El primero es que, dilucidando los sucesos presentados con la señora Patricia, se ha tomado la decisión de dejar el hecho de su muerte como un suicidio con plenitud de conciencia. Lo que me llevaría al segundo punto, en el que establezco una pena de treinta y seis meses de prisión para los suscritos José... y Rafael..., sin posibilidad de salir con anterioridad ni por buena conducta o rebaja de pena en acciones colaborativas. Se determinan los treinta y seis meses por ser cómplices directos, y de esa manera facilitadores del veneno que la señora Patricia se tomó para quitarse la vida. Dicho esto, queda concluido este caso.

Resignados ante la decisión, José y Rafael cumplieron los meses acordados en la sentencia, pues estaban resignados al olvido, que, más tarde, les enseñaría por experiencia propia que los errores son y seguirán siendo en una sociedad donde nadie se plantea la ayuda para con el otro, y más bien, para consigo mismos, como si su existencia en el mundo fuera única, como si no existieran los demás.

Pero las vivencias de la cárcel solo avivaron su espíritu de venganza, porque sabían que los hermanos debían pagar por haberse escapado de la captura. Por eso, en los

siguientes meses, aumentaron las ganas de devolver el golpe, pero multiplicado por una cantidad de violencia y frialdad que obtuvieron por estar privados de la libertad.

Cuando entraron, José y Rafael tenían aún los espíritus llenos de pequeñas cosas que los hacían ser humanos. Luego de eso, la imitación con la que una máquina ejecuta sus acciones los impregnó de tal manera que las bestias, una vez en la calle, idealizaron sutilmente la venganza contra todos.

Con artimañas y amenazas, que para nada parecían un juego de niños, José pudo convencer a dos conocidas suyas para que se disfrazaran de monjas, y hacer el papel con gratuidad a cambio de seguir viviendo.

Luego de saber por medio de las mujeres que existía un abuelo muy polémico, Rafael, por la intuición de su pasado y de lo que quedaba, decidió, junto con estas y José, ir por las únicas dos cuadras por donde sí o sí la bolsa se encontraba, luego de corroborar la dirección y lo que se sabía por recuerdos borrosos; y así terminar de una vez por repartir aquello que les aseguraría una vida llena de lujos y placeres.

Las mujeres, dudando de la situación, terminaron por encontrar al abuelo Samuel luego de que el metal de la pistola de José les hiciera un leve cosquilleo en sus espaldas mientras el sudor de sus cuerpos bajaba por sus espinas dorsales. Pasaron las semanas y, luego de los percances de último momento, tenían todo lo que necesitaban, solo quedaba lo último por ejecutarse en la noche del día siguiente a la huida rápida: matar al abuelo.

II

Con el tiempo las miradas y la condena se cumplían como parte de una profecía que se vociferaba a todo pulmón en las paredes del destino. Ana, que en teoría ahora se encontraba protegida, pudo asimilar por primera vez todo aquello que había pasado con su vida en las últimas semanas.

Fue entonces cuando se enteró, por medio de las palabras de otros, y como ya lo suponía, de que su padre Antonio lo habían asesinado en medio de una amalgama de gente que no hizo nada para despertar.

Cuando quiso preguntar más sobre lo último de la vida de su padre, un dolor le hizo revolver el estómago, y un vómito inesperado le llenó la boca de un aire combinado con lo que acababa de comer.

Al salir del baño de donde se encontraba, una anciana, idéntica al primer recuerdo de su nacimiento, empezó a hacerle preguntas a medida que Ana se lo permitía.

—Yo sé lo que tiene esta mujer —dijo la abuela mientras hacía llegar sus palabras a las personas que verificaban el estado y lo que debía suceder con la joven.

Ana, que se sentía desconcertada, trató de disimular sus ganas de preguntar con intención de no saber por qué los demás reían y algunos se sorprendían.

—Yo... —pronunció la joven mientras la abuela la interrumpía porque se atropellaba con las palabras.

—Tú estás embarazada.

Se escuchó decir de la voz de la mujer mientras los demás, que contenían la sorpresa, felicitaban a la joven por ser la responsable de un bebé que nacería en medio de una lucha que esta aguantó con admiración y resiliencia.

—Me tengo que ir... —murmulló la joven guardando las palabras para sí misma.

—¿Y para dónde planteas irte, hija mía, si no hay camino que te acompañe ni sombra que te cubra? —advirtió la abuela mientras Ana miraba que esta se deformaba.

—No lo sé, pero tengo que irme —infirió Ana mientras intentaba tomar un aire fresco.

Al girar su cabeza hacia las demás personas, también encontró unas figuras extrañas que se movían entre estos sin saber cuándo pasó de reconocer sus rostros a verlos como unas bestias.

Ana salió a la fuerza del sitio mientras el mundo parecía normal. Volvió a vomitar y sintió su estómago vacío, como si ahora, después de todo, ni los órganos los tuviera. Además de una sensación de estar flotando en medio de todos los presentes.

—¿Te sucede algo? —preguntó la abuela mientras tocaba con suavidad el hombro de Ana que parecía aflojarse de su propio cuerpo.

—No, nada; creo —expresó la joven mientras un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Después una corta energía se le posó sobre su columna vertebral haciéndola caer al pavimento, muy cerca de donde vomitó.

—Es normal cuando estás embarazada —explicó la abuela en un tono maternal que Ana desconocía por completo.

—¿Qué es estar embarazada? —curioseó la joven, como si se hubiera guardado la duda por pena, y ahora, aprovechando la ocasión, indagaba al pensar que se trataba de una enfermedad mortal.

—¿No lo sabes? —exploró la abuela sorprendida mientras intentaba tomar las dos manos de Ana.

—No —aseguró la joven mientras un leve cosquilleo se le marcó en sus dos manos lisas y suaves con las que trabajó prácticamente toda su vida en la naturaleza.

—Es decir que vas a tener un bebé —anunció la abuela al rato tratando de no sonar hostil o exagerada con el tema.

—¿De verdad? —repuso Ana mientras el asombro le hizo dar unos pasos hacia atrás, muy cerca del andén que la esperaba para que se sentara.

—No te estoy mintiendo —confirmó la abuela mientras también se sentaba a la espera de la respuesta de la joven que no sabía qué hacer con esa otra vida que iba a nacer.

Siguiendo la ruta del engaño, Ana no pudo terminar de hablar con la abuela porque en ese momento, en el que no sabía qué responder, los hombres que la habían traído hasta ese lugar le pidieron que se alistara, que su caso iba a ser protegido por el Estado, y que, por tanto, todo aquello que la pusiera en riesgo a ella no tendría opción para hacerlo.

La abuela solo se despidió de Ana y la vio partir en el mismo carro en el que llegó. Al intentar mantener la mirada en el lugar donde la abuela alzaba la mano y se despedía, Ana pudo detallar, en el último instante antes de que el paisaje cambiara de rumbo por el movimiento, unos ojos brillantes que iluminaban la cara de la abuela, que desaparecía haciendo el mismo movimiento.

Unas cuantas palabras de intercambio le dieron a Ana la certeza de que sería ayudada por el Estado. Vivía en una casa cómoda, con lo justo y apenas para vivir y no morir en el intento.

Sin embargo, cuando la panza aumentó su tamaño, unos supuestos e ideas erróneas condenaron a Ana a perder aquel privilegio de la vida.

El tipo que le ayudaba terminó el turno de su mandato, y el que llegó no la quiso escuchar. Como ella tampoco supo qué decir, la desalojaron unas semanas después de tener a su hijo Juan Carlos.

Sin quedarle más alternativa, Ana se decidió, con todo su esfuerzo y valor, a volver a aquel pueblo donde el joven de las sombras seguramente la esperaba para recibir en conjunto la buena nueva.

Con el bebé en sus manos, volvió a ver aquel recorrido que tanta sangre había dejado impregnada sobre los pasos. Olvidando esa parte de lo vivido, intentó consolar al pequeño que lloraba cada vez que su madre se distraía mirando hacia el paisaje que tanto llanto desquebrajaba su alma.

Al volver al pueblo la gente se disculpaba y se disculpaba con ella por lo que le sucedió a su padre, y por no haberlo salvado cuando tuvieron la oportunidad. Ana no tuvo nada para decir, y se quedó viendo la actitud de los cómplices de la muerte que ahora llevaban un pequeño fuego de su padre.

En el camino del pueblo las cadenas parecían ser solo un mal recuerdo de la opresión. Las calles, que antes se identificaban con la soledad, ahora en la noche, como amante, revelaba ese amor tan profundo que cada uno se tenía para sí mismo.

Parecían pequeños adornos que iban de un lado para otro, y junto a estos, la sensación de estar en medio de unos individuos nuevos en un mundo viejo. Ana, llegando hasta el único lugar que conoció con su padre, encontró a la mujer que siempre los atendía los domingos en la tarde cuando se iban a comer un pan junto con un café, que daba el aroma de las flores que adornaban unos árboles muertos, que aún vivían gracias a la esperanza y la luz de Antonio.

Llegando al lugar, aquel árbol, que aparentaba ser tan viejo, ahora se bañaba de unos colores dorados que parecían invocarlo como una especie única en medio de todo.

Al intentar tocar una de las ramas, Ana sintió un viento a sus espaldas, y cuando apretó con fuerza para evitar caer, el pequeño Juan Carlos que iba en un coche para bebés lloraba al unísono con el llanto de su madre, que había sentido la compañía de su padre por unos cuantos segundos mientras el viento seguía su viaje.

—Un gusto tenerte por acá, Ana —exclamó la mujer que tanto tiempo los había acompañado en medio de la desgracia de hija y padre.

—¿Y cómo olvidarme de usted?! —preguntó Ana mientras abrazaba a la mujer y le daba un beso en la mejilla, que se sintió caliente tanto en los labios como en el cachete—. Imposible hacerlo, si es que estamos iguales —aseguró Ana. Después de terminar de abrazarla, la mujer se acercó para cargar a Juan Carlos.

—Con el infortunio de que mi padre ya no está —musitó Ana mientras se secaba unas lágrimas que brotaban de sus ojos, pero que hacían el recorrido desde lo más profundo de su alma.

—Pero sí está acá con cada uno de nosotros. Su esencia vive, y seguramente nunca lo olvidaremos —certificó la mujer mientras detallaba en el rostro del bebé los rasgos del abuelo.

—Eso me alegra. Usted no sabe el martirio por el que tuve que pasar para llegar hasta donde me ve —reveló Ana mientras se sentaba en la sombra del árbol.

—Estás bien y con este niño. Qué belleza.

Ambas mujeres pasaron la tarde conversando y llevando las palabras a los recuerdos y a la curiosidad de lado y lado. Cuando la noche hacía fuerte sobre el terminar el día, Ana supo en dónde se encontraba aquel muchacho, padre de su pequeño hijo.

Al despedirse de la mujer, con la que tanto tiempo convivió, y en compañía de su padre, Ana sintió como si dejara una pequeña semilla en medio de un campo verde que ya comenzaba a florecer. Tomando el camino que la llevaría a donde su amado, llegó justo hasta donde la búsqueda se lo permitía, pues siempre se le decía que estaba en un lugar y luego en otro.

Ana, que no perdía la ilusión de encontrar a su amado, tuvo que caminar y caminar con Juan Carlos por calles que desconocía y lugares que le eran exactos.

Al final, cuando le dijeron la verdadera ubicación de su amado, llegó con tal apuro y sorpresa que el hombre que tenía ante sus ojos lloraba en silencio y arrepentido por haber asesinado al verdadero muchacho de las sombras mientras se alejaba del lugar. Ana, que no comprendía ni asimilaba que su amado yaciera muerto desde hacía tiempo, entendió que estaba sola.

Cuando quiso regresar por el camino a su casa, se perdió en lo profundo del bosque verde, donde unas carcajadas se burlaban de ella como si no pudiera tener el control de la situación.

Intentando descifrar el misterio de su perdición, Ana pasó días y días con el pequeño Juan Carlos en medio del verde que la atacaba y la protegía. Algunos llegaron a la suposición vaga de decir que mientras más se adentraba al bosque, más se oía el llanto de una madre.

III

En los movimientos en los que la identidad se esfuma, solo queda el hecho de mirar fijamente porque si no se hace, el próximo ataque nos golpea de sorpresa. Roger, que entendía muy bien la situación de los bordes y la vida, descuidó aquello que su mente le requería como un manual programado para evitar la perdición.

Sin embargo, en cuanto a los sentimientos que cada ser vivo tiene, no hay manual por más estricto que sea, y que sirva para reprimir aquello que se siente, y que está, incluso, por encima de todo lo que uno podría pensar que es eje fundamental del vivir. Víctimas de los sentimientos, en su miseria nadie tiene la culpa, se nace con ellos, son innatos y perennes, y, por tanto, inmarcesibles del ser.

Fue así como Roger y la joven una tarde en el camino, cuando volvían donde los nativos, como si no fuera situación más perfecta para encontrarse, y en un desliz de lo que sentían, ambos se llenaron de besos por todo el cuerpo mientras el calor de sus masas aumentaba en un sueño que los sumergía en medio del placer y del goce que produce el deseo de tocarse con la piel, como una comunicación escrita entre el alma y el cuerpo.

Al terminar y quedar en medio de los vestigios del fuego, un haz de luz penetró en la piel desnuda de ambos individuos que, agradeciendo cada uno a su modo, encomendaron su fe para dar el paso restante entre la unión eterna de dos individuos: el matrimonio.

—¿Estás seguro de que te quieres casar? —indagó la mujer mientras tocaba la mano tibia del extranjero.

—Segurísimo —afirmó Roger mientras la abrazaba para escuchar de cerca el latir de su corazón, como para asegurarse de que estaba viva.

—¿Cuánto me quieres tú? —preguntó la mujer mientras alzaba la mirada para darle un beso al extranjero que parecía un ángel en medio de la blanca luz que atravesaba los árboles para dar de lleno sobre él.

—Lo suficiente... —aseguró inmediatamente Roger mientras miraba la cara de su amada.

—¿Lo suficiente? —indagó con cierta ingenuidad la joven mientras esperaba una respuesta más completa.

—Lo suficiente como para quererte siempre — aseveró el extranjero mientras apretaba contra su pecho a la mujer.

—¿Cuánto es siempre? —susurró la joven mientras dejaba su cuerpo danzar en los lentos movimientos que la unían al extranjero.

—El hoy de cuando lo recuerdes — manifestó Roger levantándose del suelo para vestirse y seguir el camino que el sol marcaba en sus últimos rastros de vida.

—¿Y si lo recuerdo siempre? —interrogó la joven mientras se ponía una camiseta descolorida y un jean sucio que se le soltaba con cualquier cosa y que se amarraba con un gancho en los extremos de la cintura.

—Entonces siempre es hoy —arguyó Roger mientras caminaba con la joven por el camino de regreso a casa.

Luego, estando cerca del lugar, ella le preguntó una última cosa que le terminaría por conmover su pequeño corazón.

—¿Volverás a tu país?

—No necesito volver si te tengo a ti.

—La gente siempre se va —rebatía ella mientras recordaba y se mentía de algún recuerdo junto con sus padres.

—Cuando no hay motivos —expresó él rápidamente para evitar una confusión que no quería generar.

—¿Y los tuyos cuáles son? —cuestionó ella mientras pasaba por en medio de un puente improvisado para pasar el río que los comunicaba con el paso de la casa y los nativos.

—Tú —contestó Roger luego de terminar de pasar el tronco largo que mantenía siempre la misma inclinación sin alteración alguna desde hacía años remotos.

En las siguientes semanas se organizó la celebración y la boda de los dos seres que parecían estar unidos, incluso, desde antes de nacer. Ya los nativos organizaban el pequeño espacio del salón donde se llevaría a cabo la boda.

Los invitados, expectantes por lo que acontecería, decidieron esperar con algo de anterioridad mientras la pareja llegaba por separado. Pero el resto de los detalles de la boda no se supieron. Cuando Roger llegó, esperó y esperó hasta que la noche hizo su presencia.

Al final, todos salieron en búsqueda de la mujer que no debía estar muy lejos.

Por unos momentos se pensó que la joven había desistido de la boda por el temor que le producía casarse. Pero Roger negó rotundamente esta posibilidad, porque fue ella misma la que con tanto esfuerzo, y a su modo, había querido llevar a cabo la boda.

La buscaron, entonces, por todos los lugares posibles de la naturaleza y no hubo respuesta. Pasaron así los siguientes días y nada. Era como si la tierra se la hubiera tragado, pero esa posibilidad también se descartó, porque las esperanzas tienen más ímpetu que los supuestos de algo que no se relaciona a lo que realmente es.

El corazón de Roger se fue envolviendo en un puño que poco a poco goteaba un líquido rojizo y transparente por la desilusión que ahora tomaba su lugar. Lo peor era lo mejor que se podía esperar, porque no hay nada más atroz que tener a un familiar desaparecido.

Saber que puede estar en unas manos malvadas que lo torturan o le hacen un daño tal que pareciera perder las esperanzas en aquellos que con todo lo que tienen lo dan para evitar la situación. Roger presintiendo esto, no pudo dormir durante varios días.

Cuando al final el sueño le ganó, soñó que una voz lo llamaba hacia la naturaleza profunda, como un viaje interminable que no sabía cuándo terminaría. Decidido a encontrar a su amada, abandonó el lugar mientras se guiaba por la voz que lo alejaba de su familia.

En medio de ese llamado oculto, Roger caminó y caminó hasta que llegó a una ciudad que reconocía como la palma de su mano.

Allí se quedó unos días antes de realizar el viaje definitivo, y ahora, sin nada y con las condiciones más deplorables posibles, entregaba su corazón al de la mujer que tanto amaba. Siguió caminando y caminando por días, y luego por una semana, hasta que rodeado de una naturaleza desconocida para él, encontró el único rastro que parecía haber dejado su amada en la selva.

Removió algo que brillaba en la tierra con tal cuidado de no estropear lo que iba apareciendo. Las manos fueron el único medio para excavar aquella tierra que ahora estaba en sentido contrario. Cuando las uñas estaban llenas de tierra y las manos sangraban mientras intentaban cerrarse. Roger, que aún parecía resistir a la fuerza de lo que fuera, vislumbró a medias algo que estaba atado. Con la última gota de su fuerza, arrancó de la tierra aquello que era de su amada.

Sus manos, que se cerraban contra su voluntad, le mostraban el vestido blanco que todas las mujeres de la comunidad le habían regalado a su amada, y que habían hecho con el mejor pedazo de tela que guardaban desde hacía tiempo para cuando la joven se fuera a casar con aquel que se llevara su noble corazón y vida. Ahora el vestido se mostraba manchado y lleno de sangre, como si nada más allá de eso se pudiera encontrar.

Entonces, Roger recordó la vez en que su cuerpo y el de ella se habían juntado con la luz del cielo. Con la unión habían roto, en cierta medida, un pacto que la joven tenía desde bebé. Se trataba de que cuando esta perdiera la virginidad y se fuera a casar, su alma sería cedida a aquella otra mujer que había perdido a su pequeña hija con tal de calmar los ánimos de esa alma que condenaba su existencia de por vida.

Mientras Roger tocaba el suave vestido adornado de diferentes y pequeñas piedrecitas de cristal, supo, entonces, que la condena comenzaba sin piedad, y que él sería el siguiente. Luego pensó en los bordes y el riesgo, y las imágenes le vinieron a la carga de su entendimiento.

Mientras lloraba la pérdida de su amada, una carcajada resonaba por toda la naturaleza perdida, que lo guiaba en un pequeño paso que aumentó a medida que la noche caía con fuerza, como si se le iluminara el camino de su destino ya sin propósito y sin emoción.

El extranjero, que reconocía la misma carcajada que escuchó aquella vez en medio del llanto, llegó como pudo hasta la casa donde la mujer, que intentó ayudarlo para evitar el viaje de su desgracia, se encontraba y daba presencia de humana. Roger con un leve golpe tocó la puerta de la casa donde fue arrebatado por la violencia.

—¡Volviste! —exclamó la mujer mientras celebraba la llegada del hombre que reconoció al instante.

Roger, que la miraba por primera vez, sintió un ligero impulso de atracción hacia la mujer que tenía en frente.

—Entra, y cuéntame lo que sucedió —declaró la mujer que ahora revelaba completamente su identidad: Ana.

La mañana abrazaba el lento transcurrir de las horas mientras el extranjero, tratando de controlar sus impulsos, hablaba con aquella mujer que tenía en frente. Ella, según le contaba, también había pasado un largo tiempo en medio de la naturaleza, que la absorbió de tal manera que no parecía tener escapatoria. Entendiendo que el camino del perdón y la reconciliación daba el paso para seguir viviendo, Ana y Roger terminaron, cada uno por su cuenta, por perdonarse las penas que tenían atadas en sus corazones.

Ambos pasaron la tarde hablando, pero ahora el pequeño Juan Carlos, que ya sabía caminar y medio hablar, pronunciaba unas palabras mientras ambos seres se derretían de amor por el pequeño. Cada uno, en cierta medida, tenía algo para estar con el otro, pero no se dijeron nada para no apresurarse y terminar mal.

En la noche, mientras esperaban poder dormir, una mujer apareció de las sombras pidiendo compasión y ayuda para encontrar a su pequeña hija Valeria. El llanto de ser una madre con su pequeña perdida produciría en los corazones una ligera certeza de poder cambiar de camino, pero no de realidad.

IV

Sandra, que ahora sostenía entre sus brazos a su pequeña hija Valeria, pudo descansar del martirio insufrible y doliente en el que se había transformado estar detrás de su presencia, buscando aquello que por derecho le pertenecía. La pequeña Valeria, luego de su comentario, no pudo hacer otra cosa más que llorar y llorar. Y Sandra, que intentaba calmar sus impulsos infantiles, también lo hizo porque, luego de todo, su pequeña estaba con ella y eso era lo que le importaba.

Ese es el verdadero valor de la búsqueda, no solo el intento. Porque al final este se transforma en algo que todos imitan o tratan de hacer en cierta medida. Más bien es, en ese sentido, saber que detrás del martirio en el que se ha transformado el vivir, existe, después de correr la cortina, ese espacio donde se vive para ser.

Desde luego todo el esfuerzo y las ganas sirven, pero a veces no son suficientes para llegar hasta el final del asunto.

Sandra, que abandonó toda su vida por su pequeña, ahora entre sus brazos, se dijo que nunca más nadie le volvería a hacer daño. Y en cierta medida tuvo razón, porque después de lo sucedido siempre se les veía juntas sin importar el lugar donde estuvieran.

Luego de alcanzar lo que hemos luchado, y de resguardarlo lo mejor posible, el valor se acoge en nuestra alma y en el vivir. Justo lo que se necesita para que las cosas de a poco, cambien ese sentido tan individualista que tienen, porque de algún modo somos de la misma materia, aunque seamos diferentes y llenos de subjetividad.

—¡Madre!, ¡madre! —pronunció la pequeña mientras las lágrimas bajaban por sus pequeñas mejillas sucias.

—Tranquila, hija mía, ya nadie te volverá a hacer daño. Yo te cuidaré siempre —decretó Sandra mientras tomaba ambas manos de la pequeña y se las llenaba de pequeños besos buscando una calma para ambas.

—¡Madre, madre, tengo algo para contarte! —reveló la pequeña en un lento murmullo que llegó a sus oídos.

—Dime, hija mía —averiguó Sandra mientras se levantaba del suelo para ir a buscar a sus compañeros.

—Madre, tengo un ojo de cristal —pronunció entusiasmada y asustada la pobre Valeria mientras sonreía y le enseñaba con el dedo pulgar de su mano derecha el ojo mencionado, que ahora parecía impregnarse como una gota de agua transparente en medio del iris del ojo de la pequeña.

—“Y yo te cuidaré siempre” —recordó Sandra para sí misma.

—Muchas gracias, mami, por cuidarme y protegerme de esa bruja malvada. Me hizo mucho daño y estaba triste porque pensé que no volvería a verte.

—Por encima de mí tendrá que pasar aquel que quiera ponerte encima un dedo —enunció Sandra recordando todo el camino que había recorrido para llegar hasta donde se encontraba ahora.

—¡Madre, hay otra cosa que no te he dicho! —confesó Valeria mientras trataba de calmarse por aquello que tanto daño le hacía pensar y decir.

—Dime, pequeña Valeria —respondió Sandra esperando la respuesta que tenía que escuchar con mucha atención.

—Madre, la mujer me ha dicho que nunca dejaré de ser niña, que siempre estaré así— comunicó la pequeña mientras esperaba una respuesta que no fuera negativa por parte de su progenitora.

—No le creas, hija mía, son supersticiones falsas que solo te harán creer algo que no será —respondió Sandra luego de un rato mientras que la llevaba de la mano buscando el camino para encontrar a sus compañeros.

—No, madre, no te estoy diciendo mentiras —refutó la pequeña como si su madre no entendiera lo que le quería decir.

—No dije eso, pequeña hija mía —advirtió Sandra tratando de no sonar grosera con la niña que le estaba confesando una parte de esa verdad que tenía en el corazón.

—Mírame y dime si he cambiado un poco en todo este tiempo —alentó la pequeña a su madre mientras paraba de caminar para que la detallara.

Y era verdad. La pequeña Valeria, que llevaba varios meses en brazos de otra mujer, tenía un carácter diferente al de aquella niña inocente de antes, cuando, preguntando por los números y aprendiendo de estos, se relacionaba más con un mundo infantil y lleno de deseos, donde los niños esperan cumplirlos todos.

Luego de un rato largo, Sandra junto con Valeria pudieron encontrar a Ana, que repetía una y otra vez el nombre de su pequeño hijo que dejó a la suerte de la naturaleza mientras trataba de dar lo mejor que tenía para encontrar a la pequeña Valeria, que ahora tenía frente a sus ojos y que con una sonrisa de cómplice le aseguraba que todo estaba bien y en orden.

El extranjero, que cayó a un hueco profundo, salió de este mientras sus heridas se curaban a la par que las de las demás mujeres. Era cuestión de esperar, y cuando todos dieron un vistazo al bosque que los acompañaba desde atrás, sintieron un alivio grandísimo al saber que las penas y las condenas quedaban a lo lejos y ahora tenían la oportunidad de vivir aquello que se relacionaba con ellos.

—Esa mujer que hoy hemos derrotado es el demonio encargado de asesinar a mucha gente inocente —pronunció Ana mientras recordaba a la farsante que se había hecho pasar por su madre.

—Lo bueno es que ya todo terminó —anotó Roger mientras se dejaba llevar por el aire que lo introducía en un pequeño sueño cada vez que abría y cerraba los ojos con ganas.

—¿Y quién era aquella mujer que tanto daño le ha hecho a todo el mundo? —averiguó Sandra mientras terminaba de arreglarle la ropa que tenía su pequeña hija Valeria.

Ana contó, entonces, que luego de buscar a su amado y saber de su muerte, había sido condenada por un ser de la oscuridad por el hecho de haber mantenido un vínculo más allá de lo permitido por las sombras.

Esto desató y desencadenó a aquel ser que en realidad ya había hecho estragos en otras personas, pero que ahora había venido con cierto ánimo de imitar aquello que nace del ser y del alma. Atacando a diestra y siniestra, todos fueron víctimas de la mujer que no parecía tener control alguno de lo que hacía ni tampoco era que le importara mucho.

—Lo bueno es que estamos ahora acá —repuso Roger mientras trataba de encontrar el significado a la misma pregunta que se planteó.

—¿Ustedes, al igual que yo, saben de la historia de la bolsa con un tesoro que aún no se ha descubierto? —preguntó Sandra mientras abrazaba a Valeria que ahora se entretenía con el pequeño Juan Carlos en una especie de jugarreta que hacía reír a ambos en medio de su complicidad infantil llena de misterios.

—Hace mucho escuché de él, y por mera casualidad —contó Ana recordando el momento de la persecución de las dos semanas largas.

—¿Valdrá la pena ir por él? —preguntó Sandra mientras analizaba la situación en la que se encontraba.

—Creo saber dónde está, aunque el dato es viejísimo —comentó Roger mientras anunciaba la dirección de la casa del viejo, que ahora se sabía era Arnolfo. Luego el nombre de José le hizo pie un rato, pero se calló.

—Lo que yo recuerdo es que ya no se encuentra allá, porque el camión donde iban los ladrones arrancó después en medio del asombro de todo el mundo —recapituló Ana mientras la evocación se le escapaba de las manos.

—Lo mejor será, si estamos todo de acuerdo, buscarlo por donde creemos puede estar; y, si no, pues al menos lo hemos intentado. Pero seguro que lo encontraremos

antes de lo que nos lo planteamos —aseguró Sandra mientras se dejaba llevar por el adormecimiento conjunto de todos y la noche.

Durante los siguientes meses, Ana, junto con Sandra y el extranjero, se dedicaron a buscar la bolsa del tesoro. Lo hacían más por todas las curiosidades que los relacionaban que por la ambición o por algún beneficio de este. Sabían muy bien que debían ir con cautela, y no alarmar las sensaciones que los condenaran una vez más.

Porque no querían caer de nuevo en la trampa de los bordes que estaban a la espera de rematar la situación y revertir el resultado. Por ende, esa sería la primera y única victoria que resonaría y quedaría en el corazón de los valientes que la afronten.

El resultado preciso se comunicó a todos, dejando en claro que sus intenciones no eran malas. Al contrario, estaban tomando medidas para unir sus desesperanzas y encontrar la única oportunidad que tenían de tener una vida mejor. Con la brecha más estrecha, lograron avanzar hacia sus objetivos.

Todos, encontrando al hombre que protegía con tanto cuidado la bolsa negra y perdida, se llevaron una gran sorpresa cuando este, en medio de la revelación de sus sentimientos, les pidió ayuda, porque sabía que no alcanzaría a hacer algo más de no ser precisamente por unas cuantas manos que le ayudaran a sostenerse ante la caída.

Ninguno le negó su ayuda. En los siguientes días, cuando la soledad observaba con cuidado cada acción, un pequeño lazo de amistad y de relación unió al viejo, que lloraba internamente por todos sus errores, y a los otros, que estaban junto con él.

No esperaban su muerte, para nada, sino poder abrir y ver el contenido de la bolsa que, con el pasar de los días y las horas, disminuía la atracción que tenía como para que la curiosidad se hiciera ante él con la necesidad de sí o sí descubrirse.

No, lo que al principio se trataba de una imitación, como resultado de un favor, ahora solo quedaba en la relación más corta pero certera que ninguno de los presentes habría tenido nunca en sus vidas, porque jamás se repetiría.

Ese era, en todo caso, el significado de las cosas, o de sus cosas y de sus vidas, que nunca más estarían presentes. Eso era, en definitiva, el sentido más profundo por el que nos embargamos y navegamos la vida en especial.



La última noche, cuando todo se definiría al fin, Samuel, que presentía lo peor en su corazón, les pidió el favor a las dos mujeres, junto con sus hijos y al hombre de apariencia extranjera, que se quedaran con él hasta la madrugada, cuando todo concluiría en medio de un desconcierto que no se sabía cómo actuaría.

Los presentes, que comenzaron a tener ciertos sentimientos sinceros con el abuelo, decidieron, como primera alternativa, acompañarlo esa noche y cumplir lo que sería entonces su último deseo.

La noche reinaba sobre el cielo, y más sobre el tiempo que pasaba con velocidad. Concretamente, no se sabía bien si la mañana ya se llevaba más parte del tiempo, o si en realidad la noche seguía acobijando la espera.

Pensaban que nada pasaría, pero Ana, que estaba en las sombras junto con sus compañeros, decidió proponerles que esperaran más y concluyeran lo que habían aceptado a sabiendas de la responsabilidad que cada uno tenía.

Las sombras de la calle hicieron presencia en medio del concierto de palabras musitadas con fe y espera. Cuando se hicieron claras y con formas, el rostro de José y de las monjas aparecieron para ejecutar aquello que habían anhelado por tanto tiempo y que se les había impedido llegar.

Lo que no sabían era que ahí, en ese lugar, muy cerca de donde Rafael estaba, también permanecían otros individuos a la espera de esa relación común que los unía, aunque con intenciones totalmente diferentes.

El extranjero reconoció al tipo que hablaba con el abuelo y pensó que sí o sí existía un vínculo entre todos.

—Bueno, buen hombre, no podemos esperar más para que se muera —sentenció con frialdad José mientras acercaba dos vasos que una de las monjas le pasaba. El primero se lo dio en las manos al abuelo, y el segundo lo dejó cerca de la ventana donde el sol no penetraba ni con toda su fuerza.

—Sabía yo de todas esas intenciones que ustedes tenían contra mí, y la espera no fue larga. Han actuado como lo que son, unas bestias llenas de ganas por ver la sangre regarse por todo el espacio posible.

—Bestias o no, te estamos ofreciendo la posibilidad menos dolorosa para morir —aclaró una de las monjas mientras seguía los pasos de los demás que volvían de las sombras para ver el espectáculo, donde Samuel era el único protagonista de una función llena de miradas ocultas.

Pero la función se interrumpió porque justo cuando Samuel iba a realizar y complacer con mentiras los ojos de la maldad, Valeria, que estaba con su madre y Sandra en las sombras, corrió rápidamente para evitar que el hombre acabara con su vida.

Cuando Samuel reconoció en lo que estaba metido, una mirada dulce se posó sobre la pequeña que ahora era arrebatada por una de las sombras de la maldad. Cuando se pudo apreciar bien dónde se encontraba la pequeña, Ana y Sandra tuvieron que salir, junto con Juan Carlos, para ceder a las intenciones del hombre que les decía que se fueran si no querían terminar muertas y llevadas al otro lado del río de la vida.

—O se van, o le vuelo la cabeza a esta pelada —amenazó José con la mirada inyectada de una furia animal que no podía controlar en su totalidad—. Sabía que la tranquilidad del viejo no se podía deber a otra cosa que no fuera esta.

—Por favor, no le haga daño a mi hija —rogó Sandra mientras salía caminando hacia afuera de la casa abandonado a Ana y su hijo.

—¡Es que yo no estoy para bromas! —replicó Rafael desde la oscuridad para revelar su rostro ya conocido por la mayoría.

—Ninguno está acá para juegos —objetó José mientras disparaba al aire dos balas de su pistola para asustar a las mujeres, y que el efecto espantó a las dos monjas que ahora salían corriendo de la oscuridad con intenciones de salvar sus vidas. José no se percató del detalle, así que disparó una vez más.

Intentando resolver la situación lo más rápido posible, José acompañó a las dos mujeres y a sus hijos hasta la esquina contraria a donde estaban las monjas intentando salvarse de la fiera que tenía en sus manos la posesión de un arma, que en cualquier instancia resultaba de doble filo.

José, siempre apuntaba el frío de su pistola a los infantes, dejaba el camino despejado mientras les advertía que otra jugarreta más sería pagada con el precio de la vida de todos.

Cuando la bestia se devolvía, pudo escuchar unas voces bajas que venían en sentido contrario a donde estaba. Las reconoció al instante y se dijo para sí mismo que hoy se echaría dos a la cuenta de cobro de la vida, quitaría dos y las sumaría a su inventario.

No pudiendo discernir bien de qué lado exactamente provenían las voces, las dejó avanzar hasta tener una distancia prudente para jalar el gatillo las veces que fueran necesarias. Entonces supo que tenía la oportunidad lista, y no había más para decir.

Los gemelos, que días atrás habían pasado a saludar al viejo Samuel para identificar la bolsa negra del tesoro, yacerían, en teoría y como idea de José, solo a la cuenta de tres.

Esperó solo un poco más, y cuando el tres tocó la punta de su lengua, descargó dos de los cuatro tiros que le quedaban hacia las sombras, que con desesperación ahora gritaban no con voz masculina, sino femenina.

Como de las esquinas contrarias tanto los gemelos como las monjas se habían acercado para llegar a la casa de Samuel, José no logró identificar bien las sombras que realmente quería asesinar.

De varios disparos superfluos mató a aquellas cómplices que en ningún momento le habían hecho daño.

Los hermanos corrieron a esconderse en las sombras mientras que con los gritos y la desesperación de las monjas, en sus últimos alientos de vida, dejaban atrás esa imitación ridícula con la que actuaron para entrar de lleno a la muerte que se disfrazaba de santa, mientras las voces y el alma eran ahora ajenos al mundo en el que todos vivían.

José, que no aguantaba más la presión de la situación, decidió correr hasta la casa del abuelo para acabar con todo de una vez por todas. Frente a él, Samuel tenía la mirada de un niño que no comprendía lo que estaba pasando. José, a sangre fría, sacó la pistola y la puso en la frente del abuelo.

Pidiendo perdón intentó jalar el gatillo, pero Roger salió de las sombras para impedirle esta acción tan carente de comprensión ante la vida. Él, que precisamente había pasado por el martirio de ver mayormente lo malo, se le plantó de frente y se dio a los golpes con aquel loco que alguna vez guió el plan para adueñarse de todo lo posible.

El mitómano se agarraba a puñetazo limpio con el extranjero que evitaba a toda costa la muerte del hombre que aún no debía morir, y que, si debía hacerlo, al menos no por cuestiones externas a aquellas relacionadas con lo natural.

José, sacando la pistola en medio de un amague que parecía no darse, disparó en el pecho del extranjero mientras este caía al suelo, como si su vida se acabara en ese instante. Roger, que alcanzó a agarrar la mano de José, sentía un calor que le recorría todo el cuerpo mientras sus energías se agotaban.

El mitómano, pensando que había matado al hombre incorrecto, giró por unos momentos la pistola para comprobar si aún le quedaba por lo menos una bala, y cuando se dio cuenta de que sí estaba, Roger jaló el gatillo para dispararle también en el pecho mientras los dos caían al suelo con la conciencia aparentemente perdida.

Los gemelos, que corrían con la mayor prisa posible para agarrar la bolsa de debajo de la cama del abuelo, vieron en medio de las sombras que Ana y Sandra corrían con esta mientras la niña Valeria, junto con el pequeño Juan Carlos, las esperaba en la esquina para tomar el camino e irse sin decir nada.

De la prisa que llevaban las mujeres no se dieron cuenta del cuerpo de Roger que yacía en un charco de sangre junto al de José. Samuel les había anunciado a las mujeres con anterioridad que ya no necesitaba más ayuda, y les había entregado, por primera vez, la bolsa negra que contenía el tesoro deseado por todos.

Los gemelos, que identificaron a las mujeres en medio de la calle, intentaron correr al paso que dejaban, pero fueron interpelados por Rafael, que los esperaba en la oscuridad de una casa pálida que parecía acoplarse con él.

Cuando Fabián y Eduardo pasaron por el frente de los ojos de su amigo que habían abandonado a su suerte, sintieron dos disparos similares en sus corazones, en el preciso momento en que una voz que parecían reconocer muy bien decía sus nombres, como si fuera la única que en realidad los conociera del todo.

Los cuerpos cayeron al suelo mientras el charco de sangre se regaba por toda la calle. Ahora no se divisaban dos manchas, eran cuatro las que bañaban las calles y las casas grises.

Un carro blanco que pasaba por la escena detalló vida en unos últimos movimientos del hombre extranjero que se movía por el suelo tratando de pedir ayuda. La mujer que conducía el carro junto a su esposo lo subieron a la parte de atrás y lo dejaron sentado mientras arrancaban con toda velocidad para intentar salvarle la vida al único hombre que parecía tenerla en medio de tanta muerte.

Más adelante, ya por la avenida, Ana pudo escuchar la voz de auxilio de Roger. Cuando trató de encontrarlo, vio un carro blanco que lo llevaba en la parte trasera. Y corriendo

hasta el lugar, vio al hombre en pésimas condiciones de salud. Sandra, que ahora llegaba junto con su pequeña Valeria desmayada entre sus brazos, pidió ayuda para llevar a su hija hasta el hospital cercano.

Los dos esposos, que parecían ser enviados por una deidad con alzhéimer, actuaban tratando de salvar lo último que quedaba de la escena llena de tanta violencia y odio. Sandra, subiendo al carro con su pequeña, se preguntó por un momento en dónde estaba Ana con Juan Carlos, y cuando giró la vista para tratar de identificarla en medio de la oscuridad, no la encontró en ningún lugar.

Gritó su nombre mientras el carro arrancaba hacia el hospital para salvar la vida del extranjero y de su pequeña, que llevaba aferrada en sus manos la bolsa negra que le había regalado el viejo Samuel.

De camino al hospital, la pequeña Valeria despertó, y sintiendo el golpe se puso a llorar. Su madre, para aliviarle el dolor y evitar que viera el pésimo estado del hombre a su lado, la sentó en el tercer asiento del carro mientras le decía que abriera la bolsa que tenía en sus pequeñas manos.

Cuando la pequeña la abrió no encontró nada, y, como si supiera el valor que tenía esa nada, se quedó así, sin decir palabra alguna de queja, pues no tenía nada más por decir, por acertar, no había algo que valiera la pena.

La bolsa que abrió la pequeña Valeria con facilidad no se trataba de la verdadera y original, sino de una copia bien elaborada por los gemelos, que habían dejado una de esas tardes en que visitaron a Samuel con intención de sacar la verdadera sin que este sospechara de lo que acontecía.

Y como el tiempo no les dio, el engaño efectivamente funcionó, pero después. Ya cuando estaban muertos en medio de la calle.

Samuel tenía entre sus manos la verdadera bolsa, y tratando de abrirla por última vez, sintió que unas manos se la rapaban mientras el individuo corría calle abajo para llevársela sin decir absolutamente nada.

Cuando Rafael intuyó estar a una distancia donde nadie lo podía mirar o atrapar, y ansioso de ver su contenido, apuñaló en repetidas ocasiones la bolsa con un cuchillo de manga larga y hoja de metal inoxidable.

Ya entre sus manos, el vacío lo recibió mientras gritaba por haber ejecutado toda una serie de pasos, asesinatos y venganza para que simplemente no encontrara nada. Nada era aquello que tenía entre sus brazos, pero se le olvidó que esa nada estaba untada de la sangre de las cosas y de la vida como tal.

La desesperación y la locura le ganaron la batalla, y acabó con su vida mientras un gallo cantaba al unísono con la centella del disparo, y del sol que salía por el paisaje matutino coloreando en las casas la escena de un rojo sangre.

Samuel, confundiendo el otro vaso con el cianuro, tomó el líquido que parecía agua pura y limpia, pues su cuerpo se la estaba exigiendo. Cuando lo hizo, el líquido ya atacaba su cuerpo mientras sentía una leve sensación de estar flotando, y que fue aumentando de a poco mientras se moría.

El último recuerdo e imagen que Samuel pudo reconocer en vida fue el de su hermano Aurelio, que ahora cantaba y celebraba su llegada mientras los dos hermanos disfrutaban del reencuentro tan esperado.

Al amanecer no quedó más que muerte y sangre, y las cosas, mientras nacían de nuevo, continuaban su rumbo común y corriente, como si eso hiciera parte de la vida, y pues, siendo sinceros, no estaba equivocada.

Allá arriba en la avenida, un joven de nombre Daniel corría con todas sus fuerzas para salvar a su abuelo, y alejarlo de los impulsos contrarios y ajenos.

Pero cuando llegó solo pudo abrazar un cuerpo dócil al movimiento del viento con sus brazos rodeando el vacío perdido de un recuerdo. Sentado sobre una cama destartada y vieja, sonreía con una inocencia infantil.

En suma, recordaba los mejores días de la existencia, de su existencia, que ya no era suya, sino del recuerdo que un día se perdería para siempre en la historia de las cosas.

Un grito se escuchó por las paredes de la casa, y luego de todas las casas; y el llanto de Daniel aumentaba considerablemente mientras era consciente y entendía que su abuelo ya estaba muerto.

EPÍLOGO

Terminando de llorar comprendí la verdadera razón y motivo para pedirle disculpas a mi abuelo, quien, pese a ser muy malo conmigo en sus últimos días, hizo florecer las cosas buenas que acompañaban su corazón. Y lo recordaré siempre, porque sin él este martirio que llevo en mi corazón no hubiera sido posible en su lucha y resistencia ni sobrellevado por las penas atadas en mí, en esta ciudad fría y oscura, donde los paisajes más comunes se rodean de muertos y de putas.

Daniel

El milagro de estar vivos

Villavicencio, 2021



Sello Editorial

Universidad Nacional
Abierta y a Distancia

**UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA
Y A DISTANCIA (UNAD)**

**Sede Nacional José Celestino Mutis
Calle 14 Sur 14-23
PBX: 344 37 00 - 344 41 20
Bogotá, D.C., Colombia**

www.unad.edu.co

